MEMORIAS

DE UN

MÉDICO.

MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

D. Joaquin de Sierra.

TOMO V.

SEVILLA.

Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Sierpes núm. 5.
1847.

JOSÉ BÁLSAMO.

—

CAPÍTULO X.

Las Carrozas del rey.

Mil confusas voces que resonaban distantes al principio, pero que acercándose fueron cobrando mas fuerza é incremento, llamaron la atencion de Jilberto, estremeciendo todo su cuerpo con violenta sensacion de ansiedad.

Viva el rey!!.. gritaba el pueblo, que aun no habia perdido la costumbre de

recibir con esta aclamacion á su soberano.

Un tropel de soberbios caballos enjaezados con oro y púrpura, se precipitó relinchando por la carretera: eran los escuadrones de mosqueteros, jendarmes y suizos que llegaban precediendo una brillante y magnífica carroza en la cual divisó Jilberto una banda azul, y una cabeza cubierta y majestuosa. Vió tambien brillar fria y penetrante la mirada rejia, ante la cual todas las frentes se inclinaban y se descubrian con humildad.

Fascinado, inmóbil, atónito y jadeante, olvidó quitarse el sombrero.

Un golpe violento le sacó de su éxtasis: su sombrero acababa de caer rodando al suelo.

Dió un brinco para recojerle, alzó la cabeza y se encontró con el sobrino de la madre á quien diera el brazo, que le miraba con esa sonrisa burlona, peculiar á los militares.

—Qué es eso? preguntó el sarjento: no se saluda al rey?

Jilberto perdió el color, miró su sombrero cubierto de polvo, y contestó:

—Esta es la primera vez que le veo, señor sarjento, y confieso que he olvidado saludarle. Pero yo ignoraba....

—Qué ignorabais?... interrumpió el veterano frunciendo el entrecejo.

Temió el joven lo lanzasen de aquel sitio donde estaba tan bien para ver á Andrea, y el amor que ardía en su corazon, quebrantó su orgullo.

—Dispensadme, replicó, soy forastero.

—Y habeis venido á educaros en Paris?

—Sí señor, repuso Jilberto, disimulando su rabia.

—Bien, pues tratais de instruiros, continuó el sarjento sujetando la mano del joven que intentaba ponerse otra vez el sombrero, sabed desde ahora, que no solo es preciso saludar al rey, sino tambien á la princesa á los príncipes y á todos los carruajes que lleven flores de lis. Conoceis las flores de lis, mocito, ó habrá tal vez que enseñároslas?

—Es inútil, replicó este, las conozco.

—No es poca fortuna, refunfuñó el sarjento.

Pasaron los coches réjios.

La fila se prolongaba luego: Jilberto se puso á mirar con ojos ansiosos y estraviados. Conforme llegaban los carruajes á la puerta de la abadia, se paraban para que bajasen las personas de la comitiva que los ocupaban; operacion que de cinco en cinco minutos, ocasionaba un alto en toda la línea.

En uno de ellos sintió nuestro jóven tan fuerte conmocion, como si un hierro candente le hubiera traspasado el pecho; un vértigo se apoderó de su frente, oscurecióse su vista, atacándole al mismo tiempo un temblor tan violento, que hubo de abrazarse á la rama de un árbol que junto á él estaba, para no caer en tierra.

Acababa de ver frente á sí, á diez pasos de distancia y en una de las carrozas adornadas con flores de lis, que debia saludar segun la prescripcion del sarjento, la luminosa, la resplandeciente figura de Andrea, que vestida de blanco, se asemejaba á un ánjel ó á un fantasma.

Lanzó Jilberto un débil grito: mas triunfando de todas las sensaciones que á

un tiempo se habian apoderado de él, mandó á su corazon que cesase de latir y á sus miradas que se clavasen en el sol.

Era tan grande el poderío que sobre sí mismo ejercia el jóven, que lo consiguió.

Deseando Andrea saber el motivo por que hacian alto los coches, se asomó á la portezuela y paseando en torno suyo sus hermosos ojos azules, vió á Jilberto y le conoció al punto.

Figurábase éste que Andrea se sorprendería al verle, volvería la cabeza y hablaría con su padre que á su lado iba sentado en el carruaje.

No se equivocaba: Andrea se sorprendió efectivamente, y volviendo la cabeza llamó la atencion del baron de Taverney, que adornado con su gran banda encarnada, marchaba majestuosamente en el réjio coche.

—Jilberto! esclamó el baron saliendo sobresaltado de su inmobilidad; Jilberto aquí? Pues quién cuida de Mahon?

Nuestro jóven pudo oir perfectamente estas palabras, y reuniendo todas sus fuerzas, se apresuró á saludar con estu-

diado respeto á Andrea y á su padre.

—No es mentira! esclamó el baron luego que vió á nuestro filósofo: allí está el tunante en carne y hueso.

Hallábase tan distante de pensar que Jilberto pudiese haber ido á París, que al principio no habia querido dar crédito á los ojos de su hija, y que aun entonces no se lo daba á los suyos propios.

El rostro de Andrea, que Jilberto examinó con sostenida atencion, espresaba en aquel momento una completa serenidad, disipada ya la lijera sensacion causada por la sorpresa.

Sacando el baron la cabeza fuera del coche, hizo una señal al jóven para que se acercase.

Jilberto se dispuso á obedecer, mas se vió detenido por el sarjento.

—Ya veis que me están llamando, dijo.

—De donde?

—De ese coche.

Volvió el sarjento la vista hácia donde señalaba el jóven, y la fijó en el carruaje de Mr. de Taverney.

—Permitid que pase ese muchacho, sarjento, solo quiero decirle dos palabras.

—Aunque sean cuatro, caballero, contestó el militar: hay tiempo sobrado, pues están leyendo una arenga en el pórtico, y es operacion de media hora.—Pasad, joven.

—Ven, bribon, dijo el baron á Jilberto que se acercaba sin salir de su paso, y sepamos por qué casualidad te encuentro en San Dionisio cuando debieras estar en Taverney.

Saludó el joven segunda vez á Andrea y á su padre y contestó:

—No es por casualidad, señor baron, sino por un acto de mi voluntad.

—Como de tu voluntad, pilluelo? tienes tú voluntad por ventura?

—Por qué no? Todo hombre libre está autorizado á tenerla.

—Todo hombre libre! Como! tu piensas que lo eres, miserable?

—Por supuesto, pues hasta ahora no he vendido mi libertad á nadie.

—Valiente tunante! esclamó Mr. de Taverney admirado de la serenidad con que hablaba Jilberto. Conque tú en Pa-

ris?... Y como has venido? dí, con qué recursos?

—A pié! respondió lacónicamente el joven.

—A pié! repitió Andrea con cierta espresion de lástima.

—Y á qué has venido, pregunto? gritó el baron.

—A educarme, para hacer despues fortuna.

—A educarte!...

—Y lo lograré.

—A hacer fortuna!...

—Asi lo espero.

—Y entretanto qué haces? mendigar?

—Mendigar! repitió Jilberto con desden.

—O robar.

—Señor baron, dijo Jilberto con tanta firmeza y altivez, que llamó por un instante la atencion de la señorita de Taverney sobre aquel singular joven, os he robado alguna vez?

—Pues entonces que haces con esas manos, holgazan?

—Lo que un hombre de talento, á

quien quiero imitar, aunque no sea mas que en perseverancia, respondió Jilberto; copio música.

—Que copiais música? dijo Andrea.

—Si señorita.

—Pues qué, la sabeis? añadió esta desdeñosamente y en el mismo tono que si hubiera dicho: mentís.

—Conozco las notas, y eso basta; respondió Jilberto.

—Y donde diablos las has aprendido, bribon? dijo el baron.

—Si, donde? repitió Andrea sonriendo.

—Señor baron, soy en estremo aficionado á la música, y como esta señorita pasaba todos los dias una hora ó dos al clave, me escondia para escucharla.

—Haragan!

—Aprendí primero las tocatas, y como estas estaban escritas en el método, pude poco á poco y á fuerza de trabajo llegar á leerlas.

—En mi método! interrumpió Andrea en el colmo de la indignacion: os atrevisteis á tocarle?

—No señora, jamás me hubiera pro-

pasado tanto, contestó el jóven: pero vos le dejábais abierto sobre el clave, y sin tocarle le estudiaba yo: con los ojos no podia mancharle.

—Vas á ver como este tunante acaba por anunciarnos que toca el piano mejor que Haydn.

—Le tocaria probablemente, si me hubiese atrevido á poner mis dedos sobre las teclas.

Andrea dirijió involuntariamente otra ojeada á aquel rostro animado con una espresion, á ninguna comparable, á no ser á la del fanático que anhela el martirio.

Mas el baron, cuya intelijencia carecia de la serena y penetrante lucidez de la de su hija, sintió aumentarse su cólera conociendo que el jóven tenia razon, y que al dejarle con Mahon en Taverney, se habia cometido contra él un acto de inhumanidad.

Dificilmente se perdonan á un inferior las faltas de que llega á convencernos: asi es que acalorándose á medida que se templaba su hija, el baron prosiguió:

—Ah bribonazo! conque has desertado, te has dado á la vagancia, y cuando se te pide cuenta de tus acciones, nos vienes con esa faramalla sin pies ni cabeza. Muy bien! pero no quiero que digan que por mi culpa están las calles del reino llenas de rateros y vagabundos....

Hizo Andrea un movimiento para calmar á su padre, pues conocia que tanta exajeracion destruia su superioridad: mas el baron, apartando la mano protectora de su hija, prosiguió:

—Te recomendaré á Mr. de Sartines, é iras á dar una vuelta por Bicetre (1) mal enjendrado de filósofo.

Dió el joven un paso hacia atrás, se afirmó el sombrero debajo del brazo, y gritó pálido de cólera:

—Sabed, señor baron, que desde que estoy en París, he encontrado protectores á quien hace antesala vuestro Mr. de Sartines.

—Sí, eh? esclamó el baron: pues si te escapas de Bicetre, no te escaparás de un vapuleo. Andrea, Andrea, llama á tu

---

(1) Hospital de locos en Paris.

hermano que viene ahí.

Andrea se inclinó hacia Jilberto, y le dijo imperiosamente.

—Vamos, señor Jilberto, retiraos.

—Felipe! Felipe! gritó el viejo.

—Retiraos, repitió Andrea al joven que permanecia silencioso é inmóbil en su sitio, como en una contemplacion estática.

Obedeciendo al llamamiento del baron, un hombre á caballo se acercó á la portezuela: era Felipe de Taverney. La espresion de su rostro revelaba júbilo, su uniforme de capitan era brillante.

—Hola, Jilberto! tú por aquí! dijo con afabilidad al reconocer al joven. Buenos dias, Jilberto.... Qué se os ofrecia, padre?

—Se me ofrece, gritó el baron pálido de cólera, que agarres la vaina de tu espada, y des una zurra á ese gran tunante.

—Pues qué ha hecho? preguntó Felipe mirando alternativamente y con asombro cada vez mayor al baron furibundo y á Jilberto que conservaba su espantosa impasibilidad.

—Ha hecho, ha hecho, gritó Mr. de Taverney, dale, Felipe, dale, como si fuera un perro.

El joven cada vez mas admirado se dirijió á su hermana.

—Dímelo tú Andrea: te ha insultado acaso?

—Yo! esclamó Jilberto.

—No, Felipe, respondió Andrea: no ha hecho nada; papá se escede. El señor Jilberto no está ya á nuestro servicio y tiene por consiguiente derecho á ir donde mejor le parezca. Papá no quiere conocer esto, y se ha encolerizado al verle aquí.

—Y no es mas que eso? preguntó Felipe.

—Nada mas, hermano, y es inesplicable la cólera de nuestro padre, sobre todo en un asunto como este, en que la persona de quien pretende estar ofendido merece apenas una mirada. Mira si podemos marchar, Felipe.

El baron calló, dominado por la serenidad majestuosa de su hija.

Jilberto bajó la cabeza abrumado por

tanto desprecio: sintió pasar por su corazon un rápido impulso, semejante á los que inspira el odio. Habria preferido un golpe mortal de la espada de Felipe.

Estuvo á pique de desmayarse.

Por fortuna terminó en aquel momento la arenga, y los coches volvieron á ponerse en movimiento.

El del baron se alejó poco á poco: los otros le siguieron, Andrea desapareció como un sueño.

Cuando Jilberto se vió solo, estuvo á pique de llorar ó de prorumpir en maldiciones, no considerándose ya con bastante valor para soportar el peso de su desgracia.

Una mano le tocó en el hombro.

Volvió el joven la cabeza y se encontró con Felipe, que habiéndose apeado y entregado su caballo á un soldado del rejimiento, le miraba con semblante afable y risueño.

—Vamos á ver, que te ha sucedido, pobre Jilberto? Por qué estás en París?

Aquel tono franco y cordial, conmovió al joven.

—Y qué quereis que hiciera en Taverney? contestó con un suspiro arrancado á su estoicismo indómito: morirme de desesperacion, de ignorancia y de hambre?

Felipe se estremeció, pues, tan imparcial como su hermana, no habia podido desconocer el doloroso abandono en que habia quedado aquel desgraciado joven.

—Y pensais hacer suerte en Paris, sin dinero, sin proteccion y sin recursos?

—Si señor, porque el hombre que quiere trabajar, se muere pocas veces de hambre en puntos donde hay otros hombres que desean vivir sin hacer nada.

Esta respuesta dejó atónito á Felipe, pues nunca habia visto en Jilberto mas que un dependiente sin importancia.

—Pero en fin, tienes siquiera para comer? preguntó.

—Me gano el pan, señor Felipe, y con eso basta para quien solo tiene que echarse en cara el haber comido hasta ahora el pan que no ganaba.

—No creo que lo dirás por el que se

te ha dado en Taverney, hijo mio. Tus padres fueron buenos sirvientes de la casa, y tú mismo te esmerabas en hacerte útil.

—Cumplia con mi deber.

—Oye, Jilberto, prosiguió el joven; sabes que siempre te he querido, y que te he mirado de otro modo que los demas; si he hecho bien ó mal, lo dirá el tiempo. A otros parecias intratable, y á mi delicado; y tu aspereza la llamaba yo arrogancia.

—Señor capitan! esclamó el joven respirando con desahogo,

—Asi es, continuó Felipe, que te quiero bien.

—Oh! mil gracias.

—Cuando mas joven, he sido como tu desgraciado en mi posicion; de aquí nace tal vez que te haya comprendido. Un dia me miró risueña la fortuna, y quiere que me dejes ayudarte hasta que te llegue tu vez.

—Cuanto os agradezco esa bondad!

—Veamos, qué piensas hacer? eres demasiado altivo para ponerte á servir.

Jilberto movió la cabeza con sonris

de desprecio, y contestó:

—Quiero estudiar.

—Para eso necesitas maestros, y para tener maestros se necesita dinero.

—Ya lo gano.

—Que lo ganas! replicó Felipe sonriendo: cuánto ganas? vamos á ver.

—Veinte y cinco sueldos al dia, y puedo llegar á treinta y hasta cuarenta.

—Ya, pero eso es lo que justamente necesitas para comer.

—Jilberto volvió á sonreirse.

—Tal vez no he acertado con el medio de hacerte admitir mis servicios.

—Vos, servirme á mi!

—Sin duda. Te avergonzarias de aceptarlo?

Nada contestó Jilberto.

—Los hombres han nacido para ayudarse mútuamente, continuó Casa-Roja, porque todos son hermanos.

Alzó Jilberto la cabeza y clavó sus penetrantes ojos en el noble rostro del joven capitan.

—Estrañas este lenguaje? preguntó Felipe.

—No señor, contestó Jilberto, pues es el de la filosofía, solo que no estoy acostumbrado á oirle en boca de personas de vuestra clase.

—Dices bien: sin embargo es el de toda nuestra jeneracion. El mismo príncipe profesa estos principios. Vamos, no seas orgulloso conmigo: mas tarde me devolverás lo que ahora te preste. Quien sabe si llegarás á ser algun dia un Colbert ó un Vauban.

—Ó un Tronchin, añadió Jilberto.

—Por supuesto. Ea, aqui está mi bolsillo: partamos.

—Muchas gracias, dijo el indómito joven, conmovido, aunque sin querer confesarlo, de la admirable llaneza de Felipe; muchas gracias, nada me hace falta: pero.... pero estad seguro que os agradezco la proposicion aun mas que si la aceptara.

Esto diciendo, saludó al capitan que le miraba estupefacto, y corrió á confundirse entre la muchedumbre.

El hijo del baron permaneció inmóbil algunos segundos, cual si no pu-

diera dar crédito á lo que habia oido y visto: mas viendo que Jilberto no volvia, montó otra vez á caballo y marchó á colocarse en su puesto.

CAPÍTULO XI.

La Maleficiada.

Todo este estruendo de carruajes, repique de campanas y redobles de tambores; toda esta majestad, reflejo de las majestades del mundo, ya perdido para Mme. Luisa, se deslizó por su alma y se estinguió como una débil ola, al pie de los muros de su celda.

Luego que el rey partió, despues de haber intentado inútilmente volver á su hija al mundo, como padre y como soberano, es decir, con una sonrisa á la que sucedieron súplicas que parecian órdenes: luego que Maria Antonieta, que á primera vista comprendió toda la grandeza de alma de su augusta tia, desapareció con su multitud de cortesanos; la superiora de las Carmelitas, mandó quitar las

colgaduras, guardar las flores, y desprender los encajes.

Toda la comunidad estaba aun conmovida, y ella sola permaneció tranquila, cuando las puertas del convento, abiertas un instante al mundo, jiraron pesadamente, cerrándose con estruendo, entre el siglo y la soledad.

Despues llamó á la tesorera y dijo:

—Durante estos dias de desorden han recibido los pobres sus limosnas?

—Si, señora.

—Se ha dado á los soldados antes de partir algun refrijerio?

—Todos han recibido el pan y el vino que habíais mandado preparar.

—Asi, nadie padece en esta casa?

—Nadie, señora.

Maria Luisa se acercó á la ventana y respiró dulcemente la frescura embalsamada, que subia del jardin en alas de las brisas de la tarde.

La tornera esperaba respetuosamente que la augusta abadesa la despidiese ó le diese alguna orden.

Solo Dios sabe lo que pensaba la po-

bre reclusa real en este momento; Maria Luisa deshojaba las rosas de un alto tallo que subia hasta su ventana y los jazmines que tapizaban las paredes del patio.

De pronto una fuerte pisada de caballo conmovió la puerta de las habitaciones jenerales, é hizo estremecer las de la superiora.

—Ha quedado alguno de los señores de la corte en San Dionisio? preguntó,

—Si señora, Su Eminencia el cardenal de Rohan,

—Están ahí sus caballos?

—No señora, están en el cabildo de la abadía, donde Su Eminencia pasará la noche.

—Pues qué ruido es ese?

—Señora, ese ruido es causado por el caballo de la estranjera.

—Qué estranjera? preguntó Maria Luisa, procurando coordinar sus recuerdos.

—La italiana que vino ayer tarde á pedir hospitalidad á Vuestra Alteza Real.

—Ah! verdad es: donde está?

—En su aposento ó en la iglesia.

—En qué se ha ocupado desde ayer?

—Há rehusado todo alimento, escepto el pan, y toda la noche la há pasado orando en la capilla.

—Sin duda será alguna grande pecadora! dijo Mme. Luisa frunciendo el entrecejo.

—Lo ignoro, señora, con nadie ha hablado.

—Y qué clase de mujer es?

—Es hermosa, pero sus facciones son dulces y altivas á la vez.

—Donde ha estado esta mañana durante la ceremonia?

—Junto á la ventana de su aposento, donde la he visto, oculta detrás de las cortinas, fijar una mirada de ansiedad en cada persona que entraba, como si en cada una de ellas temiese hallar un enemigo.

—Será alguna mujer de ese pobre mundo en que he vivido y he reinado! Que entre.

La tesorera dió un paso para retirarse.

—Ah! se sabe su nombre? preguntó la princesa.

—Lorenza Feliciani.

—A nadie conozco de ese nombre, dijo Mme. Luisa pensativa: pero no importa; introducidla.

La superiora se sentó en un sillon de encina construido en tiempo de Enrique II y que habia servido de sitial á las nueve últimas abadesas da las carmelitas. Era tribunal formidable ante el cual habian temblado muchas novicias vacilantes entre lo espiritual y lo temporal.

Un momento despues, entró la tesorera conduciendo á la jóven del largo velo, á quien ya conocemos.

Mme. Luisa que poseia la mirada penetrante de su familia, clavó sus ojos en Lorenza Feliciani, tan luego como la sintió entrar en el gabinete; pero halló en ella tanta humildad, tanta gracia, tan sublime belleza, y descubrió tanta inocencia en sus rasgados ojos negros anegados en lágrimas, que de hostil que le era al principio, se convirtió en benévola y cariñosa.

—Acercaos señora, la dijo y hablad.

La joven dió un paso temblando y quiso hincar una rodilla en tierra.

La princesa la levantó.

—Os llamais Lorenza Feliciani?

—Sí, señora.

—Y deseais confiadme algun secreto?

—Oh! lo deseo con toda mi alma.

—Y por qué no habeis recurrido al tribunal de la penitencia? Yo solo puedo consolaros: mientras que un sacerdote consuela y perdona.

Mme. Luisa pronunció estas palabras algo conmovida.

—Por ahora necesito consuelos, respondio Lorenza, y solamente á una mujer me atrevería yo á decir lo que tengo que revelaros.

—Tan singular es la narracion que teneis que hacerme?

—Oh muy singular! Mas escuchadme, señora, con paciencia, os repito que solo con vos puedo hablar, porque sois mujer, por que sois muy poderosa y por que necesito un brazo casi tan poderoso como el de Dios para defenderme.

—Qué os defienda! mas os persiguen os ofenden acaso?

—Oh, sí, sí señora, me persiguen, es

clamó la estranjera con indecible espanto.

—Entonces, señora, reflexionad una cosa, dijo la princesa; esta casa es un convento y no una fortaleza, y aquí, no penetran las pasiones de los hombres sino para estinguirse; esto es, que aquí no hay ningun poder que pueda resistir al poder de los hombres; este no es el templo de la justicia, de la fuerza y de la reprension, sino solamente el templo de Dios.

—Oh! hé ahí, lo que yo busco justamente, dijo Lorenza, sí, la casa de Dios, pues solo en ella puedo vivir tranquila.

—Pero si Dios no admite venganzas, como quereis que os venguemos de vuestro enemigo? Dirijíos á los majistrados.

—Los majistrados no pueden hacer nada contra la persona que me infunde tanto temor.

—Quién es pues? dijo la superiora con secreto é involuntario espanto.

Lorenza se aproximó á la primera, dominada por una misteriosa exaltacion.

—Quien es? Oh! és, estoy segura,

uno de esos malignos espíritus que hacen guerra á los hombres, y á quien su príncipe Satanás ha dotado de un poder sobrehumano.

—Qué decís? esclamó la princesa fijando su mirada en su interlocutora para asegurarse de que no estaba loca.

—Y yo, yo, desgraciada de mí! gritó Lorenza torciendo convulsivamente sus brazos que podian servir de modelo á los de una estátua antigua; yo me encuentro siempre en el camino de ese hombre: y yo, yo estoy....

—Acabad....

Lorenza se acercó aun mas á la princesa y en voz baja como espantada de lo que iba á decir.

—Estoy.... maleficiada!

—Maleficiada! esclamó Mme. Luisa: estais en vuestro juicio? sois tal vez....

—Loca, eh? loca quereis decir? Oh! no, no lo estoy, pero podré volverme si me abandonais.

—Maleficiada! repitió la princesa.

—Ay! Dios mio!

—Permitidme os diga que en vos se advierten todas las circunstancias pro-

pias de las criaturas mas favorecidas del señor; pues pareceis rica, sois hermosa, os espresais razonablemente y en vuestro semblante no se advierte el menor síntoma de esa terrible enfermedad.

—En mi vida, señora, en las aventuras de mi vida, es donde reside el fatal secreto que quisiera poder ocultar hasta á mí misma.

—Vamos, hija mia, esplicaos. Soy yo tal vez la primera á quien habeis revelado vuestras desgracias? No teneis padres ni amigos?

—Padres!... esclamó la joven cruzando sus manos con dolor: ay! pobres padres, los volveré yo acaso á ver? Amigos!... tengo algunos por ventura?...

—Vamos por orden, repuso Mme. Luisa procurando dar direccion á las palabras de la estranjera. Quienes son vuestros padres, y como os habeis separado de ellos?

—Yo soy romana, señora, y vivía en Roma con mi familia: mi padre es de la antigua nobleza, pero pobre como todos los patricios de Roma. Tambien tengo

madre, y un hermano mayor. He oido decir que en Francia las familias aristocráticas que tienen como la mia un hijo y una hija, sacrifican el dote de esta, para comprar una espada á aquel. Entre nosotros se invierte el dote de la hembra para hacer eclesiástico al baron, por consiguiente, yo no he recibido ninguna educacion, pues ha sido preciso atender á la de mi hermano, que estudia, segun decia injenuamente mi madre, para cardenal!

—Continuad...

—Mis padres, señora, se impusieron toda clase de sacrificios para ayudar á mi hermano, y resolvieron hacerme tomar el velo en las carmelitas de Subiaco.

—Y vos, qué dijisteis?

—Nada señora. Desde mi mas tierna juventud, me habian pintado este porvenir como una necesidad. Yo no tenia fuerza ni voluntad. Ademas, tampoco me consultaban: mandaban, y obedecia.

—Sin embargo...

—Señora, nosotras las romanas, solo tenemos deseos que nunca llegamos á sa-

tisfacer, y amamos el mundo como los condenados el paraiso, sin conocerle. Yo estaba ademas rodeada de ejemplos que me habrian obligado á resignarme si me hubiese alguna vez ocurrido la idea de resistir: pero no me ocurrió. Todas mis amigas, que como yo tenian hermanos, se habian tambien visto precisadas á pagar su deuda al lustre de la familia; asi es que no tenia fundamento para quejarme, pues nada me pedian que saliese de la costumbre jeneral, y lo único que hizo mi madre, fué acariciarme un poco mas, á medida que se iba aproximando la hora de separarme de ella.

Llegó por fin el dia en que debia comenzar mi noviciado; mi padre reunió quinientos escudos romanos para pagar mi dote, y partimos.

De Roma á Subiaco hay unas ocho ó nueve leguas, pero están tan malos los caminos de la montaña, que á las cinco horas de nuestra partida, no llevábamos andadas mas que tres leguas. Sin embargo, aquel viaje me agradaba á pesar de ser tan penoso. Sonreíale tristemente

como á mi última felicidad, y durante todo el camino, me iba despidiendo en voz baja de los árboles, de las zarzas, de los peñascos, y hasta de las yerbas secas.

Durante mis meditaciones, y al pasar por entre un bosquecillo, y un monton de hendidas peñas, el coche se paró de repente: lanzó un grito mi madre, y mi padre hizo un movimiento para cojer sus pistolas. Mis ojos y mis ideas bajaron del cielo á la tierra: estábamos detenidos por unos bandidos.

—Pobre niña! dijo Mme. Luisa á quien iba interesando cada vez mas esta relacion.

—Debo decíroslo, señora? pues no me asusté mucho, porque aquellos hombres nos detenian para robarnos el dinero, y aquel dinero estaba destinado á pagar mi dote en el convento. Faltando el dote, se retrasaria mi noviciado hasta tanto que mi padre buscase otra cantidad igual, y no ignoraba yo el trabajo y el tiempo que le habia costado reunir aquellos quinientos escudos.

Mas cuando despues de repartir su

botin, vi que aquellos facineros en vez de dejarnos continuar nuestro viaje se arrojaban sobre mí: cuando por los esfuerzos que hacia mi padre para defenderme y por las lágrimas con que mi madre les suplicaba, conocí que una desgracia terrible y desconocida me amenazaba, empecé á gritar pidiendo misericordia, obedeciendo solo á ese impulso natural que nos mueve á pedir socorro, pues no ignoraba que llamaba inútilmente y que nadie podria oirme en aquel desierto paraje.

Asi es, que sin hacer caso de mis gritos, de las lágrimas de mi madre ni de los esfuerzos de mi padre, los bandidos me ataron las manos á la espalda, y por las ardientes y ansiosas miradas que lanzaban hacia mí, pude entonces conocer (tanta penetracion me infundió el temor) la suerte que me aguardaba.

Sacando entonces unos dados del bolsillo, se pusieron á jugar sobre un pañuelo.

Lo que mas me atemorizó, fué que sobre el innoble tapiz, no se veia posta de ninguna especie.

Un temblor convulsivo me agitó durante todo el tiempo que estuvieron pasando los dados de mano en mano, porque comprendí que yo era la cosa que se jugaba.

De repente se levantó uno lanzando un rujido de triunfo, y en tanto que sus compañeros blasfemaban rechinando los dientes, corrió á mi, me cojió en brazos y juntó sus labios con los mios.

El contacto de un hierro candente, no me hubiera arrancado un grito mas doloroso.

—Oh! matadme, matadme, Dios mio! esclamé.

Mi padre se desmayó, mientras mi madre se arrastraba desesperada por el suelo.

Ya solo me restaba la esperanza de que en un acceso de rabia me matase uno de los bandidos que habian perdido, con el cuchillo que empuñaban sus crispadas manos, y ya deseaba, é invocaba el golpe que debia acabar mi vida, cuando un hombre á caballo apareció en la senda.

Algunas palabras que pronunció en

voz baja bastaron para que el centinela le dejase pasar, trocando con él una seña.

Aquel hombre de mediana estatura, rostro imponente y atrevida mirada, continuó avanzando sereno y tranquilo al paso de su cabalgadura, y se detuvo al llegar frente á mi.

El bandido que cojiéndome en brazos habia ya echado á andar conmigo, volvió la cabeza al primer silbido que dió aquel hombre, con el pito que servia de puño á su latiguillo.

Al verle, me dejó caer al suelo.

—Ven acá! dijo el desconocido.

Y como el bandido vacilase, el recien-llegado formó un ángulo con su brazo, y se puso sobre el pecho dos dedos abiertos. El facineroso se acercó entonces como si aquella seña equivaliese á la orden de un amo omnipotente.

El desconocido se inclinó y pronunció en voz baja esta palabra.

—*Mac.*

No dijo mas: puedo afirmarlo, pues yo miraba como se mira la cuchilla destinada á matarnos, y escuchaba como se

escucha la palabra que vá á darnos ó quitarnos la vida.

—*Benac*, contestó el malhechor.

Y rujiendo como el leon que se vé vencido, se acercó á mí, desató el cordel que sujetaba mis muñecas, y marchó á hacer lo mismo con mis padres.

Entonces llegaron todos á deja sobre una piedra el dinero que ya estaba repartido. No faltó un solo escudo.

Entretanto, volvia yo á la vida entre los brazos de mi padre y de mi madre.

—Ahora.... marchaos! dijo el desconocido á los bandidos.

Obedecieron estos, y desaparecieron internándose por las malezas del bosque.

—Lorenza Feliciani, prosiguió nuestro libertador fascinándome con miradas sobrehumanas: estás en libertad y puedes continuar tu viaje.

Mis padres dieron las gracias á aquel hombre que me conocia y á quien no conociamos y subieron al carruaje. Yo les imité como á pesar mio, pues no sé qué fuerza estraña é irresistible me impelia hacia mi salvador.

Quedose este inmóbil en su sitio, como para continuar protejiéndonos.

Mientras pude divisarle, no aparté de él mi vista, y no desapareció la opresion de mi pecho hasta que se ocultó enteramente.

Dos horas despues, estábamos en Subiaco.

—Pero, quién era ese hombre estraordinario? preguntó la princesa conmovida con la sencillez de aquella narracion.

—Dignaos prestarme atencion, señora, respondió Lorenza. Ay! no he concluido todavia.

—Ya escucho, dijo Mme. Luisa.

La joven continuó:

—Dos horas despues de este suceso, llegamos á Subiaco. Mis padres y yo, no habiamos hecho mas que conversar durante todo el camino acerca de aquel singular salvador que se nos apareciera de improviso, misterioso y potente, como un enviado del cielo.

Menos crédulo que yo, mi padre sospechaba que fuera jefe de alguna de las

partidas, que aunque fraccionadas alrededor de Roma, dependen de la misma autoridad, y son inspeccionadas de vez en cuando por el jefe supremo, que revestido de un poder absoluto, premia, castiga, y entrega á cada individuo la parte que le corresponde.

Mas yo, yo que no podia luchar en esperiencia con mi padre, yo que obedecia á mi instinto, y que sufria el influjo de mi agradecimiento, no creia, ni podia creer, que aquel hombre fuese un bandido.

Asi es, que en mis plegarias nocturnas á la virjen, consagraba una frase destinada á invocar las gracias de la madre de Dios para mi salvador desconocido.

Aquel mismo dia entré en el convento. Habíase recobrado mi dote, y nada me impedia entrar en él. Estaba mas triste, pero tambien mas resignada que nunca. Italiana y supersticiosa, creia que Dios queria poseerme pura, entera, y sin mancha, puesto que me habia librado de aquellos bandidos, escitados sin duda por el demonio para mancillar la corona de

inocencia que Dios solo debia desprender de mi frente. Sometíme por tanto con todo el ardor de mi carácter á las exijencias de mis superiores y de mis padres, quienes me hicieron dirijir una peticion al soberano Pontífice para que me dispensara el noviciado. Yo misma la escribí y la firmé. Habia sido redactada por mi padre en los términos de un deseo tan ardiente, que Su Santidad creyendo ver en esta peticion la fervorosa aspiracion hacia la soledad de un alma cansada ya del mundo, concedió lo que habiamos solicitado, y el noviciado de un año, de dos años á veces para las demas, por un favor especial quedó reducido para mí á un mes.

Recibí esta noticia sin esperimentar dolor ni alegria y habríase dicho que estaba ya muerta para el mundo, y que operaban sobre un cadáver al que su sombra impasible solamente sobrevivia.

Me tuvieron quince dias cuidadosamente encerrada, temiendo que el espíritu mundano viniese á acometerme: mas en la mañana del décimo quinto dia, re-

cibí orden de bajar á la capilla con las demas hemanas.

Las capillas de los conventos son iglesias públicas en Italia; pues el Papa no cree sin duda, que sea permitido á un sacerdote confiscar á Dios, en ningun sitio donde se manifieste á sus adoradores.

Entré en el coro y cojí mi silla. Entre las colgaduras verdes que cerraban las rejas de aquel coro, ó mas bien que pretendian cerrarlas, habia un espacio que permitia suficientemente descubrir la nave. Por él ví un hombre que estaba solo de pié en medio de la turba prosternada, y que me miraba con tanta perseverancia, que parecia que queria devorarme con los ojos. Sentí entonces aquel estraño y molesto movimiento que ya habia esperimentado: aquel efecto sobrehumano que me atraia, por decirlo asi, fuera de mí misma, como al través de una hoja de papel, de una plancha, y hasta de un plato, habia yo visto á mi hermano atraer una aguja hacia un hierro tocado á la piedra iman.

Ay! vencida, subyugada, sin fuerza

contra aquella atraccion, me incliné hácia él, junté mis manos como se juntan para adorar á Dios y con los lábios y el corazon á la vez, le dije:

—Gracias! gracias!

Las relijiosas me miraron con sorpresa, aunque sin poder comprender mi movimiento ni mis palabras, y siguiendo la direccion de mis manos, de mis ojos y de mi boca, se empinaron sobre sus sillas para dirijir su vista hácia la nave.

Yo tambien miré otra vez temblando.

El estranjero habia desaparecido.

Preguntáronme, pero no hice mas que ruborizarme, palidecer y balbucear.

Desde aquel momento, señora, esclamó Lorenza con desesperacion, desde aquel momento, estoy en poder del demonio!

—Nada encuentro de sobrenatural en todo esto: sin embargo, hermana mia, contestó la princesa con amabilidad, calmaos y continuad.

—Oh! porque no podeis sentir lo que yo esperimentaba.

—Qué esperimentábais?

—La posesion toda entera; mi corazon, mi alma, mi razon, todo lo poseia el demonio.

—Mucho temo, hermana, dijo Mme. Luisa, que el demonio de quien hablais no fuese mas que el amor.

—Oh! el amor no me habria hecho sufrir de aquel modo; el amor no habria oprimido mi corazon: el amor no habria estremecido mi cuerpo con tanta violencia como el viento de una tempestad estremece los árboles, ni me habria inspirado el mal pensamiento que me asaltó en aquel instante.

—Decid ese mal pensamiento, hija mia.

—Hubiera debido descubrirlo todo á mi confesor; es verdad, señora?

—Sin duda.

—Pues bien! el demonio que me poseia me invitó por el contrario á guardarle secreto. Acaso no habria una sola relijiosa que al entrar en el claustro no dejara en el mundo que abandonaba algun recuerdo de amor... Muchas invocaban con el nombre de Dios, otro nom-

bre que llevaban sellado en su corazon, y el confesor estaba acostumbrado á semejantes revelaciones. Pues bien, yo tan piadosa, tan tímida, tan inocente y cándida, yo que antes de aquel viaje fatal de Subiaco, jamás habia hablado con hombre alguno, á no ser mi hermano; yo que desde entonces no habia cruzado mas que dos veces mi mirada con el desconocido, me figuré, señora, que me atribuirian con aquel hombre, una de esas intrigas que antes de tomar el velo, habia tenido cada una de nuestras hermanas con sus llorados amantes.

—Mal pensamiento en efecto, dijo Mme. Luisa: pero os repito que es muy inocente el demonio que inspira, á quien posee semejantes pensamientos. Continuad.

—Al dia siguiente, me llamaron al locutorio. Bajé y hallé á una de mis vecinas de la Via Frattina, en Roma, jóven que me echaba mucho de menos, porque todas las tardes hablábamos y cantábamos juntas.

Detrás de ella, y al lado de la puerta,

la esperaba, como hubiera hecho un lacayo, un hombre embozado en una capa. Este hombre, no se volvió hácia mí; pero yo me volví hácia él; no me habló y sin embargo adiviné quien era; sí, señora, era mi protector desconocido.

La misma turbacion que ya habia esperimentado, se apoderó de mi corazon. Me sentí enteramente dominada por el poder de aquel hombre, y á no ser por por la reja que me retenia, me hubiera arrojado á su encuentro. La sombra de su capa despedia estraños resplandores que me deslumbraban, y en su silencio obstinado, habia rumores que yo sola oia, y que me hablaban en un armonioso idioma.

Me revestí de todo el imperio que sobre mí misma tenia, y pregunté á mi vecina de la Via Frattina, quien era aquel hombre que la acompañaba.

No le conocia: su marido debia haber venido con ella, pero en el momento de partir, habia entrado acompañado de aquel hombre diciéndola:

—No puedo conducirte á Subiaco; este

amigo te acompañará.

Tan grande era el deseo que mi vecina tenia de verme, que sin preguntarle mas, vino en compañía del desconocido.

Aquella mujer era una santa: vió en un rincon del locutorio una virjen que tenia reputacion de ser muy milagrosa, y no queriendo salir sin dirijirla una oracion, se arrodilló delante de ella.

Entretanto, el hombre entró sin ruido, se acercó lentamente á mí, y desembozándose, clavó sus miradas en las mias cual si fuesen dos rayos ardientes.

Yo esperaba que hablase. mi pecho se levantaba, por decirlo así, subiendo como una ola al encuentro de su palabra; pero se contentó con estender sus manos por encima de mi cabeza, aproximándolas á la reja que nos separaba. Al punto un éxtasis estraño se apoderó de mí; él se sonreia y yo le devolví su sonrisa cerrando mis ojos como abrumada de una indecible languidez. Durante este tiempo, como si no hubiese deseado otra cosa que asegurarse de su imperio sobre mí, des-

apareció. A medida que él se alejaba, recobraba yo mis sentidos; sin embargo, aun estaba bajo el dominio de aquella singular alucinacion, cuando mi amiga, concluida ya su plegaria, se levantó, despidióse abrazándome, y desapareció.

Al desnudarme por la noche, encontré en mi toca, un billete que contenia estas tres líneas.

«El que ama á una relijiosa en Roma,
«es castigado de muerte. Dareis la muer-
«te á quien os dió la vida?»

Desde aquel dia, señora, fué completo el maleficio, porque mentí á Dios, no confesándole que pensaba en aquel hombre casi tanto como en él.

Aterrada la misma Lorenza de las palabras que acababa de pronunciar, se detuvo para consultar la dulce é intelijente fisonomía de la princesa.

—Hasta ahora, no encuentro maleficio, dijo con firmeza Mme. Luisa de Francia. Os repito que es una desgraciada pasion, y ya os he dicho que las cosas del mundo no deben entrar aquí, sino en estado de remordimientos.

—Aguardad, aguardad, hasta el fin, señora, repuso Lorenza, y espero que no me juzgareis con demasiada severidad.

—La induljencia y la dulzura me estan encomendadas, y estoy á las órdenes de todo el que padece.

—Oh! gracias! gracias! Sois en efecto el ánjel consolador que tanto he deseado encontrar.

Bajábamos á la capilla tres veces cada semana, y el desconocido jamas faltó á ninguno de estos oficios. Yo procuraba resistir, diciendo que estaba enferma, habia resuelto no bajar. Flaqueza humana! Al llegar la hora, bajaba á pesar mio, como impelida por una fuerza superior á mi voluntad, y disfrutaba algunos instantes de calma y bienestar si él no habia llegado todavia; pero á medida que se acercaba, le iba sintiendo. Sin dificultad habria podido afirmar: está á cien pasos... en el humbral de la puerta.... en la iglesia, sin mirar siquiera hacia estos sitios; mas tan luego como se colocaba en el lugar acostumbrado, aunque tuviera los ojos fijos en un libro de oraciones para

la invocacion mas santa, los apartaba para clavarlos en él.

Desde aquel momento, por mucho que durase el oficio, ya no me era posible leer ni orar. Todo mi pensamiento, toda mi voluntad, mi alma toda, se reconcentraba en las miradas, consagradas esclusivamente á aquel hombre, que yo bien conocia, luchaba contra Dios por mi posesion.

Al principio no le miré sino con temor; despues deseé verle, y por último me lancé á su encuentro con el pensamiento. A veces como en sueños, me pareció tambien verle durante la noche en la calle, ó sentirle pasar por debajo de mi ventana.

Mis compañeras conociendo mi estado, lo manifestaron á la superiora, quien lo comunicó tambien á mi famalia. Tres dias antes del señalado para pronunciar mis votos, vi entrar en mi celda á los tres únicos parientes que tenia en el mundo: mi padre, mi madre, y mi hermano.

Venian á abrazarme última vez, segun decian, mas yo conocí que su objeto era otro, pues mi madre quedando á so-

las conmigo, se puso á hacerme preguntas. Fácil es conocer en esta circunstancia el influjo del demonio, pues en vez de confesarlo todo, como debia, negué obstinadamente.

Combatida por una lucha singular, me halló el dia en que debia tomar el velo. Deseando y temiendo la hora de consagrarme enteramente al Señor, conocia que si el demonio estaba decidido á ejecutar en mí alguna tentacion suprema, debia ser sin duda en momento tan solemne.

—No volvísteis á tener ninguna otra carta de ese hombre estraordinario? preguntó la princesa.

—Ninguna, señora.

—Tampoco le habiais hablado?

—Tampoco, á no ser mentalmente.

—Ni, escrito?

—Oh! nunca.

—Continuad: hablábais del dia en que tomasteis el velo.

—Este dia debia dar fin á mis padecimientos, pues aunque mezclado de singular dulzura, era un suplicio incon-

cebible para un alma cristiana aquella obsesion de un pensamiento, de una forma siempre presente, siempre irónica por la oportunidad de sus apariciones, precisamente en los momentos que luchaba contra ella, y por su obstinacion en dominarme entonces invenciblemente. Así es que habia momentos en que invocaba con toda mi alma aquella hora santa. Cuando pertenezca al señor, pensaba, él sabrá acudir á mi socorro como lo hizo cuando nos atacaron los bandidos, y olvidaba que en aquella ocasion me habia defendido Dios por el conducto de aquel hombre.

Por último, llegada que fué la hora de la ceremonia, bajé á la iglesia, pálida é inquieta, pero menos ajitada que de costumbre. Ya habia llegado mi familia acompañada de todos nuestros amigos y de los habitantes de los pueblos comarcanos, pues habia circulado la noticia de que yo era hermosa, y una víctima cuanto mas hermosa, es, segun dicen, mas grata á los ojos del Señor.

Comenzaron los oficios.

Yo elevaba fervientes súplicas al cielo

para que concluyesen cuanto antes, porque no estando en la iglesia aquel hombre que me dominaba, me sentia bastante dueña de mi libre albedrio, y podria pronunciar con libertad mis votos. Ya el sacerdote se volvia hacia mi, mostrándome el crucifijo á quien iba á consagrarme, ya alargaba yo mis brazos hacia el único salvador del hombre, cuando comenzaron á ajitarse mis miembros por el estremecimiento precursor de su llegada, indicándome que acababa de pisar los humbrales de la iglesia, y su atraccion irresistible condujo mis ojos hacia el lado opuesto del altar, por mas esfuerzos que hacian para permanecer fieles al Cristo.

Mi perseguidor estaba de pie cerca del púlpito, y clavaba en mí su vista con mas empeño que nunca.

Desde aquel instante quedé completamente dominada : no habia ya para mí ni oficio, ni ceremonia, ni oraciones.

Me hicieron segun creo algunas preguntas con arreglo al rito, sin que pudiese contestarlas. Recuerdo que me tiraron del brazo y que vacilé como una

cosa inanimada que mueven en su base. Me enseñaron tambien la fatal tijera, sobre la cual un rayo de sol reflejó su resplandor terrible, sin que lograse atemorizarme, y un instante despues sentí en mi cuello el acero frio que rechinaba al cortar mi cabellera.

Parecióme entónces que me abandonaban enteramente las fuerzas, que mi alma se separaba de mi cuerpo para volar á su encuentro, y caí sobre el pavimento, no como desmayada, sino como dominada de un sueño irresistible. Un débil rumor hirió al pronto mis oidos, mas estinguiéndose por grados, quedé sorda, muda é insensible. La ceremonia se interrumpió entónces con espantoso tumulto.

Compadecida la princesa juntó sus manos tristemente.

—No es verdad, continuó Lorenza, que es un suceso terrible y en el cual se reconoce la intervencion del enemigo de Dios y de los hombres?

—Cuidado, dijo Mme. Luisa con acento de tierna compasion, cuidado, des-

graciada jóven, creo que os veo demasiado inclinada á atribuir á lo maravilloso, lo que solo es efecto de una debilidad natural. Al ver aquel hombre, os desmayásteis, no es otra cosa, continuad.

—Ay! Señora, no digais eso, esclamó Lorenza, ó al menos aguardad á haberlo oido todo para dar un juicio. Nada de maravilloso! continuó, pero si así fuera, no habria vuelto en mí una hora ó dos cuando mas despues? No habria conversado con mis hermanas, y cobrado valor y fé al oirlas?

—Sin duda, contestó la princesa. No sucedió así?

—Señora, dijo la jóven con voz sorda y acelerada, era de noche cuando volví en mí. Un rápido y penoso estremecimiento habia invadido desde algunos momentos antes todo mi cuerpo; alcé mi cabeza creyendo hallarme bajo la bóveda de la capilla, y quedé no poco sorprendida al ver árboles, rocas y nubes, y al sentir que un aliento tibio acariciaba mi rostro. Creí que la hermana enfermera me prodigaba sus cuidados, y quise

darla pruebas de mi gratitud..... Señora, reposaba mi cabeza sobre el pecho de un hombre, y aquel hombre era mi perseguidor. Palpéme para cerciorarme de que vivia, y exhalé un doloroso jemido. Me hallaba vestida de blanco, y una corona de rosas del mismo color ceñia mi frente como una desposada ó como una muerta.

La princesa lanzó un grito, y Lorenza dejó caer la cabeza entre sus manos.

—El siguiente dia, continuó la jóven sollozando, comprobé el tiempo que habia transcurrido: estábamos en miércoles, por lo tanto, habia pasado tres dias sin sentido, durante los cuales ignoro totalmente lo que ocurrió.

CAPÍTULO XII.

El Conde de Fenix.

Sumerjidas en profundo silencio permanecieron durante algunos instantes ambas interlocutoras; entregada la una á sus dolorosas meditaciones y la otra al asombro que le ocasionara tan estraña confesion.

Rompió por fin Mme. Luisa este silencio, diciendo:

—Y vos, no hicísteis nada para facilitar ese rapto?

—Nada, señora.

—Ignorais tambien de qué modo salísteis del convento?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, un convento está siempre bien guardado, tiene rejas en las ventanas, paredes altísimas, y una tornera que jamas abandona las llaves. Esto debe suceder tambien en Italia, pues la regla es aun mas severa que en Francia.

—Qué puedo responderos, señora, cuando en vano pretendo yo misma profundizar mis recuerdos desde aquel instante!

—Pero os quejaríais de tamaña tropelia?

—Si, por cierto.

—Y que os respondió?

—Que me amaba.

—Qué le dijisteis entonces?

—Que me causaba miedo.

—Como! vos no le amabais?

—Oh! no, no.

—Podeis afirmarlo?

—Ay señora! era muy raro el sentimiento que aquel hombre me inspiraba... Estando él presente, no soy *yo* sino *él*; quiero lo que quiere, hago lo que manda, mi alma pierde su fuerza, y mi espíritu su voluntad: su mirada me domina y me fascina. Unas veces parece que introduce en el fondo de mi corazon pensamientos que no son mios, otras que me arranca ideas, tan ocultas hasta entonces para mi misma, que ni aun las habia adivinado... Oh! ya veis señora, que en esto hay májia.

—No negaré, repuso la princesa, que si todo eso no es sobrenatural, es al menos muy estraño.... Pero, como viviais con ese hombre despues de vuestro rapto?

—Me daba muestras de un vivo cariño, y de la mas cincera amistad.

—Era tal vez algun ser depravado?...

—No me parece así, pues cuando hablaba, sus palabras tenian algo de profético.

—Vamos, confesad que le amais.

—No, señora, no dijo la joven con dolorosa tenacidad, no le amo.

—Siendo asi, debísteis huir, recurrir á las autoridades, reclamar que os volviesen al seno de vuestros padres.

—Me vijilaba tanto, que me era totalmente imposible escapar.

—Por qué no escribísteis?

—Durante el viaje, siempre nos detuvimos en casas propías suyas al parecer porque en ellas todo el mundo le obedecia. Repetidas veces pedí papel, tinta y plumas; pero sin duda estaban prevenidas las personas á quienes me dirijia, pues ni aun siquiera me contestaban.

—Como viajábais?

—Primero en silla de posta, hasta que en Milan la cambiamos por una especie de casa ambulante, en la que continuamos nuestro camino.

—Pero alguna vez, os dejaria sola ese hombre.

—Sí, entonces se acercaba á mi, me decia:—*Duerme*: y yo me dormia sin despertar hasta su regreso.

Mme. Luisa movió la cabeza, demos-

trando incredulidad, y dijo:

—No deseariais con enerjia escaparos, sino, lo hubierais conseguido.

—Ay, señora! á mi me parece que lo deseaba, pero... acaso estaria fascinada.

—Por sus palabras de amor?... por sus caricias?

—Rara vez me hablaba de amor, y no recuerdo que me haya hecho caricia alguna, á no ser un beso que me daba en la frente todas las mañanas y otro todas las noches.

—Es muy estraño en verdad! murmuró la princesa.

Mas dominada por una sospecha, prosiguió:

—Ea, repetidme que no le amais.

—Os lo repito, señora.

—Que ningun lazo terrestre os une á él.

—Ninguno.

—Que si os reclama no podrá hacer valer ningun derecho.

—Os lo aseguro.

—Y cómo habeis venido aqui? continuó la princesa, veamos, porque yo me confundo.

—Me aproveché de una fuerte tempestad que nos sorprendió mas allá de una poblacion que segun creo se llama Nancy. Acababa de separarse de mí, y estaba en el segundo compartimiento del coche, hablando con un viejo que lo habitaba: salté sobre su caballo, y me escapé.

—Y por qué disteis la preferencia á á Francia, pudiendo haber vuelto á Italia?

—Conocí que no podia volver á Roma, donde ciertamente creerian que yo habia sido cómplice de aquel hombre, y como estaba deshonrada, no me hubieran recibido mis padres.

Resolví pues dirijirme á Paris, y vivir oculta, ó bien acojerme á otra capital cualquiera donde pudiese sustraerme á todas las miradas, y principalmente á las suyas.

Cuando llegué á Paris, toda la ciudad estaba alterada con la noticia de vuestro retiro á este convento: todos alababan vuestra piedad, vuestro celo para con los enfermos, y vuestra compasion hacia los afligidos. Fué un rayo de luz para mí,

pues me convencí de que vos solamente tendriais bastante jenerosidad para recibirme y suficiente poder para defenderme.

—Aun apelais á mi poder; hija mia? Tan grande es el suyo?

—Oh! muy grande.

—Pues quien es? Hasta ahora no he querido preguntarlo por delicadeza: pero si he de defenderos, forzoso es que sepa contra quién.

—Ay señora! tampoco puedo contestaros con certeza, pues ignoro completamente quién es, y á qué clase pertenece: lo único que sé, es que un rey no inspira mas respeto, ni Dios mas adoraciones, que él á las personas á quienes se digna descubrirse.

—No sabeis siquiera su nombre?

—Señora, le he oido designar con muchos y muy diversos, aunque solo he podido conservar dos en mi memoria. El uno es el que le daba ese anciano, de quien ya os he hablado, y que fué nuestro compañero de viaje desde Milan hasta que le abandoné; el otro es el que él mismo se daba.

—Como le llamaba el anciano?

—Acharat.... es nombre anti-cristiano, verdad, señora?...

—Y cómo se nombraba él á sí mismo?

—José Balsamo.

—Y decis...

—Que conoce á todo el mundo, lo adivina todo, es contemporáneo de todas las épocas, ha vivido en todos los siglos; habla.... oh! Dios mio! perdonadle tamañas blasfemias; habla de Alejandro, de Cesar, de Carlo-Magno, como si los hubiese tratado, y segun tengo entendido murieron hace muchos años; tambien cita á Caifás, á Pilatos y á Nuestro Señor Jesucristo, en fin, como si hubiese asistido á su martirio.

—Será tal vez un charlatan?

—Acaso, señora, no entienda yo lo que significa esactamente en Francia la palabra que acabais de pronunciar, pero puedo decir que es un hombre peligroso, terrible, ante quien se doblega, desploma y hunde todo: que parece indefenso y está armado, que creen solo, y hace brotar hombres de las entrañas de la tierra. Y

todo sin esfuerzo, sin violencia, con una palabra, con un ademan... con una sonrisa.

—Bien está, dijo la princesa: sea quien fuere, tranquilizaos, hija mia: sereis protejida contra él.

—Por vos, señora?

—Sí, por mí, mientras no renunciei á esta proteccion. Pero dejad de creer, y sobre todo, no pretendais que yo crea en esas fantásticas y sobrenaturales visiones que ha enjendrado vuestra mente acalorada. Las paredes de San Dionisio seran siempre una muralla segura contra el poder infernal, y contra otro, mas temible aun, que es el poder humano. Decidme ahora lo que os proponeis hacer.

—Con estas alhajas que me pertenecen, pienso pagar mi dote en un convento: en este si es posible.

Y al mismo tiempo colocó Lorenza sobre la mesa, unos brazaletes preciosos, unas sortijas de gran precio, un diamante magnífico y unos elegantes zarcillos. Todo podia valer unos veinte mil escudos.

—Son estas vuestras joyas? preguntó

Mme. Luisa.

—Sí, señora; él me las dió y yo las restituyo á Dios. Una cosa nada mas deseo.

—Decidla.

—Que su caballo árabe, Djerid, instrumento de mi libertad, le sea devuelto, si lo reclama.

—Pero vos, no quereis de ningun modo volver con él?

—Yo no le pertenezco.

—Cierto es, segun habeis demostrado. Conque deseais continuar en este convento las prácticas relijiosas interrumpidas en Subiaco por el estraño acontecimiento que acabais de referirme?

—Es mi mas ardiente deseo, señora, y solicito este favor postrada á vuestras plantas....

—Muy bien, tranquilizaos, dijo la princesa, desde hoy vivireis con nosotras, y luego que nos hayais demostrado cuanto apeteceis este favor, cuando por vuestra conducta ejemplar lo hayais merecido, en seguida pertenecereis al Señor, y yo os respondo de que nadie os arrancará

de San Dionisio, velando sobre vos la superiora.

Precipitóse Lorenza á los pies de su protectora, prodigándola las mas tiernas y sinceras muestras de reconocimiento.

Mas de repente incorporose á medias, escuchó, perdió el color y esclamó estremeciéndose:

—Ay Dios mio! Dios mio!

—Qué! preguntó Mme. Luisa.

—No veis como tiembla mi cuerpo?. ahí viene! ahí viene!

—Quién?

—El que ha jurado perderme.

—Como! ese hombre.

—Oh! esclamó con acento del ma agudo dolor; ya se acerca, ya se acerca

—Os equivocais.

—No señora. Ved como á mi pes me atrae.... Oh! sujetadme, sujetadm

—Volved en vos, hija: dijo Mm Luisa asiéndola del brazo: aun cuan fuera él estais aquí segura.

—Se acerca os digo! gritó la jov aterrada, con los ojos fijos y los braz tendidos hacia la puerta.

—Qué locura! esclamó la princesa. Asi se entra aqui!... seria preciso que ese hombre trajera una órden del rey mismo.

—Ah! señora! ignoro como ha entrado, esclamó Lorenza haciéndose atrás, mas no dudeis que sube la escalera.... que está á diez pasos.... ya llegó!....

De repente abrióse la puerta, y la princesa retrocedió asustada de tan estraña coincidencia.

Una hermana se presentó.

—Quien sois?... preguntó Mme. Luisa.

—Yo, señora, acaba de llegar un caballero que solicita hablar con Vuestra Alteza Real.

—Su nombre?

—El conde de Fenix.

—Es él? preguntó la superiora á Lorenza: conoceis ese nombre?

—No, pero el és, el és.

—Que se le ofrece? preguntó la princesa á la relijiosa.

—Encargado de una mision acerca del rey de Francia, por Su Majestad el rey de Prusia, dice que desearia conferenciar

un momento con Vuestra Alteza Real.

Despues de algunos instantes de reflexion, Mme. Luisa dijo á Lorenza.

—Entrad en ese gabinete.

La joven obedeció.

—Y vos hermana, continuó la princesa, decid á ese cabellero que entre.

Despues de cerciorarse la hija de Luis XV que estaba bien cerrado el gabinete, se sentó, esperando no sin cierta inquietud, el suceso que iba á tener lugar.

Despues de un breve instante, volvió la monja precediendo al hombre á quien conocimos el dia de la presentacion bajo el nombre de conde de Fenix.

Vestia el mismo traje que consistia en un uniforme prusiano, elegante y majestuoso á la vez. Sus rasgados y espresivos ojos negros se bajaron á presencia de Mme. Luisa, pero solo para conceder al respeto, todo cuanto un hombre, por elevada que sea su posicion, debe como caballero, á una princesa de Francia.

Alzólos despues, casi inmediatamente cual si temiera pecar de humilde, y dijo

—Señora, agradezco á Vuestra Altez

Real el favor que ha tenido á bien conceder-me; contaba con él de antemano, pues no ignoraba el jeneroso apoyo que Vuestra Alteza presta á los desgraciados.

—En efecto, caballero, procuro hacerlo asi, contestó Maria Luisa con dignidad, esperando confundir enteramente á los diez minutos de conversacion, al que con tanta impudencia reclamaba la proteccion ajena, despues de haber abusado de sus propias fuerzas.

Inclinóse el conde sin demostrar que habia comprendido el sentido doble de las palabras de la princesa.

—Que puedo hacer por vos? continuó Mme. Luisa en el mismo tono de ironía.

—Todo cuanto necesito, señora.

—Hablad.

—Vuestra Alteza á quien yo no hubiera venido á molestar sin graves motivos en la morada que ha elejido, ha dado, segun creo, asilo á una persona que me interesa en estremo.

—Como se llama esa persona?

—Lorenza Feliciani.

—Y que relaciones teneis con ella? Es deuda, parienta, hermana vuestra?

—Es mi esposa.

—Vuestra esposa! esclamó la princesa alzando la voz para ser oida desde el gabinete: conque Lorenza Feliciani es condesa de Fenix?

—Lorenza Feliciani, es condesa de Fenix, si señora, respondió el conde con la mayor serenidad.

—No hay ninguna condesa de Fenix en las Carmelitas, caballero, contestó secamente la princesa.

—Tal vez, señora, continuó el conde sin darse por vencido, Vuestra Alteza Real no estará bien convencida de que Lorenza Feliciani y la condesa de Fenix son una misma persona.

—Confieso que no lo estoy y que habeis adivinado mi pensamiento, respondió Mme. Luisa, no tengo conviccion plena sobre este punto.

—Si Vuestra Alteza se sirviera dar órden de que la trajesen á su presencia no conservaria duda alguna. Vuestra Alteza perdone si insisto; pero esperimen-

to una gran pasion hacia esa joven, y me atrevo á afirmar, que ella misma siente tambien verse separada de mí.

—Eso creeis?...

—Si señora, eso creo, á pesar de mi escaso mérito.

—Oh! esclamó interiormente Mme. Luisa; Lorenza tenia razon: este ha de ser un hombre muy peligroso.

El conde conservaba entretanto una actitud tranquila, encerrándose en los límites de la mas estricta política cortesana.

—Probemos á mentir, continuó pensando la hija de Luis XV.

—Caballero, dijo, no puedo entregaros una mujer que no está aquí. No estraño que la busqueis con tanta pertinacia, si como decis, la amais de veras; pero si deseais tener probabilidades de hallarla, es preciso que os dirijais á otra parte.

El conde habia dirijido al entrar una rápida ojeada á todos los objetos contenidos en la cámara de la princesa, y sus ojos se habian detenido un instante, uno solo, pero le habia bastado para hacer su exámen, en la mesa colocada en un

ángulo oscuro del aposento, sobre la cual pusiera Lorenza sus joyas al ofrecerlas como dote para entrar en las Carmelitas. Por el resplandor que despedian entre la oscuridad las habia reconocido el conde de Fenix.

—Si Vuestra Alteza Real tuviese á bien reunir sus recuerdos, insistió el conde, violencia á que la suplico acceda, haria memoria de que Lorenza Feliciani se hallaba no ha mucho en este aposento, que dejó sobre esa mesa las alhajas que en ella se ven, y que despues de haber tenido el honor de conferenciar con Vuestra Alteza se retiró...

El conde cojió al vuelo la ojeada que echaba la princesa hácia el gabinete, y añadió:

—Se retiró á ese gabinete.

Ruborizóse la princesa, y el conde continuó:

—De suerte que únicamente espero el consentimiento de Vuestra Alteza, para mandar á Lorenza que salga, y estoy persuadido que obedecerá al instante.

La princesa recordó que Lorenza se

habia encerrado por dentro; y que por consiguiente, nadie podria obligarla á salir, si no lo hacia por su propia voluntad.

—Y si sale, que hará? replicó, no queriendo ya disimular el despecho que esperimentaba por haber mentido inútilmente delante de aquel hombre á quien no era posible ocultar cosa alguna.

—Nada mas, señora, que afirmar á Vuestra Alteza Real que quiere seguirme en virtud de ser mi mujer.

Estas últimas palabras tranquilizaron á Mme. Luisa que no habia olvidado las protestas de Lorenza.

—Vuestra mujer! repitió, estais seguro?

Y su indignacion se traslucia al pronunciar estas palabras.

—En verdad, que cualquiera diria que Vuestra Alteza no me cree, replicó politicamente el conde. No es sin embargo cosa tan singular que el conde de Fenix se haya casado con Lorenza Feliciani, y que un marido reclame su esposa.

—Otra vez! esclamó la princesa con impaciencia: os atreveis á decir que Lo-

renza Feliciani es vuestra esposa?

—Si señora, contestó el conde con la mayor naturalidad; me atrevo á decirlo porque es cierto.

—Conque estais casado?

—Lo estoy.

—Con Lorenza?

—Con Lorenza.

—Lejitimamente?

—Sin duda, señora, y si continuais insistiendo en una duda que me ofende...

—Qué hareis?

—Os presentaré el testimonio de mi casamiento perfectamente en regla, y firmado por el sacerdote que lejitimó nuestra union.

La princesa se estremeció: tanta imperturbabilidad, comenzaba á quebrantar sus convicciones.

El conde abrió una cartera y desdobló un papel diciendo:

—Aquí tiene Vuestra Alteza la prueba de cuanto he dicho, y del derecho qué me asiste al reclamar esa mujer: la firma de fé... Quiere Vuestra Alteza examinarla y leer el testimonio?

—Una firma! murmuró la princesa manifestando una desconfianza aun mas ofensiva que su cólera anterior; y si es?...

—Es la del cura de la parroquia de san Juan de Strasburgo, bien conocido del príncipe Luis, cardenal de Rohan, y si estuviera aqui Su Eminencia...

—Justamente lo está, esclamó Mme. Luisa clavando en el conde miradas ardientes. Su Eminencia no ha salido de San Dionisio, se halla en este momento con los canónigos de la catedral, y no hay cosa mas fácil que hacer ese reconocimiento que proponeis.

—Me alegro infinito, señora, replicó el conde guardando flemáticamente su testimonio en la cartera, pues espero que de ese modo se disiparán las injustas sospechas que Vuestra Alteza ha concebido contra mí.

—Ya me irrita tanto descaro, dijo la princesa ajitando vivamente la campanilla.—Hermana! hermana!

Apareció la relijiosa que momentos antes habia introducido al conde de Fenix.

—Que monte mi picador á caballo,

añadió Mme. Luisa, y lleve esta esquela al señor cardenal de Rohan: está en el cabildo de la Catedral, que venga al instante, pues le estoy esperando.

Y mientras esto decia, escribió dos líneas en un papel que entregó á la relijiosa, añadiendo en voz baja:

—Mandad que se aposten dos archeros en el corredor, y que nadie salga sin mi permiso: id corriendo.

Habia observado el conde las diferentes faces de aquella resolucion de luchar con él, que acababa Mme. Luisa de adoptar definitivamente, y decidido sin duda á disputar la victoria, aprovechó el momento en que estaba la princesa escribiendo, para acercarse al gabinete, y pronunciar en voz baja algunas palabras, con los ojos fijos en la puerta, y ajitando las manos con movimiento mas metódico que nervioso.

La princesa al volverse, le sorprendió en esta actitud.

—Qué haceis ahí caballero, preguntó.

—Señora, contestó este, intimar á Lorenza Feliciani que venga á confirmar

con sus palabras y por su libre y espontánea voluntad, que no soy un impostor ni un falsario, y esto sin perjuicio de las demas pruebas que exija Vuestra Alteza.

—Señor conde!

—Lorenza Feliciani! gritó este dominándolo todo y hasta la voluntad de la princesa: Lorenza Feliciani, salid de ese gabinete, y venid aquí; venid.

La puerta permaneció cerrada.

—Venid, yo lo quiero, repitió el conde.

Crujió entonces la llave en la cerradura, y con indecible espanto vió la princesa salir á la joven, que clavaba los ojos en el conde, sin dar señal alguna de cólera ó de aborrecimiento.

—Qué haceis, hija mia, qué haceis? esclamó Mme. Luisa, y por qué quereis volver con un hombre de quien habiais huido? No os dije que estabais aquí segura?

—Tambien lo está en mi casa, señora, contestó el conde.

Y volviendose hácia la joven añadió:

—No es verdad Lorenza que estais segura conmigo.

—Sí, respondió la joven.

Mme. Luisa, en el colmo de la admiracion, juntó las manos, y se dejó caer en su sillon.

—Ahora, Lorenza, continuó el conde con voz que aunque dulce no carecia de cierto acento de mando, ahora se me acusa de haberos hecho violencia: decid, os he violentado yo en alguna cosa?

—Jamás, replicó la joven con voz clara y precisa, y sin acompañar esta negativa con ningun ademan.

—Entonces, esclamó la princesa, qué significa esa historia de rapto que me habeis contado?

Lorenza permaneció muda y miraba al conde como si la vida y la palabra que es su espresion debiesen venirle de él.

—Sin duda Su Alteza desea saber como habeis salido del convento. Contad, Lorenza, todo lo que ha pasado desde que os desmáyasteis en el coro, hasta el momento en que despertásteis en la silla de posta.

La joven permaneció silenciosa.

—Contad lo que ha pasado con todo

BIBLIOTECA · Granada

sus pormenores, continuó el conde: os lo mando.

—No recuerdo, contestó Lorenza sin poder reprimir un lijero estremecimiento.

—Pensadlo bien, y os acordareis.

—Ah! si, si, en efecto, dijo la joven con el mismo acento monótono, ya recuerdo.

—Hablad!

—Cuando me desmayé en el momento que las tijeras cortaban mi cabello, me llevaron á mi celda y me acostaron. Mi madre permaneció hasta la noche á mi lado y como no recuperaba mis sentidos enviaron á buscar al cirujano del pueblo, quien me tomó el pulso, puso un espejo delante de mis labios, y viendo que mis arterias estaban sin latido, y mi boca sin aliento, declaró que estaba muerta.

—Pero como sabeis todo eso? preguntó la princesa.

—Su Alteza desea saber como habeis sabido todo eso, repitió el conde.

—Cosa estraña! dijo Lorenza; veia y oia; pero no podia abrir los ojos, hablar, ni moverme; estaba como en un letargo.

—En efecto, observó Mme. Luisa: Tronchin me ha hablado algunas veces de personas aletargadas que habian sido enterradas vivas.

—Continuad, Lorenza.

—Mi madre se desesperaba, y no queriendo creer en mi muerte, manifestó que queria pasar á mi lado aquella noche, y el siguiente dia.

Asi lo verificó; pero las treinta y seis horas durante las cuales me estuvo velando, transcurrieron sin que yo hiciese movimiento alguno, ni lanzase el menor suspiro.

Tres veces vino el sacerdote, y otras tantas manifestó á mi madre que era rebelarse contra Dios, el empeñarse en retener mi cuerpo sobre la tierra, cuando ya tenia mi alma; pues no dudaba, decia, que habiendo muerto con todos los requisitos necesarios para salvarme, y en el momento de pronunciar las palabras que sellaban mi eterna alianza con el Señor, mi alma habria subido directamente al cielo.

Mi madre insistió tanto, que consiguió

la dejaran velarme durante toda la noche del lunes al martes.

Mas habiendo llegado la mañana de este último dia sin que yo diese señal alguna de vida, mi madre se retiró vencida. Los cirios estaban encendidos en la capilla donde segun la costumbre debian depositarme un dia y una noche.

Las hermanas que debian amortajarme, entraron luego que mi madre salió, y como yo no habia pronunciado mis votos, me pusieron un vestido blanco, ciñeron mi frente con una guirnalda de rosas blancas, y cruzaron mis brazos sobre mi pecho. En seguida, pidieron el ataud.

Trajéronle: un frio agudísimo invadió todo mi cuerpo, porque, os repito, al través de mis párpados cerrados, veia como si hubiese tenido los ojos enteramente abiertos.

Me cojieron y me depositaron en el ataud.

Inmediatamente, descubierto el rostro como es costumbre entre nosotras las italianas, me bajaron á la capilla, me colocaron en medio del coro con cirios en-

cendidos al rededor de mi féretro, y pusieron á mis pies un acetre.

Durante todo el dia no cesaron de entrar en la capilla los vecinos de Subiaco, oraron por mí, y echaron agua bendita sobre mi cuerpo.

Luego que fué de noche, cesaron las visitas, cerraron por dentro las puertas de la capilla, menos la mas pequeña, y la hermana enfermera, permaneció sola á mi lado.

Un terrible pensamiento me ajitaba durante mi sueño; al dia siguiente debia verificarse el entierro, y conocia que iba á ser sepultada viva, si algun poder desconocido no venia á socorrerme. Oia una tras otra todas las horas: dieron las nueve, las diez, las once y el triste tañido vibraba en mi corazon, pues tambien oia el clamoreo de las campanas anunciando mi muerte.

Solo Dios sabe los esfuerzos que hice para vencer aquel sueño glacial y para romper los lazos de hierro que me sujetaban al ataud: pero al fin se compadeció de mí.

Dieron las doce.

Creí al oir la primera campanada que todo mi cuerpo era sacudido por un movimiento convulsivo, semejante al que esperimentaba cada vez que Acharat se acercaba á mí: una violenta sensacion asaltó despues mi corazon, y en seguida le ví aparecer en la puerta de la capilla.

—Fué espanto lo que esperimentásteis entonces? preguntó el conde de Fenix.

—No, no, fué gozo, éxtasis, porque comprendí que venia á librarme de aquella muerte desesperada que tanto temia. Marchó lentamente hácia mi féretro, me miró un instante con sonrisa llena de tristeza, y despues me dijo:

—Levántate, y anda.

Los lazos que sujetaban mi cuerpo, se rompieron al punto; al oir aquella voz poderosa, me levanté y puse un pie fuera del ataud.

—Quieres vivir? me preguntó.

—Oh! si, contesté.

—Entonces, sígueme.

La enfermera habituada al fúnebre oficio que desempeñaba al lado de mi ataud,

se habia quedado dormida en su silla. Pasé por delante de ella sin despertarla, y seguí al que por segunda vez me libraba de la muerte.

Al llegar al patio quedé estasiada contemplando otra vez ese cielo sembrado de brillantes estrellas que ya no esperaba volver á ver y sentí el aire fresco de la noche que me halagaba dulcemente.

—Ahora, me dijo, antes de dejar este convento, escojed entre Dios y yo. Quereis ser relijiosa, ó preferis seguirme?

—Quiero seguiros, contesté.

—Entonces, venid.

Llegamos á la puerta del torno: estaba cerrada.

—Donde están las llaves? me preguntó.

—En los bolsillos de la hermana tornera.

—Y donde están esos bolsillos.

—Sobre una silla al lado de su cama.

—Entrad sin ruido en su aposento, tomad las llaves, escojed la de la puerta y traédmela.

Obedecí, y cinco minutos despues estábamos en la calle.

Entonces me apoyé en su brazo, y nos dirijimos con precipitacion hácia la salida de Subiaco. A cien pasos de la última casa, nos esperaba una silla de posta. Nos metimos dentro y partió á galope.

—Se os hizo alguna violencia, se os dirijió alguna amenaza, marchasteis voluntariamente? preguntó Mme. Luisa.

Lorenza permaneció muda.

—Su Alteza Real os pregunta, si os obligué á seguirme por medio de alguna amenaza ó violencia.

—No.

—Y por qué le seguisteis?

—Decid por qué me habeis seguido.

—Porque os amaba, respondió Lorenza.

El conde de Fenix se volvió hácia la princesa con sonrisa de triunfo.

CAPÍTULO XIII.

Su Eminencia el Cardenal de Rohan.

Lo que pasaba á la vista de la prin-

cesa era tan estraordinario, que se veia precisada á preguntarse á sí misma si el hombre que tenia delante, no era en realidad un mago que disponia de los corazones y de los ánimos á su voluntad.

Pero el conde de Fenix quiso llevar mas adelante su asombro.

—No es esto todo, señora, Vuestra Alteza no ha oido de los labios de Lorenza mas que una parte de nuestra historia, y podria abrigar todavia alguna duda, si de su boca misma no oyese el resto.

Y volviéndose hácia la joven añadió:

—Te acuerdas, querida Lorenza, de todo nuestro viaje, y de que visitamos á Milan, el Lago Mayor, el Oberland, Righi y el Rhin magnífico, que es el Tiber del Norte?

—Sí, contestó la joven con su mismo acento monótono, si, Lorenza ha visto todo eso.

—Arrastrada por este hombre, cediendo á una fuerza irresistible de que vos misma no acertábais á daros cuenta, es verdad hija mia? preguntó Mme. Luisa.

—Por qué habeis de creer tal cosa

cuando todo lo que Vuestra Alteza acaba de oir manifiesta lo contrario? Ademas, si quereis una prueba mas palpable, un testigo material, he aquí una carta que la misma Lorenza me escribió durante una ausencia que me ví precisado á hacer, dejándola sola en Maguncia. Pues bien, señora, no pudo soportar esta separacion, me echaba de menos, deseaba verme cuanto antes, y me escribió este billete que Vuestra Alteza puede leer.

Esta leyó lo siguiente:

«Vuelve, Acharat; todo me falta cuando no estás á mi lado. Dios mio! cuando seré tuya por toda una eternidad!

LORENZA.

Levantóse Mme. Luisa con el rostro encendido de cólera y se acercó con el billete en la mano á Lorenza, quien permaneció sin hacer movimiento alguno, pues parecia no ver ni oir mas que al conde.

—Comprendo, observó vivamente este, decidido sin duda á ser hasta el fin el intérprete de la joven; Vuestra Alteza duda, y quiere cerciorarse que el billete

es suyo, sea. Ella misma instruirá á Vuestra Alteza. Lorenza, contestad: quien ha escrito esta carta?

Y el conde cojió la carta, la puso en la mano de su mujer, la cual aplicó inmediatamente aquella mano sobre su corazon diciendo:

—Lorenza.

—Y Lorenza sabe lo que contiene?

—Sin duda.

—Pues bien, decidlo para que Su Alteza vea que no la engaño: decidlo, yo lo mando.

La joven hizo al parecer un esfuerzo: pero sin desdoblar el papel, ni dirijir los ojos hácia él, leyó:

«Vuelve, Acharat; todo me falta cuando no estás á mi lado. Dios mio! cuando seré tuya por toda una eternidad!

LORENZA.»

—Es imposible, dijo la princesa, y no puedo creeros, porque en esto hay una cosa inesplicable y sobrenatural.

—Esta carta, continuó el conde de Fenix como si no hubiese oido á Mme. Lui-

sa, fué la que me determinó á apresurar nuestra union. Amaba á Lorenza tanto como ella me amaba: nuestra posicion era falsa. Ademas, en la vida aventurera que llevo, podia sucederme una desgracia, podia morir, y si moria, queria que todos mis bienes perteneciesen á Lorenza: por tanto, al llegar á Strasburgo nos casamos.

—Os casásteis?

—Sí.

—Imposible.

—Por qué señora? dijo sonriendo el conde. Qué hay de imposible, en que el conde de Fenix se haya casado con Lorenza Feliciani?

—Ella misma me ha dicho que no es vuestra mujer.

El conde, sin contestar á la princesa, se volvió hácia Lorenza y la preguntó.

—Te acuerdas en qué dia nos casamos?

—Sí, contestó: el dia tres de mayo.

—Donde?

—En Strasburgo.

—En qué iglesia?

—En la misma catedral, en la capilla de San Juan.

—Opusísteis alguna resistencia á esta union?

—Oh! no; era muy grande mi dicha.

—Te pregunto esto, continuó el conde, porque la princesa cree que te han violentado. Le han dicho que me aborrecias.

Y al pronunciar estas palabras, el conde cojió la mano de Lorenza.

Estremecióse la joven, y esclamó:

—Aborrecerte yo! Oh! no; yo te amo. Tú eres bueno y jeneroso.

—Y desde que eres mi mujer, di, Lorenza, he abusado jamás de mis derechos de esposo?

—No; me has respetado, y soy tu amiga pura y sin mancha.

El conde se volvió hácia la princesa como para decirla: lo ois?

Sobrecojida esta de espanto, habia retrocedido hasta los pies de un crucifijo de marfil fijado en la pared del gabinete sobre un fondo de terciopelo negro.

—Es esto todo lo que Vuestra Alteza

desea saber? dijo el conde soltando la mano de Lorenza.

—Señor, señor! esclamó Mme. Luisa, no os acerqueis ni ella tampoco.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se detenia á la puerta de la abadía.

—Ah! esclamó la princesa, ya está aquí el Cardenal; ahora sabremos á qué nos hemos de atener.

El conde de Fenix se inclinó, dijo algunas palabras á Lorenza y esperó con la tranquilidad de un hombre que tuviera el don de dirijir los acontecimientos.

Pocos instantes despues, se abrió la puerta y anunciaron á Su Eminencia el Cardenal de Rohan.

Tranquilizada la princesa con la llegada de un tercero, volvió á sentarse en su sillon diciendo:

—Decid que entre.

El Cardenal obedeció; mas apenas hubo saludado á la princesa, cuando viendo á Bálsamo, esclamó con sorpresa:

—Hola! sois vos?

—Conoceis al señor? preguntó la prin-

cesa cada vez mas admirada.

—Si señora, contestó el Cardenal.

—Entonces, continuó Mme. Luisa, nos direis quien és?

—Nada mas fácil, dijo el Cardenal: es un hechicero.

—Hechicero!... murmuró la princesa.

—Permitid, señora, interrumpió el conde, que Su Eminencia se esplique ahora mismo, y espero que todos quedaremos satisfechos.

—Encuentro tan trastornada á Vuestra Alteza, observó el Cardenal, que no puedo menos de figurarme que este caballero le ha pronosticado ya alguna cosa.

—La fé de casado! presentadla al momento, gritó Mme. Luisa.

El Cardenal miraba con asombro, porque ignoraba lo que aquella esclamacion pudiera significar.

—Aquí está, dijo el conde presentándola al Cardenal.

—Qué es esto? preguntó Mr. de Rohan.

—Señor, dijo la princesa; se trata de averiguar si esta firma es lejítima, y válido este documento.

El Cardenal leyó el papel que le presentaba Mme. Luisa, y contestó.

—Es una partida de matrimonio hecha en regla, y firmada por Mr. de Remy, cura de la capilla de San Juan: pero qué puede interesar esto á Vuestra Alteza?...

—Oh! me importa mucho: con que la firma...

—Es buena; pero no podré afirmar que no ha sido arrancada por la fuerza.

—Sin duda, bien puede haber sucedido asi, esclamó la princesa.

—Y el consentimiento de Lorenza tambien, es verdad? dijo Bálsamo con una ironía que se dirijia principalmente á Mme. Luisa.

—Pero, por qué medios, señor Cardenal, por qué medios creeis que haya sido arrancada esa firma? Decidlo si lo sabeis.

—Por los que están en vuestro poder; por medios májicos.

—Májicos! con que suponeis?...

—El señor es hechicero, lo he dicho y lo repito.

—Vuestra Eminencia quiere chancearse?

—No, y en prueba ello, quiero tener con vos una esplicacion formal en presencia de Su Alteza.

—Justamente iba á pedírsela á Vuestra Eminencia dijo el conde.

—Me alegro; pero no olvideis que soy yo quien interrogo, dijo el Cardenal con altivez.

—Y vos, replicó Bálsamo, no olvideis tampoco que si lo deseais voy á contestaros delante de Su Alteza. Pero presumo que no lo deseareis...

—Sabed, caballero, dijo el Cardenal sonriendo con desprecio, que el papel de hechicero es muy dificil de representar en nuestros tiempos. Ya os he visto desempeñarlo, y confieso que obtuvisteis un gran triunfo: pero os prevengo que no todos tendrán la paciencia, y sobre todo la jenerosidad de la señora Delfina.

—De la señora Delfina!... esclamó la princesa.

—Si señora, dijo Bálsamo, he tenido el honor de ser presentado á Su Alteza Real.

—Y como habeis pagado ese honor?

contestad.

—Ay! contestó el conde, peor de lo que hubiera querido, porque yo no aborrezco personalmente á ningun hombre y mucho menos á ninguna mujer.

—Pero qué habeis hecho á mi augusta sobrina? dijo Mme. Luisa.

—Señora, tuve la desgracia de decirle una verdad que me preguntaba.

—Sí, la verdad, observó Mr. de Rohan, una verdad que la hizo desmayar!

—Y es culpa mia, replicó el conde con esa voz poderosa que debia atronar algun dia, es culpa mia, si era tan terrible aquella verdad que debia producir semejantes efectos? Busqué yo por ventura á la princesa? Soy yo quien solicitó aquella entrevista? No, todo lo contrario, procuré evitarla: me llevaron á su presencia casi á la fuerza, y me exijió que contestara á todas sus preguntas.

—Pero qué verdad tan terrible le dijisteis? preguntó Mme. Luisa.

—Señora, contestó Bálsamo, fué el velo del porvenir que desgarré ante su vista.

—Del porvenir?

—Si, señora, de ese porvenir que ha parecido tan amenazador á Vuestra Alteza y del cual ha querido huir, encerrándose en un claustro para conjurarlo al pie de los altares con sus plegarias y con sus lágrimas.

—Qué decis?...

—Es culpa mia, señora, si ese porvenir que habeis adivinado como santa, me ha sido revelado á mí como profeta? Tengo yo la culpa de que si la señora Delfina aterrada de lo que personalmente le amenaza se desmayára cuando le fué revelado?

—Lo oís, dijo el Cardenal.

—Dios mio! esclamó la princesa.

—Si, continuó el conde; porque su reinado está maldito, y será el mas fatal y desgraciado de toda la monarquía.

—Caballero! interrumpió Mme. Luisa.

—En cuanto á vos, señora, añadió Bálsamo, acaso vuestras plegarias hayan alcanzado induljencia; no llegareis á presenciar estos desastres, pues para cuando se verifiquen estareis en los brazos del Señor. Orad! señora, orad!

Dominada la princesa por aquella voz profética, tan conforme con los terrores de su alma, cayó de rodillas á los pies del crucifijo y se puso á orar con fervor.

Volviéndose entonces el conde hácia el Cardenal, y dirijiéndose al alfeizar de una ventanana, le dijo:

—A nosotros ahora, señor Cardenal; qué me quereis?

Este se encaminó tambien á la ventana.

Los personajes estaban dispuestos del siguiente modo:

Mme. Luisa postrada ante el crucifijo oraba con fervor: Lorenza inmóbil, muda, con los ojos abiertos y fijos como si no viesen, estaba de pie en medio del aposento. Los hombres permanecian junto á la ventana, apoyado Bálsamo sobre la falleba, y el Cardenal medio oculto detrás de la cortina.

—Qué me quereis? repitió el conde, hablad.

—Quiero saber quien sois.

—Ya lo sabeis.

—Yo?

—Si: No habeis dicho que era hechicero?

—Asi es: pero en otra parte os llamaban José Bálsamo y aquí os llaman el conde de Fenix.

—Y qué prueba eso? Nada mas sino que he cambiado de nombre.

—Ya; pero ignorais que semejantes cambios en un hombre como vos, darian mucho que pensar á Mr. de Sartines?

El conde se sonrió.

—Bah! esa es una guerra muy mezquina para todo un Rohan! Como! es posible que Vuestra Eminencia se ponga á argumentar sobre la palabra *verba et voce*, que dice el latin? No teneis otra cosa peor que echarme en cara?

—Hablais con ironía? dijo el Cardenal.

—No, este es mi carácter.

—Entonces voy á darme una satisfaccion.

—Cuál?

—La de haceros bajar el tono.

—Como gusteis.

—Sí, pues de ese modo lograré complacer á la Delfina.

—Y no os estará de mas, segun creo, en el estado en que os hallais con ella, dijo Bálsamo con calma.

—Y si mandase que os prendieran, qué diriais, señor del horóscopo?

—Diria que obrais mal, señor Cardenal.

—De veras! replicó este con aire de desprecio: y contra quién?

—Contra vos mismo.

—Siendo asi, voy á dar ahora mismo la orden, y sabremos á punto fijo quién es este baron José Bálsamo, conde de Fenix, vástago ilustre de un árbol jenealójico, cuya simiente no he visto en ningun campo heráldico de Europa.

—Podiais haber pedido informes de mí, á vuestro amigo Mr. de Breteuil.

—Mr. de Breteuil no es amigo mio.

—No lo será ya, pero lo ha sido, y de los mejores, pues le habeis escrito cierta carta...

—Qué carta? preguntó el Cardenal aproximándose sobresaltado.

—Mas cerca, señor Cardenal, mas cerca; no quiero hablar alto, porque sen-

tiria comprometeros.

El Cardenal se acercó mas todavia.

—Pero, qué carta es esa? dijo.

—Oh! bien lo sabeis.

—Sin embargo, decidlo.

—Pues bien, una carta que escribisteis á París desde Viena con objeto de frustrar el casamiento del príncipe.

El prelado no pudo disimular un movimiento de temor.

—Y esa carta?... balbuceó.

—La sé de memoria.

—Es una traicion de Mr. de Breteuil.

—Por qué?

—Porque se la reclamé cuando se decidió el casamiento.

—Y qué os dijo?

—Que la habia quemado.

—Porque no se atrevió á deciros que la habia perdido.

—Perdido?

—Si... y como ya comprendeis, una carta perdida... cualquiera puede encontrarla.

—De modo que la que yo escribí á Mr. de Breteuil?...

—Si...

—Y él pretende haber quemado?...

—La he hallado yo. Fué por casualidad; pasando por el patio de mármol de Versalles.

—Y no la habeis devuelto á Mr. de Breteuil.

—Me hubiera guardado de cometer semejante disparate.

—Por qué?

—Porque en mi cualidad de hechicero, sabia que Vuestra Eminencia á quien estimo mucho, me odiaba de muerte, y ya comprendeis... un hombre desarmado que sabe que al atravesar un bosque van á atacarle y halla una pistola cargada....

—Qué?

—Que este hombre seria un necio si no se apoderase de ella.

El prelado sintiéndose vacilar se apoyó en el antepecho de la ventana: pero despues de algunos instantes de perplejidad, durante los cuales pudo el conde observar todas las variaciones de su rostro, dijo:

—Bien pero no se dirá que un príncipe

de mi familia se ha intimidado ante un charlatan. Aunque se hubiese efectivamente perdido esa carta, aunque sea cierto que la habeis encontrado, aunque se la presentáseis á la misma princesa, y me perdiéseis como hombre político, sostendré mi papel de súbdito leal, y fiel embajador. Diré la verdad, esto es, que me parecia esa alianza perjudicial á los intereses de mi nacion, y ella me defenderá, ó me compadecerá.

—Y si se presenta alguno diciendo que el embajador, joven, noble y galante muy confiado en su nombre de Rohan y en su título de príncipe, no dice eso porque crea que la alianza austriaca es perjudicial á los intereses de la Francia, sino porque recibido desde luego afectuosamente por la archiduquesa Maria Antonieta, ese orgulloso embajador habia tenido la jactancia de ver en esa afabilidad alguna cosa mas que... afabilidad; que contestará el fiel súbdito, el embajador leal.

—Negará, porque de ese sentimiento que suponeis haber existido, no ha quedado prueba alguna.

—Ah! si por cierto, os engañais; la frialdad de la archiduquesa para con vos.

El Cardenal vaciló.

—Creedme, príncipe, continuó el conde: en vez de incomodarnos como ya hubiera sucedido á no tener yo mas prudencia que vos, seamos buenos amigos.

—Buenos amigos?

—Por qué no? Los buenos amigos son los que prestan servicios cuando se presenta la ocasion.

—Los he solicitado yo nunca de vos?

—Esa es la falta que habeis cometido, porque desde hace dos dias que estais en París...

—Yo?

—Si vos. Pero por qué tratais de ocultarme nada sabiendo que soy hechicero? Os separásteis de la princesa en Soissons, vinisteis en posta á París por Villes-Cotterets y Dammartin, es decir, por el camino mas corto, para pedir á vuestros amigos favores que os han negado, y despues de recibir algunos desaires, capaces de desesperar á cualquiera, marchásteis en posta á Compiegne.

El Cardenal no pudo disimular su turbacion.

—Y qué clase de servicios podiais prestarme si me hubiera dirijido á vos? preguntó.

—Los que tiene en su mano el hombre que hace oro.

—Y qué me importa que hagais oro?

—Diablo! cuando uno tiene que pagar en el término de cuarenta y ocho horas quinientos mil francos... no es esa la cantidad?

—Sí, esa és.

—Y preguntais qué importa tener un amigo que hace oro? Os parece poco que esos quinientos mil francos que no habeis podido encontrar en ninguna parte, se encuentren en su casa?

—Donde vive?

—En la calle de San Claudio.

—Como conoceré su casa?

—Por una cabeza de grifo de bronce que sirve de llamador á la puerta.

—Cuando podré presentarme?

—Pasado mañana, monseñor, á las seis de la tarde y despues...

—Qué?

—Cuantas veces gusteis. Pero mirad, nuestra conversacion concluye á tiempo, pues la princesa termina su plegaria.

El Cardenal, viéndose vencido, no trató de resistir mas tiempo, y aproximándose á Mme. Luisa, dijo:

—Señora, me veo precisado á confesar que el señor conde de Fenix tiene mucha razon, que la partida de casamiento que ha presentado no puede ser mas válidad, y en fin, que por las esplicaciones que me ha dado, he quedado completamente satisfecho.

—Qué manda Vuestra Alteza Real? preguntó Bálsamo haciendo una reverencia.

—Quiero todavía hacer una pregunta á esa joven.

El conde se inclinó segunda vez en señal de asentimiento.

—Dejais por vuestra propia voluntad el convento de San Dionisio, en el cual solicitábais no ha mucho un refujio?

—Su Alteza, replicó vivamente Bál-

samo, pregunta si quereis salir por vuestra propia voluntad del convento de San Dionisio al cual vinisteis á pedir un asilo: contestad, Lorenza.

—Sí, repuso la joven, le dejo por mi propia voluntad.

—Para seguir á vuestro marido el conde de Fenix?

—Para seguirme? repitió este.

—Ay! sí, dijo la joven.

—Si asi es, continuó la princesa, no quiero deteneros, porque seria violentar los sentimientos; pero si en esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor caiga sobre aquel que en provecho suyo ha turbado la armonía de la naturaleza. Id, señor conde de Fenix, id, Lorenza Feliciani, no quiero deteneros mas... pero antes recojed vuestras alhajas.

—Son para los pobres, señora, dijo el conde, y distribuida por vuestra mano esta limosna tendrá doble mérito á los ojos del Señor. Solo reclamo mi caballo Djerid.

—Os lo entregaran á la salida. Id con Dios.

El conde saludó á la princesa, dió el brazo á Lorenza que lo aceptó al punto, y salió con él sin pronunciar una palabra.

—Ay! señor Cardenal! esclamó Mme. Luisa meneando tristemente la cabeza; hay cosas incomprensibles y fatales en el aire que respiramos.

CAPÍTULO XIV.

El regreso de San Dionisio.

Ya dijimos, que al separarse de Felipe Jilberto, volvió á confundirse entre la multitud.

Mas esta vez no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazon palpitante de esperanza y alegria, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habian podido mitigar la buena acojida y los jenerosos ofrecimientos de Felipe.

Andrea no sospechaba siquiera que habia sido cruel con Jilberto. La hermosa é impasible joven ignoraba completamente que pudiese existir entre ella y el

hijo de su nodriza punto alguno de contacto, ni para el dolor, ni para la alegria. Ella se elevaba sobre las esferas inferiores, arrojando sobre ellas su oscuridad ó su luz, segun la disposicion en que su ánimo se encontraba. En esta ocasion, la sombra de su desden habia helado á Jilberto, mas como hubiese seguido el impulso de su naturaleza, ignoraba que habia sido injusta.

Pero Jilberto, como un atleta desarmado, habia recibido en medio del corazon todas sus miradas de desprecio y sus palabras soberbias, porque no tenia aun bastante filosofía para entregarse al consuelo de la desesperacion.

Asi que, tan luego como se confundió en medio de aquel jentío inmenso, reunió sus fuerzas sin cuidarse de caballos ni hombres, y á riesgo de estraviarse ó ser lastimado, se lanzó como un jabalí herido, logrando abrirse paso al través de la multitud.

Cuando atravesó los grupos mas espesos del pueblo, comenzó á respirar con mas libertad, y dirijiendo la vista en tor-

no suyo, descubrió el campo, la yerba, la soledad y el agua.

Corrió hasta el Sena, ignorando donde iba, y se encontró casi enfrente á la iglesia de San Dionisio. Entonces, rendido, no tanto por la fatiga del cuerpo, como por las angustias del alma, se dejó caer sobre la yerba, y ocultando el rostro entre sus manos, se puso á rujir frenéticamente, como si aquel lenguaje, propio del leon, espresase mejor sus dolores que la palabra y los gritos del hombre.

En efecto, se habia estinguido de repente todo aquel espíritu vago é indeciso, aquella halagüeña esperanza que hasta entonces habia despedido algunos rayos de luz furtiva sobre deseos insensatos de que no se atrevia á darse cuenta? A cualquier grado de la escala social á que subiera nuestro joven á fuerza de injenio, de ciencia ó de estudio, siempre seria Jilberto para Andrea el mismo, es decir, una cosa ó un hombre, (estas habian sido sus propias palabras) del cual no debia hacer caso su padre, pues no le consideraba digno de que bajase su vista hasta él.

Por un instante tuvo la esperanza de que al verle en París, al saber que habia venido á pie, y al conocer su resolucion de luchar con su suerte hasta vencerla, Andrea aplaudiria sus jenerosos esfuerzos. Y he aquí que no solo habia faltado el *macte ánimo* al jeneroso joven, sino que en premio de tantas fatigas y de tan heróica resolucion, solo habia alcanzado la desdeñosa indiferencia que siempre habia mostrado Andrea hácia el Jilberto del castillo de Taverney.

Ademas, no habia estado á punto de enfadarse cuando supo que habia tenido la audacia de dirijir la vista á su cuaderno de solfeo? Si el pobre joven hubiese siquiera tocado con un dedo aquel cuaderno, no hubiera ya sido bueno sino para quemado.

Para los corazones débiles, las decepciones y los engaños, no son mas que golpes, bajo los cuales, sucumbe el amor para resucitar despues mas firme y perseverante. Espresan sus dolores con lamentos y lágrimas; y tienen la resignacion del cordero á vista del cuchillo. Hay mas:

el amor de estos mártires aumenta frecuentemente con los dolores que debieran matarlos, pues se dicen y esperan que su dulzura tendrá su recompensa, y esta recompensa es el objeto hácia que se dirijen, sea bueno ó malo el camino, sin mas diferencia, que si es malo tardarán mas en llegar, pero llegarán.

No sucede lo mismo con los corazones altivos, con los temperamentos fuertes y con las organizaciones poderosas, que se irritan al ver su sangre que corre, y su enerjía se aumenta tan salvajemente, que desde entonces pueden considerarse mas bien como rencorosos que como amantes. Es preciso sin embargo disculparlos, porque en ellos el amor y el ódio van tan unidos, que casi no sienten la transicion del uno al otro.

Asi, que sabia Jilberto cuando se arrastraba de aquella suerte por el suelo vencido del dolor, si amaba ú odiaba á Andrea? No, sufria sin poderse esplicar á sí mismo las sensaciones que le ajitaban. Mas como no estaba dotado de gran paciencia, trató á poco de distraer su dolor, de-

cidido á adoptar una resolucion enérjica.

—Ah! no me ama! esclamó. Hice mal en pensar otra cosa. Solo debia exijir de ella ese tierno interés que merecen los desgraciados que tienen la enerjia de luchar con su desgracia. Ella no ha podido conocer lo que ha comprendido su hermano, que me dijo: «quién sabe si llegarás un dia á ser Colbert ó un Vauban!.» Si llego á ser uno ú otro, me hará justicia, dándome su hermana en premio de mi gloria adquirida, como me la habria dado en cambio de mi aristocracia nativa, si mi cuna hubiese sido igual á la suya. Pero para ella, lo conozco... Colbert y Vauban serian siempre Jilberto, porque desprecia en mí lo que nada podrá borrar, cubrir, ni dorar... la humildad de mi nacimiento. Y no conoce que para que yo alcance lo que ambiciono, habré de crecer mucho mas que si hubiese nacido en su esfera? Oh criatura loca! Oh ser insensato! Oh mujer... mujer! ó lo que es lo mismo oh imperfeccion!

Fiaos de esa mirada anjelical, de esa frente despejada, de esa sonrisa intelijente,

de ese porte de reina. Estas son las cualidades de la señorita de Taverney, de esa mujer que por su hermosura parece digna de reinar en todo el universo, pero que no es mas que una aldeana henchida de orgullo, remilgada y llena de preocupaciones aristocráticas. Mas si se le acercan esos jóvenes de moda, con sus pedantescos modales, atronados é ignorantes, á pesar de haber tenido en su mano todos los recursos necesarios para instruirse, Andrea los recibirá como iguales y en ellos fijará al momento toda su atencion... Pero Jilberto!... Jilberto es un perro, menos que un perro, pues se ha acordado de Mahon, y no hubiera pensado, sin duda, en preguntar por él.

Ah! ignora que soy tan fuerte como ellos: que cuando mis vestidos sean tan elegantes como los suyos pareceré tan distinguido como ellos: que tengo ademas una voluntad inflexible que ellos no tienen, y que si quiero...

Una sonrisa terrible que se dibujó en los labios de Jilberto interrumpió la frase.

Despues, lentamente, y frunciendo el

ceño inclinó su cabeza sobre el pecho.

Qué pasó en este momento en aquella alma oscura? bajo qué terrible idea se inclinó aquella frente pálida por las vijilias, y contraida por la meditacion? Quién lo dirá! Es el marinero que bajaba el rio en su canoa entonando la cancion de Enrique IV? Es la alegre lavandera que volvia de San Dionisio, despues de haber presenciado la entrada de la princesa, y se separaba de su camino tomando tal vez por un ladron á aquel joven ocioso tendido sobre la yerba en medio de las estacas cargadas de ropa?

Despues de media hora de meditacion, Jilberto se incorporó resuelto y sereno: bajó al Sena, bebió agua, dirijió la vista en torno suyo y vió á su izquierda los grupos del pueblo que se alejaban de San Dionisio.

En medio de aquella multitud, distinguiánse los primeros coches marchando al paso por el camino de Saint-Ouen, obstruido casi enteramente por la concurrencia.

La princesa habia querido que su en-

trada fuese una fiesta de familia. Asi es, que esta usó del privilejio, y vino á colocarse tan cerca del espectáculo réjio, que muchos parisienses subieron á los asientos de la servidumbre, y se colgaron, sin que tratasen de impedírselo, de las pesadas sopandas de los carruajes.

No tardó Jilberto en distinguir el coche de Andrea. Felipe galopaba ó mas bien piafaba junto á la portezuela.

—Está bien, dijo: es preciso que sepa donde vá, seguiré á cierta distancia.

La princesa debia ir á cenar á la Muette en compañía del rey, del delfin, del príncipe de Provenza, del de Artois, y preciso es decirlo, Luis XV llevó el olvido de su decoro hasta el punto de entregar á Maria Antonieta en San Dionisio una lista de los convidados y un lápiz para que borrase los que no le convinieran.

Cuando la princesa llegó al nombre de Mme. Dubarry, colocado el último, palidecieron sus labios y comenzaron á temblar convulsivamente; pero decidida á seguir las instrucciones de la emperatriz su

madre, llamó en su auxilio todas sus fuerzas, devolvió la lista al rey diciéndole con sonrisa llena de encanto, que se consideraba muy dichosa de ser admitida desde luego en la intimidad de su familia.

Jilberto ignoraba esto, y hasta llegar á la Muette, no pudo conocer los coches de la favorita, ni á Zamora que iba majestuosamente encaramado sobre su gran caballo blanco.

Afortunadamente habia ya anochecido; Jilberto se ocultó tras un árbol y esperó.

Luis XV hizo cenar juntas á su nuera y á su querida, y se mostró estremadamente alegre, cuando vió á la princesa acojer á Mme. Dubarry con mas agrado aun que en Compiegne.

Pero Luis Augusto, taciturno y pensativo, se retiró antes de sentarse á la mesa, pretestando un fuerte dolor de cabeza.

La cena duró hasta las once.

Entre tanto, las personas de la comitiva, (y forzoso era á la altiva Andrea confesar que era de este número) cena-

ron entre pabellones, al son de una orquesta que les enviara el rey: mas como aquellos eran demasiado pequeños, cincuenta caballeros hubieron de cenar en mesas colocadas sobre el césped, servidas por cincuenta criados de palacio.

Jilberto que continuaba oculto y que nada perdia de aquel espectáculo, sacó de su bolsillo un pedazo de pan que habia comprado en Clichy la Garenne, y cenó tambien sin dejar de vijilar á los que marchaban.

Terminada la cena, la princesa se asomó al balcon para despedirse de sus huéspedes. El rey se puso á su lado, y Mme. Dubarry cuyo tacto admiraban hasta sus mas encarnizados enemigos, se mantuvo en el interior de la habitacion para no ser vista.

Todos los individuos de la réjia comitiva, y multitud de personas deseosas de conocer á Maria Antonieta, pasaron por debajo del balcon para saludar al rey y á la princesa que conocia ya á muchos de los que la habian acompañado. Luis XV le nombraba á aquellos que aun no co-

nocia. De vez en cuando, caia de sus labios una palabra graciosa, una feliz ocurrencia que llenaba de alegría y orgullo á las personas á quienes se dirijia.

Jilberto indignado al ver tanta bajeza, decia para sí:

—Yo soy mas noble que todos esos, porque no haria lo que hacen, por todo el oro del mundo.

Cuando tocó á Mr. de Taverney y á su familia, Jilberto se incorporó apoyándose sobre una rodilla.

—Caballero Felipe, dijo la princesa, os doy permiso para acompañar á vuestro padre y á vuestra hermana á París.

Jilberto oyó estas palabras, que en el silencio de la noche, y en medio del recojimiento de los que escuchaban y miraban, vinieron á vibrar en sus oidos.

—Señor de Taverney, añadió Maria Antonieta, no puedo hospedaros todavía: partid pues con vuestra hija á París hasta que haya instalado mi casa en Versalles, y vos amiga mia, pensad un poco en mí.

El baron pasó con sus hijos, y siguiéronles otros muchos á quienes la del-

fina, tenia que decir cosas semejantes á las que habia dicho á la familia de Taverney: pero esto importaba muy poco á Jilberto.

Deslizóse fuera de las matas, y siguió al baron en medio de los gritos confusos de doscientos lacayos que corrian en pos de sus amos, de cincuenta cocheros que contestaban á los lacayos y de sesenta coches que rodaban por el empedrado como otros tantos truenos.

Mr. de Taverney acompañado de sus hijos montó en su carruaje.

—Amigo mio, dijo Felipe al lacayo que se apresuraba para cerrar la portezuela, sube al pescante con el cochero.

—Por qué? preguntó el baron.

—Porque no ha descansado en todo el dia, y debe estar rendido.

El baron murmuró algunas palabras que Jilberto no pudo comprender. El lacayo aceptando á la invitacion de Felipe, tomó asiento al lado del cochero; mas en el momento de ponerse en camino, se advirtió que uno de los tirantes se habia desatado.

El cochero bajó entonces, y el carruaje permaneció todavía un instante parado.

Jilberto se acercó.

—Muy tarde es, dijo el baron.

—Oh! estoy tan cansada... murmuró Andrea: Quiera Dios que al menos encontremos donde dormir esta noche.

—Asi lo espero, contestó Felipe: he enviado directamente á La-Brie y Nicolasa desde Soissons á París con una carta para un amigo mio, en la que le recomiendo nos prepare un pabellon que su madre y su hermana habitaron el año pasado. No es un alojamiento de lujo, pero al menos podremos vivir con comodidad.

—Pardiez, observó el baron, siempre será mejor que Taverney.

—Asi es, por desgracia, padre mio, repuso Felipe sonriendo con melancolía.

—Hay árboles? preguntó Andrea.

—Sí, muy hermosos, solo que no gozarás de ellos probablemente mucho tiempo, pues serás presentada tan luego como se efectúe el casamiento.

—Mucho nos abandonamos á las ilu-

siones. Dime, Felipe, has dado las señas al cochero?

Al oir esta pregunta, Jilberto escuchó con ansiedad.

—Si señor, contestó el joven.

Viendo Jilberto burlada su esperanza, dijo para si:

—No importa, los seguiré. Desde aquí á París no hay mas que una legua.

Atado ya el tirante, volvió el cochero á ocupar su asiento y el carruaje comenzó á rodar.

Pero los caballos del rey corren mucho cuando no tienen precision de ir en hilera: el pobre Jilberto se acordó mas de una vez del camino de La-Chaussée, de su desmayo y de la inutilidad de sus esfuerzos.

Viendo que el carruaje se adelantaba, y que le seria completamente imposible seguirle hasta París, nuestro joven precipitó cuanto pudo su carrera y logró alcanzar el estribo que habia dejado vacante el lacayo fatigado, se agarró á él y se sentó. Mas le ocurrió casi en el instante mismo, el pensamiento de que aquel

sitio era la trasera del coche de Andrea y que habia ocupado el puesto de un lacayo.

—Oh! no, murmuró el inflexible joven: no se dirá que no he luchado hasta el último momento. Mis piernas están ya cansadas pero mis brazos no lo están.

Y agarrando con ambas manos el estribo sobre el cual habia puesto la punta de sus zapatos, se dejó arrastrar debajo del asiento, y á pesar de los vaivenes y sacudimientos se mantuvo por el vigor de sus brazos en aquella posicion dificil, antes que capitular con su conciencia.

—Sabré donde vive, murmuró; pasaré otra mala noche, pero mañana descansaré en mi silla, copiando música. Ademas tengo todavía dinero, y si quiero podré dormir dos horas.

En seguida reflexionó, que como París era tan grande, podria fácilmente perderse, pues no le conocia, cuando el baron y sus hijos entrasen en la casa que les habia preparado Felipe.

Mientras iba haciendo estas reflexiones, Jilberto observó que atravesaba una

gran plaza, en medio de la cual se elevaba una estátua ecuestre.

—Ay! no es esta la plaza de la Victoria? esclamó alegre y sorprendido á la vez.

El coche dió una vuelta, y Andrea se asomó á la portezuela.

—Ya llegamos, dijo Felipe: esa es la estátua del difunto rey.

Bajaron una pendiente muy rápida, donde Jilberto corrió riesgo de caer bajo las ruedas.

—Ya hemos llegado, dijo Felipe.

Jilberto se dejó caer al suelo, y se lanzó al otro lado de la calle, ocultándose detrás de un pilar.

Felipe fué el primero que saltó fuera del coche y recibió á Andrea en sus brazos.

El baron bajó el último.

—Hola! dijo: si querrán tal vez esos belitres que pasemos aquí la noche!

En este instante se oyó la voz de La-Brie y Nicolasa, y se abrió una puerta.

Los tres viajeros penetraron en un zaguan oscuro, cuya puerta se cerró inmediatamente tras ellos.

El coche y los lacayos partieron en direccion de las caballerizas del rey.

La casa en que acababan de entrar los tres viajeros no tenia nada de notable pero al pasar el coche, alumbró la casa inmediata, y Jilberto pudo leer:

Hôtel d'Armenonville.

Mas como ignoraba el nombre de la calle, se dirijió hácia el estremo mas próximo, y quedó no poco admirado al hallarse junto á la fuente en donde acostumbraba beber. Anduvo diez pasos por una calle paralela á la que dejaba, y reconoció la casa del tahonero donde compraba el pan.

Dudaba todavía, y retrocedió hasta el ángulo de la calle. A la luz de un reverbero pudo leer en una piedra blanca las tres palabras que pocos dias antes habia leido cuando volvia de herborizar con Rousseau en los bosques de Meudon:

Calle de Plastrière.

Andrea se hallaba á cien pasos de él menos distante que habia estado en Taverney del humilde aposento que ocupaba cerca de la reja del castillo.

Dirijióse entonces hácia la casa de su protector, y pronto llegó á su puerta, esperando que habrian tirado del cordon que levantaba el picaporte interior: mas como la suerte se habia propuesto protejerle aquel dia, encontró el benéfico cordon, tiró de él, é inmediatamente cedió la puerta.

Subió la escalera á tientas y sin hacer ruido hasta tocar el candado de su cuarto, en el cual Rousseau habia dejado por complacencia la llave.

Al cabo de diez minutos, el cansancio habia vencido sus meditaciones, y se quedó dormido esperando con impaciencia el siguiente dia.

CAPÍTULO XV.

El pabellon.

Habiéndose retirado tarde, acostado al punto, y dormido profundamente, Jilberto olvidó colocar sobre el ventanillo de su buhardilla el trapo de lienzo, por cuyo medio interceptaba la luz del sol naciente.

Hiriéndole pues el sol en los ojos, despertó á las cinco de la mañana y se levantó inmediatamente temeroso de haber dormido demasiado.

Mas como habia pasado su vida en el campo, sabia perfectamente distinguir la hora por la altura y el resplandor mas ó menos ardiente de sus rayos. Corrió pues á consultar su reloj.

La opacidad de la luz que apenas dejaba distinguir las copas de los mas elevados árboles le tranquilizó, pues conoció que lejos de haberse levantado tarde, habia madrugado demasiado. Comenzó entonces á vestirse junto al ventanillo, pensando en los acontecimientos de la víspera y esponiendo con cierto placer su frente abrasada al fresco ambiente de la brisa matinal, cuando se acordó de que Andrea vivia en una calle inmediata situada cerca de Armenonville, y procuró distinguir desde su ventana la casa donde se hospedaba. El follaje que dominaba con la vista le recordó las palabras de la víspera:

—Hay árboles? habia preguntado

Andrea á Felipe.

—Oh! quien sabe, decia para sí Jilberto, si habrá tal vez escojido el pabellon inhabitado del jardin.

Por una coincidéncia estraña con su pensamiento, un ruido y un movimiento inusitado, llamaron la atencion hácia aquel lado. Una de las ventanas del pabellon, que, segun todas las apariencias no se habia abierto desde mucho tiempo hacia, se movió empujada por una mano torpe ó débil. Cedian los tableros en la parte superior, pero detenidos por la humedad sin duda en el borde del antepecho, se resistian á abrirse hácia afuera.

Un empuje mas fuerte hizo en fin rechinar el marco, y estremeciéndose bruscamente ambas hojas, dejaron ver á una joven encendida todavía por los esfuerzos que acababa de hacer, y sacudiendo el polvo de sus manos.

Lanzó Jilberto un grito y se retiró hácia atrás. Aquella joven soñolienta aun, y que se esperezaba al aire libre, era Nicolasa.

No debia dudar un instante. Felipe

habia anunciado la víspera á su padre y á su hermana que La-Brie y Nicolasa estaban preparando su alojamiento. Luego aquel pabellon era el alojamiento preparado: aquella casa de la calle de Coq-Heron, donde habian entrado los viajeros tenia sus jardines contiguos á la calle Plastrière.

El movimiento del joven fué tan brusco, que si Nicolasa, situada á bastante distancia, no hubiera estado tan distraida en aquella perezosa contemplacion, propia del momento de dispertarse, hubiera visto á nuestro filósofo al tiempo de retirarse de su ventana.

Mas este se habia ocultado con tanta precipitacion, porque temia que Nicolasa le viese en el ventanillo de un tejado. Si hubiese habitado un primer piso, y si por su ventana se hubiesen dejado ver ricas colgaduras y suntuosos muebles, tal vez no hubiera tenido á menos que le viesen, pero la buhardilla de un quinto piso lo clasificaba demasiado bajo en las inferioridades sociales para que no pusiera el mayor cuidado en ocultarse.

—Y si Andrea sabia que él se encontraba allí, no bastaria para que mudase de casa, ó no se pasease por el jardin?

El orgullo de Jilberto le hacia escederse á sí mismo. Qué importaba Jilberto á Andrea, y por qué habia esta de dar un paso para acercarse ó alejarse de él? No pertenecia á esa clase de mujeres que salen del baño delante de un lacayo ó de un patan porque no consideran á estos hombres como los demas?

Pero Nicolasa no pertenecia á esa clase, y era preciso no dejarse ver de ella. Por esta razon se retiró Jilberto tan bruscamente. Sin embargo, como no podia resistir su curiosidad, se volvió á acercar poco á poco, y aventuró una mirada desde un ángulo del ventanillo.

Otra ventana, situada en el primer piso, y exactamente debajo de la primera, acababa de abrirse apareciendo en ella una forma blanca. Era Andrea, que recien despertada, con peinador de mañana, se ocupaba en buscar una chinela, que cayendo de su pie, habia desaparecido debajo de una silla.

Aunque Jilberto siempre que veia á Andrea se proponia atrincherarse detrás de su odio, en lugar de entregarse á su amor, como la misma causa producia siempre los mismos resultados, tuvo que apoyarse contra la pared, dándole tan fuertes latidos el corazon, como si fuese á escaparse de su pecho. Sin embargo, poco á poco fué calmándose aquella ajitacion, principió á reflexionar, y como deseaba ver sin ser visto, tomó uno de los vestidos de Teresa, lo fijó con un alfiler en una cuerda que atravesaba el ventanillo en toda su estension, y oculto tras esta cortina improvisada, pudo ver á Andrea sin temor de ser visto.

La joven imitando á su doncella, estiró sus hermosos brazos, los cuales al estenderse dejaron entreabrir el peinador y se inclinó sobre la barandilla de la ventana, para examinar mas á su placer los jardines inmediatos

Manifestó entonces su fisonomía la mas completa satisfaccion, y la que tan rara vez se sonreia en presencia de los hombres, se sonrió inocentemente á vista del

portentoso espectáculo que le ofrecia la naturaleza. Frondosos y corpulentos árboles la invitaban por todas partes con su sombra, por todas partes veia la tierra alfombrada de plantas y flores.

Fijó un instante su vista en las casas que rodeaban al jardin, llamando particularmente su atencion la que habitaba Jilberto: mas como desde el sitio que ocupaba, solo podian verse las buhardillas, asi como solo desde estas podia descubrirse su habitacion, no detuvo su mirada mas que algunos instantes hácia aquel sitio: porque, siendo tan orgullosa, qué la importaba la raza que habitaba allá arriba?

Quedando convencida despues de aquel exámen de que no podian verla, y que en los límites de su apacible morada no aparecia ninguna fisonomía curiosa y jovial de esos parisienses burlones tan temidos de las mujeres de provincia, abrió de par en par su ventana para que el aire matinal entrase á refrescar hasta el último rincon de su cuarto; se dirijió hácia la chimenea, tiró del cordon de una campanilla y comenzó á vestirse ó mas bien á desnudarse

en la penumbra de la habitacion.

Acudió Nicolasa, desató las correas de una maleta de piel de zapa que databa de la reina Ana, tomó un peine de concha, y soltó los cabellos de Andrea.

En un momento las largas trenzas de sus espesos bucles, se esparcieron ondeantes sobre la espalda de la joven.

Prorumpió Jilberto en un suspiro contenido: apenas si reconocia aquellos hermosos cabellos de Andrea que la moda y la etiqueta habian empolvado; pero lo que sí reconocia muy bien, era á Andrea, medio desnuda, cien veces mas bella en el traje de mañana que vestía, que con los mas lujosos atavios. Sus labios contraidos se secaron, ardian sus dedos calenturientos, y su vista se oscureció á fuerza de tenerla fija en un mismo objeto.

La casualidad hizo que mientras la peinaban, levantáse Andrea la cabeza, y se fijasen sus ojos en la buhardilla de Jilberto.

—Sí, sí, mira, mira, dijo Jilberto; por mas que mires no verás nada, y yo lo veo todo.

Jilberto se equivocaba, pues Andrea distinguia una cosa, y esta cosa era el vestido flotante envuelto al rededor de la cabeza del joven á guisa de turbante.

Indicó con el dedo aquel estraño objeto á Nicolasa, quien interrumpió la obra complicada que habia emprendido, y señalando con el peine el ventanillo, parecia que preguntaba á su ama si era aquel objeto el que designaba.

Esta telegrafía que seguia Jilberto con ansiosas miradas, causándole un placer indecible, tenia, sin que él lo sospechase, un tercer espectador.

Sintió de repente una mano que arrancaba con violencia de su frente el traje de Teresa, y cayó como herido de un rayo al ver á su lado á Rousseau.

—Qué diablos haceis aquí? preguntó el filósofo frunciendo el ceño y haciendo un jesto desagradable al mismo tiempo que examinaba con atencion el vestido de su mujer.

—Nada, señor, absolutamente nada, repuso el joven esforzándose por distraer del ventanillo la atencion de su protector.

—Nada! entonces por qué os ocultábais detrás de este vestido?

—Me ofendia el sol.

—Estamos al poniente, y suponeis que el sol os ofenda al tiempo de salir? Tan delicada es vuestra vista?

El joven balbuceó algunas palabras; pero conociendo que cuanto mas hablaba, mas se condenaba á sí mismo, ocultó la cabeza entre sus manos.

—Mentís, y teneis miedo, continuó Rousseau, luego obrábais mal.

Y despues de esta terrible lójica que acabó de trastornar al joven, Rousseau vino á cuadrarse delante de la ventana.

Por un sentimiento demasiado natural para que sea preciso esplicarle, Jilberto, que poco antes temia ser visto en aquella ventana, se lanzó á ella al aproximarse Rousseau.

—Hola, hola, esclamó este con tono que heló la sangre en las venas de Jilberto, el pabellon está ya habitado!

El joven no desplegó sus labios.

—Y por personas, continuó el filósofo sin deponer el ceño, por personas que

conocen mi casa, porque veo que se la enseñan unos á otros.

Conociendo Jilberto que habia avanzado demasiado, hizo un movimiento hácia atrás.

Ni el movimiento ni la causa que lo habia producido escaparon á Rousseau, quien comprendió inmediatamente que Jilberto temia ser visto.

—No, no, dijo cojiendo al joven por el brazo, no huyais, amigo: esta ha de ser sin duda alguna trama, pues señalan vuestra buhardilla: colocaos aquí si os place.

Y lo llevó delante de la ventana, descubierto y trémulo.

—Oh! no señor! no, por piedad! esclamó Jilberto haciendo los mayores esfuerzos para escaparse.

Pero para escapar, lo que era fácil á un joven fuerte y ajil como él, era preciso que trabase una lucha, y una lucha con Rousseau, una lucha con su Dios; el respeto se lo prohibia.

—Conque conoceis á esas mujeres, dijo Juan Jacobo, y ellas tambien os conocen?

—No, no, no, señor.

—Pues si no las conoceis ni ellas tampoco os conocen, por qué os negais á asomaros?

—Mr. Rousseau, algunas veces habreis tenido secretos en vuestra vida, es verdad? Pues bien, respetad un secreto.

—Ah traidor! esclamó Juan Jacobo; si, conozco los secretos de esta especie: tu eres partidario de los Grimm, de los Holbach: te han hecho aprender un papel para captar mi benevolencia: te has introducido en mi casa, y me vendes. Oh! tonto de mí! Oh! estúpido amante de la naturaleza, creo socorrer á uno de mis semejantes, y traigo á mi casa un espia.

—Un espia! repitió Jilberto indignado.

—Veamos; cuándo piensas venderme, Judas? dijo Rousseau cubriéndose con el vestido de Teresa, que habia guardado maquinalmente en la mano, y creyendo representar el mas sublime dolor, cuando desgraciadamente solo estaba ridículo y risible.

—Me calumniais, interrumpió Jilberto.

—Te calumnio, eh! víbora, esclamó Juan Jacobo, cuando te sorprendo ocupado en entenderte por señas con mis enemigos, y acaso en descubrirles el asunto de mi última obra?

—Si hubiese venido á vuestra casa para vender el secreto de vuestro trabajo, hubiera mas bien copiado vuestros manuscritos que están sobre el bufete, que contar por señas el asunto que tratan.

—Verdad es, contestó Rousseau, conociendo que habia dicho una de esas atrocidades que se le escapaban en sus monomanías, y añadió bastante disgustado.

—Caballero, dispensadme lo que voy á deciros: la esperiencia me ha hecho muy severo: en mi vida, no he visto mas que engaños: todos me han sorprendido, todos han renegado de mí, todos me han vendido y martirizado. Yo soy, bien lo sabeis, uno de esos ilustres desgraciados que los gobiernos pregonan como malhechores. En semejante situacion, lícito me será ser desconfiado y receloso. Asi que, tengo sospechas de vos, y es preciso que salgais de mi casa.

El joven no esperaba esta peroracion. Èl, Jilberto, ser echado á la calle! Cerró sus puños crispados, y una mirada centellante, hizo estremecer á Rousseau.

Pero el rayo que sus ojos fulminaron, pasó rápidamente y se estinguió sin ruido: pues reflexionó en aquel instante que al partir, iba á perder la amistad de Rousseau y la felicidad, tan dulce, de ver á Andrea á cada hora del dia; esto era á la vez una desgracia y una afrenta.

Cayó desde lo alto de su orgullo salvaje, y juntando sus manos, dijo:

—Oh! escuchadme una palabra, una sola...

—Soy implacable! replicó Juan Jacobo: los hombres me han obligado con sus injusticias, á ser mas feroz que un tigre. Estais en correspondencia con mis enemigos: id á reuniros con ellos, no os lo impido; ligaos con ellos, no me opongo; pero salid de mi casa.

—Pero señor, esas dos jóvenes no son enemigas vuestras; son la señorita Andrea y Nicolasa.

—Quién es esa señorita Andrea? preguntó el filósofo á quien no era enteramente desconocido aquel nombre, pronunciado ya dos ó tres veces por Jilberto: quién es esa señorita Andrea? decid.

—Es la hija del baron de Taverney: es, ay!—perdonadme que os diga tales cosas, pero me obligais á ello,—es la que amo mas que habeis amado á la señorita Galley, Mme. de Warens ú otra persona alguna: es la que he seguido á pie, sin dinero, sin pan, hasta que caí en el camino, abismado de cansancio y dolor; es la que ayer he ido á ver en San Dionisio, tras la que he corrido hasta la Muette, la que volví á acompañar sin que me viese desde la Muette hasta la calle vecina á la vuestra, la que he visto casualmente esta mañana en ese pabellon, y en fin la misma por quien yo quisiera ser un Turena, un Richelieu ó un Rousseau.

Juan Jacobo conocia el corazon humano y el diapason de sus voces: sabia que el mejor cómico no podia tener el acento lastimero con que hablaba Jilberto, ni el jesto febril con que acompañaba sus

palabras.

—Segun eso, dijo, esa joven es la señorita Andrea?

—Si señor.

—Con que la conoceis?

—Soy el hijo de su nodriza.

—Entonces mentíais ahora mismo cuando afirmábais no conocerla; luego si no sois un traidor, sois un embustero.

—Señor, esclamó Jilberto, me despedazais el corazon, y en verdad que me hariais sufrir menos, matándome en este sitio.

—Bah! fraseolojia, estilo de Diderot y de Marmontel: sois un embustero.

—Pues bien, sí, si señor, interrumpió tristemente el joven, soy un embustero y siento en el alma que no podais comprender la nobleza que encierra semejante mentira. Embustero! embustero!... Ah! parto... quedad con Dios! Parto desesperado, pero mi desesperacion recaerá sobre vuestra conciencia.

Rousseau se acariciaba la barba, mirando á aquel joven, que tenia con él mismo tan admirables analojías.

—He ahí un gran corazon, ó un gran pícaro, dijo para sí; pero si conspiran contra mí, por qué no he de tener en mis manos los hilos de la conspiracion?

Jilberto habia dado cuatro pasos hácia la puerta, y puesta la mano sobre el picaporte, solo esperaba la última palabra que lo despidiera definitivamente ó lo llamase.

—Olvidemos todo esto, hijo mio, dijo Juan Jacobo. Ay! cuánto os queda que sufrir si amais tanto como habeis demostrado! Vamos, ya es tarde; habeis perdido el dia de ayer, y tenemos hoy que copiar treinta páginas entre los dos. Alerta! Jilberto, alerta!

El joven tomó la mano del filósofo y la apoyó en sus labios: seguramente no hubiera hecho aquella demostracion de humildad con la mano de un rey.

Pero antes de salir, y mientras Jilberto permanecia junto á la puerta, volvió á aproximarse Rousseau á la ventana y dirijió su vista hácia el pabellon.

En aquel momento acababa Andrea de dejar caer su bata, y tomaba un ves-

tido de manos de Nicolasa. Mas al ver aquel rostro pálido, aquel cuerpo inmóbil, hizo un movimiento brusco hácia atrás y mandó á Nicolasa que cerrara la ventana.

La doncella obedeció.

—Vamos, dijo Juan Jacobo, se han asustado al ver un viejo, este joven no les habria seguramente causado tanto temor. Oh! hermosa juventud! añadió suspirando.

Ó quiventu primavera del eta
Ó primavera quiventu del anno.

Y volviendo á colgar del clavo el vestido de Teresa, bajó melancólicamente la escalera detrás de Jilberto, por cuya juventud hubiera tal vez trocado en aquel momento, su reputacion que equilibraba la de Voltaire y partia con ella la admiracion del mundo entero.

CAPÍTULO XVI.

La casa de la calle de San Claudio.

La calle de San Claudio en la que el conde de Fenix habia dado cita al Car-

denal de Rohan, no se diferenciaba tanto en aquella época de la que hoy existe, que no podamos hallar todavía los vestijios de las localidades que nos proponemos describir.

Desembocaba como hoy, en la calle de San Luis y un Boulevart, pasando por la misma calle de San Luis, entre el convento del Sacramento y el palacio de Voysins, mientras que hoy separa en su estremo una iglesia y un almacen. Uníase como hoy al Boulevart por una pendiente muy rápida. Tenia quince casas y siete faroles. Habia tambien en ella dos callejones sin salida, uno á la izquierda, esquina al palacio de Voysins; y otro á la derecha, al que caia el gran jardin del convento del Sacramento.

A este último callejon, daban sombra por la derecha los árboles del convento, y por la izquierda lo cerraba la gran pared parduzca de una casa que se elevaba en la calle de San Claudio.

Esta pared, semejante al rostro de un cíclope, no tenia mas que un ojo, ó si se quiere una ventana enrejada de espesas

barras de hierro, y cubierta con una red de alambre presentando un aspecto horriblemente oscuro.

Perpendicularmente debajo de esta ventana, que jamás se abria, pues asi lo indicaban las muchas telarañas que la entapizaban por fuera, habia una puerta guarnecida de grandes clavos, la cual indicaba. no que se entraba, sino que se podia entrar por este lado en la casa.

Dos personas solamente habitaban en esta callejuela: un zapatero de viejo dentro de un cajon de madera, y una calcetera en un tonel, ambos resguardándose bajo las acacias del convento, que desde las nueve de la mañana, esparcian grata frescura sobre el empolvado suelo.

Retirábase al anochecer la calcetera á su domicilio, y el zapatero echaba el candado á su palacio, quedando únicamente para vijilar el callejon el ojo sombrío y tétrico de la ventana de que hemos hablado.

La casa que tratamos de describir lo mas exactamente posible, tenia, ademas de la puerta que anteriormente dijimos,

otra entrada principal por la calle de San Claudio. Era una puerta cochera con esculturas de un relieve que recordaba la arquitectura del tiempo de Luis XIII, y estaba adornada con el aldabon de cabeza de grifo que el conde de Fenix habia indicado como seña positiva al Cardenal de Rohan.

Las ventanas que daban vista al Boulevart, estaban abiertas desde por la mañana para recibir los primeros rayos del sol.

Los habitantes de París, y sobre todo los de aquel barrio, gozaban de poca seguridad en aquella época; así es que nadie estrañaba ver las ventanas enrejadas y las tapias erizadas de alcachofas de hierro.

Hacemos esta observacion, porque el primer piso de aquella casa se asemejaba mucho á una fortaleza; pues por todas partes ofrecia mil puntas aceradas para su defensa. Un profundo foso ceñia el edificio por el lado del Boulevart, y para asaltar este fuerte, se hubieran necesitado escalas de treinta pies, pues la tapia tenia treinta y dos.

Esta casa, por delante de la cual nadie

pasaria hoy sin detenerse lleno de curiosidad y de inquietud, no tenia, sin embargo, en 1770 un aspecto muy estraño, pues estaba, por el contrario, en la mas completa armonia con el barrio, y si los buenos habitantes de las calles de San Luis y de San Claudio huian de ella y de sus alrededores, era á causa del Boulevart desierto de la puerta de San Luis, bastante mal afamado, y del puente de Choux, cuyos arcos construidos sobre un negro albañal, parecian á todo parisiense, algo enterado de las tradiciones, las insuperables columnas de Gades.

Ademas, el Boulevart por este lado, solo conducia á la Bastilla y apenas si se encontraban diez casas en el espacio de un cuarto de legua. Asi es que la municipalidad no habia aun juzgado apropósito alumbrarle: de manera que al dar las ocho de la noche en el estío y las cuatro de la tarde en el invierno, nadie osaba aventurarse á transitar por él, por ser sumamente peligroso, á causa de los muchos ladrones que lo frecuentaban.

Vióse sin embargo un coche, cuyas

portezuelas estaban decoradas con las armas del conde de Fenix, que lo cruzaba rápidamente hácia las nueve de la noche y tres cuarto de hora despues de la visita de San Dionisio.

El conde lo precedia unos veinte pasos montado sobre Djerid, que hacia silbar su larga cola, aspirando al mismo tiempo el polvo que levantaba con sus cascos.

Dentro del carruaje, que llevaba echadas las persianas, descansaba Lorenza sobre mullidos cojines.

Abrióse la puerta como por encanto al ruido de las ruedas, y el coche, despues de haberse sepultado en las negras profundidades de la calle de San Claudio, desapareció en el zaguan de la casa que acabamos de describir.

La puerta se cerró inmediatamente.

Diremos ahora algunas palabras sobre el interior de esta casa, que es indispensable dar á conocer á nuestros lectores, siendo nuestra intencion introducirlos mas de una vez en ella.

En el patio de que hablamos, se veian á la derecha las caballerizas, á la iz-

quierda las cocheras, y en el fondo un pórtico que conducia á una puerta desde donde se subia indiferentemente por uno ú otro lado por una doble escalera de doce gradas.

La parte mas baja del edificio, á lo menos la que era accesible, se componia de una inmensa antesala, de un comedor notable por los magníficos objetos de plata que contenian sus aparadores, y en fin, de un salon que parecia recien amueblado, y acaso espresamente para recibir á sus nuevos inquilinos.

Al salir de este salon, y al entrar en la antesala, se encontraba uno enfrente de una gran escalera que conducia al primer piso, el cual se componia de tres piezas solamente: pero un jeómetra hábil, midiendo con la vista la circunferencia del edificio y calculando su diámetro, no hubiera podido menos de admirarse de ver tan pocas habitaciones en semejante estension. Sin embargo, su sorpresa cesaria si supiera que en aquella casa aparente, existía otra oculta y solamente conocida del que la habitaba.

En efecto, en la antesala, y al lado de una estátua del dios Harpócrates, que con el dedo sobre los labios parecia recomendar el silencio de que es emblema, se movia por medio de un resorte una puertecita oculta entre los adornos de la arquitectura. Esta puerta daba acceso á una escalera embutida en un corredor, que conducia á un cuartito alumbrado por dos ventanas enrejadas, que caian á un patio interior.

Este patio era la caja que ocultaba á la vista de todos la segunda casa.

El cuarto á donde se llegaba por la escalera secreta, era sin duda una habitacion. Los guarda pies de las camas y los tapices colocados delante de los sillones y sofás, eran de magníficas pieles de leones, de tigres y de panteras con ojos resplandecientes, y dientes que parecian todavia amenazadores. Las paredes cubiertas de cuero de Córdoba con dibujos del mejor gusto y gracia, estaban decoradas con armas de todas clases: desde el Tomahawk del Huron, hasta el Crik del Malayo; desde la espada en forma de

cruz de los antiguos caballeros, hasta el Canjiar del árabe; desde el arcabuz incrustrado de márfil del siglo XVI, hasta el fusil adamascado de oro del siglo XVIII.

Inutilmente se hubiera buscado en aquel aposento otra salida que la de la escalera; quizá existia otra ú otras varias: pero ocultas é invisibles.

Un criado aleman de veinte y cinco á treinta años, el único que se habia visto hacia muchos dias andar por aquella gran casa, echó los cerrojos á la puerta de la calle, y abriendo la portezuela del carruaje, mientras que el cochero impasible desengachaba ya los caballos, saco á Lorenza dormida, y la llevó en sus brazos á la antesala: allí la depositó sobre una mesa cubierta con un tapete rojo, y con cierta discrecion, le cubrió los pies con el gran velo blanco que llevaba puesto.

Salió en seguida á encender á la luz de los faroles del coche un candelabro de siete mecheros.

Durante este corto intérvale, Lorenza habia desaparecido.

El conde de Fenix habia entrado de-

trás del ayuda de cámara, y cojiendo á su vez á Lorenza entre sus brazos, la habia llevado por la puerta oculta y la escalera secreta al cuarto de armas, dejando cuidadosamente cerradas tras sí las dos puertas.

Tocó despues con la punta del pie un resorte colocado en el ángulo de la chimenea. Abrióse inmediatamente otra puerta formada con la plancha misma de aquella, y moviendo sus silenciosos goznes, dió cabida al conde, que pasando por debajo del dintel, desapareció, volviéndose para cerrar con el pie del mismo modo que la habia abierto, aquella misteriosa puerta.

Del otro lado de la chimenea, encontró otra segunda escalera, y despues de subir quince escalones, alfombrados de terciopelo de Utrech, llegó á una sala elegantemente colgada de raso recamado de flores con colores tan vivos y tan bien dibujadas, que fácilmente hubieran podido tomarse por flores naturales.

El mueblaje era de madera dorada: dos grandes armarios de concha incrustados

de metal: un clave y un tocador de palo de rosa y una hermosa cama con adornos de porcelana de Sevres: formaban la parte indispensable del ajuar. Varias sillas, sillones y sofás simétricamente colocados en un espacio de treinta pies en cuadro, adornaban lo restante de la habitacion, que solo se componia de un gabinete de tocador y de un retrete inmediato á la sala.

Dos ventanas, ocultas con grandes cortinas, daban luz al aposento.

Varias lámparas, en las cuales ardia un aceite perfumado, alumbraban noche y dia, y estraidas por el techo, cuidaban de ellas manos invisibles.

Ningun ruido se percibia en esta habitacion que parecia estar situada á cien leguas del mundo. Solo el oro brillaba por todas partes; magníficas pinturas adornaban sus paredes y grandes cristales de Bohemia, de trasparentes facetas, parecieron iluminarse, cuando despues de haber depositado á Lorenza sobre un sofá, el conde poco satisfecho de la opaca luz del retrete hizo desprender fuego del es-

luche de plata, que tanto habia dado que pensar á Jilberto y encendió sobre la chimenea dos candelabros llenos de bujías color de rosa.

Despues, volviendo hácia la joven é hincando una rodilla delante de ella sobre un almohadon:

—Lorenza! esclamó.

La joven al oirse llamar, se reclinó apoyándose sobre un codo, y sus ojos permanecieron cerrados.

—Lorenza! repitió el conde, dormís con vuestro sueño ordinario, ó con el sueño magnético?

—Con sueño magnético, contestó.

—Entonces, podréis responderme si os interrogo?

—Creo que sí.

—Bien está.

Despues de un momento de silencio, el conde de Fenix continuó.

—Mirad hácia la habitacion de Mme. Luisa que acabamos de dejar hará tres cuartos de hora poco mas ó menos.

—Ya miro, respondió Lorenza.

—Veis?

—Sí.

—Está allí el Cardenal de Rohan?

—No lo veo.

—Qué hace la princesa?

—Está rezando para acostarse.

—Mirad por los corredores y patios del convento, á ver si divisais á Su Eminencia.

—No lo veo.

—Mirad si su coche está todavía en la puerta.

—Ya no está.

—Seguid el camino que hemos traido.

—Ya lo sigo.

—Veis algun coche?

—Sí, sí, varios.

—Y al Cardenal?

—No.

—Aproximaos á París.

—Ya me acerco.

—Todavía mas.

—Bien.

—Mas, mas.

—Ah! ya lo veo.

—En donde?

—Cerca de la barrera.

—Ha entrado?

—Se para en este momento... un lacayo baja de detrás del coche.

—Le habla?

—Vá á hablarle.

—Escucha Lorenza. Es de la mayor importancia que yo sepa lo que el Cardenal dice á ese hombre.

—Me habeis mandado escuchar, cuando ya no era tiempo. Pero esperad, esperad, el ayuda de cámara habla al lacayo.

—Qué le dice?

—Calle de San Claudio, en el Marais, por el Boulevart.

—Bien, Lorenza, gracias.

Escribió el conde algunas palabras sobre un papel, lo plegó al rededor de una chapilla de cobre, destinada sin duda á darle mas peso, tiró el cordon de una campanilla, apretó un boton bajo el cual apareció una abertura, y dejó caer en ella el billete, cerrándose inmediatamente.

De este medio se valia el conde para comunicarse con Fritz, cuando estaba encerrado en las habitaciones interiores.

Y dirijiéndose otra vez hácia Lorenza:

—Gracias! repitió nuevamente.

—Con que estás contento de mí? preguntó la joven.

—Sí, querida Lorenza.

—Pues bien! dame entonces mi recompensa.

Se sonrió Bálsamo, y aproximó sus labios á los de Lorenza, cuyo cuerpo se estremeció con tan voluptuoso contacto

—Oh! José! José! murmuró con un suspiro de dolor: José! cuánto te amo.

Y la joven estendió sus brazos para estrechar á Bálsamo contra su corazon.

CAPÍTULO XVII.

La doble existencia.--El sueño.

El conde retrocedió vivamente: los brazos de Lorenza no cojieron mas que el aire, y volvieron á caer cruzados sobre su pecho.

—Lorenza, dijo Bálsamo: quieres hablar con tu amigo?

—Ay! sí, replicó la joven; pero há-

blame tú frecuentemente: me gusta tanto tu voz!

—Lorenza, me has dicho repetidas veces que serias muy dichosa si pudieras vivir conmigo, separada de todo el mundo.

—Oh! seria mi suprema felicidad!

—Pues bien: he realizado tus deseos; en esta estancia, nadie puede perseguirnos, nadie puede molestarnos; estamos solos, enteramente solos.

—Ah! cuánto me alegro!

—Dime si te gusta esta habitacion.

—Mandame que vea.

—Vé!

—Oh! qué hermosa es! esclamó.

—Con que te agrada? preguntó el conde con dulzura.

—Sí, sí, veo mis flores favoritas, mis heliótropos de vainilla, mis rosas purpurinas, mis jazmines de China. Gracias, querido José mio: qué bueno eres!

—Hago lo que puedo por agradarte, Lorenza.

—Oh! haces cien veces mas de lo que merezco.

—Lo confiesas?

—Sí

—Confiesas tambien que has sido muy ingrata?

—Muy ingrata! sí: pero tu me perdonas, es verdad?

—Te perdonaré cuando me hayas esplicado ese estraño misterio contra el cual lucho desde que te conozco.

—Escucha, Bálsamo: hay en mí dos Lorenzas muy distintas, una que te ama, y otra que te aborrece, así como hay tambien dos existencias opuestas; la una durante la cual absorbo todas las alegrias del paraiso, y la otra, durante la cual esperimento todos los tormentos del infierno.

—Y eas dos existencias, son la vijilia y el sueño; es verdad?

—Sí.

—Y me amas cuando duermes, y me detestas cuando velas.

—Sí.

—Por qué?

—No lo sé.

—Debes saberlo.

—No.

—Reune bien tus recuerdos, consulta tus ideas, sondea tu propio corazon.

—Ah si!... Ahora comprendo.

—Habla.

—Cuando Lorenza vela, es la romana, es la mujer supersticiosa de Italia: cree que la ciencia es un crímen, y el amor un pecado. Entonces mira con temor al sabio Bálsamo, al hermoso José. Su confesor le dijo que amándote, perderia su alma, y huirá de tí, sin cesar hasta el cabo del mundo.

—Y cuándo Lorenza duerme?

—Oh! entonces es muy diferente: ya no es romana, ya no es supersticiosa: es mujer: lee en el corazon y en el espíritu de Bálsamo: vé que este corazon la ama, conoce que esa intelijencia proyecta cosas sublimes, y conoce en fin cuán superior es á ella. Entonces desea con ardor vivir y morir á su lado, á fin de que la posteridad pronuncie en voz baja el nombre de Lorenza al mismo tiempo que pronunciará en voz alta el de... Cagliostro!

—Luego bajo ese nombre llegaré á ser célebre?

—Sí, sí, bajo ese nombre.

—Querida Lorenza! con que vivirás gustosa en este nuevo aposento?

—Oh! es infinitamente mas rico que todos los que hasta ahora me has destinado: pero esa no es la causa de mi alegría.

—Cuál es?

—Que me has prometido habitarlo conmigo.

—Ah! cuando duermes conoces que te amo con pasion?

La joven abrazó convulsivamente sus rodillas, mientras una pálida sonrisa asomaba á sus labios, y esclamó:

—Sí, sí, lo conozco, y sin embargo, añadió exhalando un suspiro, hay una cosa que amas aun mas que á Lorenza.

—Qué cosa? preguntó Bálsamo temblando.

—Tu sueño.

—Dí mi obra.

—Tu ambicion.

—Dí mi gloria.

—Oh! Dios mio! Dios mio!

El corazon de la joven se oprimió, y

lágrimas silenciosas corrieron al través de sus párpados cerrados.

—Qué ves? preguntó Bálsamo sorprendido de aquella espantosa lucidez que á veces tambien á él mismo le aterraba.

—Oh! veo tinieblas entre las cuales se deslizan fantasmas: algunas de ellas llevan en la mano sus cabezas coronadas, y tú, tú te hayas en medio de todos como un jeneral en medio de una refriega. Parece que tienes los poderes de Dios; mandas, y te obedecen.

—Y bien, dijo Bálsamo con alegría, eso que ves, no te deja envanecida de mí?

—Oh! eres demasiado bueno para elevarte tanto. Ademas, yo me busco entre toda esa multitud que te rodea, y no me encuentro. Oh! no podré verte... no podré verte, murmuró tristemente.

—Pues dondes estarás?

—Estaré muerta.

—Muerta tú, Lorenza mia! esclamó Bálsamo estremeciéndose: no, no, viviremos juntos para amarnos.

—Tú no me amas.

—Si, si te amo.

—Pero no mucho, contestó cojiendo con ambas manos la cabeza de José... no mucho, añadió apoyando en su frente sus labios enardecidos que multiplicaban sus caricias.

—Qué puedes reprocharme?

—Tu frialdad. Lo ves?... retrocedes. Te abrasan quizás mis labios puesto que esquivas mis besos. Oh! .. devuélveme mi tranquilidad inocente, mi convento de Subiaco y las noches de mi celda solitaria. Devuélveme los besos que me enviabas en las alas de las brisas misteriosas y que en mi sueño veia venir á mí como sílfides con alas de oro, que anegaban mi alma en un mar de delicias.

—Lorenza! Lorenza!

—Oh! No huyas, Bálsamo, no huyas de mí, te lo suplico; dame tu mano para que la estreche entre las mias; dame á besar tus ojos; no soy tuya?

—Sí, sí, mi Lorenza querida, eres mia, eres mi mujer muy amada.

—Y consientes que viva asi á tu lado, inútil, abandonada: tienes una flor casta

y solitaria, que te invita con su fragancia, y la rechazas! Ah! lo conozco, nada soy para tí.

—Al contrario, lo eres todo, Lorenza mia, puesto que sin tí nada podria, tú eres la que me das las fuerzas, el poder, el jénio. Cesa pues de amarme con esa fiebre insensata que destruye la tranquilidad de las mujeres de tu pais. Amame cómo yo te amo.

—Oh! no es amor, no es amor lo que sientes por mí.

—Pero es á lo menos todo cuanto exijo de tí, porque tú me das lo que yo deseo, y esa posesion del alma me basta para ser feliz.

—Feliz! esclamó Lorenza con aire desdeñoso; llamas á eso ser feliz?

—Sí, porque para mí, ser feliz, es ser grande.

Un doloroso suspiro se escapó del pecho de la joven.

—Oh! Lorenza mia! si supieras lo que vale leer en el corazon de los hombres para dominarlos con sus propias pasiones!

—Sí, ya sé que solo te sirvo para eso.

—Hay mas: tus ojos leen para mi en el libro cerrado del porvenir, y lo que no he podido aprender con veinte años de trabajos y miserias, tú, mi dulce paloma, inocente y pura, cuando quieres me lo enseñas. Mis pasos, á los que tantos enemigos arman emboscadas, tú los alumbras; mi intelijencia, de la que dependen mi vida, mi fortuna y mi libertad, tú la dilatas como el ojo de lince que vé durante la noche. Tus hermosos ojos, al cerrarse á la luz de este mundo, se abren á una claridad sobrehumana, y velan por mí. Tú eres la que me haces libre, rico y poderoso.

—Y tú en cambio, me haces desgraciada! esclamó Lorenza loca de amor.

Y mas apasionada que nunca, rodeó con sus brazos á Bálsamo, que impregnado tambien de la llama eléctrica, solo oponia ya una débil resistencia.

Hizo sin embargo un esfuerzo, y logrando desunir aquel lazo vivo que lo encadenaba:

—Ay Lorenza! Lorenza! esclamó: ten piedad!

—Soy tu esposa, repuso la joven, y no tu hija! Amame pues como un esposo ama á su esposa, y no como me amaba mi padre.

—Lorenza, dijo Bálsamo trémulo y no pudiendo apenas resistir sus deseos, te suplico que no exijas de mí otro amor que el que puedo darte.

—Pero eso no es amor! no es amor! repitió la joven levantando con desesperacion sus brazos hácia el cielo.

—Oh! si es amor... pero amor santo y puro, como el que se debe tributar á una virjen.

Hizo la joven un brusco movimiento que desató las largas trenzas de su negra cabellera: su brazo tan blanco y nervioso á la vez se dirijió amenazador hácia el conde.

—Qué has dicho? esclamó con voz breve y desolada. Por qué me has hecho abandonar mi patria, mi nombre mi familia, y hasta mi culto? porque mi Dios no es el tuyo. Por qué me has acercado á tí y has tomado sobre mí ese imperio absoluto, que me hace tu esclava? Por qué

has encadenado mi vida á la tuya? Para llamarme despues la virjen Lorenza?

Bálsamo no pudo reprimir un doloroso suspiro, que le arrancó el intenso dolor de aquella mujer desesperada.

—Ay! dijo, cúlpate á tí misma ó mas bien culpa á la naturaleza que ha hecho de tí un ánjel de cuya mirada infalible somete al universo. Dotada de estraordinaria lucidez, tú lees en los corazones tan fácilmente como en un libro: eres el ánjel de pureza, el diamante sin mancha, y nada puede oscurecer tu espíritu, porque viendo Dios esta forma tan pura y radiante, se digna dejar descender hasta ella, cuando yo le invoco en nombre de los elementos que ha creado, su santo espíritu, que de ordinario se mece sobre seres vulgares y sórdidos, por no encontrar en ellos un sitio sin mancha donde poder posarse. Lorenza: tú virjen, eres la inspirada de Dios; mujer, no serias mas que materia.

—Y no prefieres mi amor, esclamó la joven torciendo convulsivamente sus hermosas manos, y no prefieres mi amor á

esos ensueños que persigues, y á esas quimeras que crea tu imajinacion? Y me condenas á la castidad de las relijiosas, con las tentaciones del ardor inevitable de tu presencia? Ah! José, José, cometes un crímen.

—No blasfemes, Lorenza mia, replicó Bálsamo, yo sufro como tú. Lee, lee, en mi corazon, te lo mando y dí luego que no te amo.

—Entonces, por qué te resistes á tí mismo?

—Porque quiero elevarte conmigo sobre el trono del mundo.

—Oh Bálsamo! murmuró la joven; podrá nunca darte tu ambicion lo que te ofrece mi amor?

El conde sin poder ya resistir los impulsos de su pasion y arrastrado invenciblemente por ella, dejó caer su cabeza sobre el pecho de Lorenza.

—Ah! sí, sí, esclamó esta, veo que me prefieres á tu ambicion, á tu poder, y á tus esperanzas. Oh! al fin me amas como yo te amo!

Bálsamo intentó sacudir la nube em-

briagadora que comenzaba á ofuscar su razon, pero su esfuerzo fué inútil.

—Oh! puesto que me amas tanto, esclamó, ten piedad de mí.

Lorenza ya no le oia: acababa de formar con sus brazos una de esas cadenas invencibles, mas tenaces que grapas de hierro, y mas sólidas que el diamante.

—Te amaré como hermana, como virjen, como esposa, como quieras, pero dame un beso, uno solo.

Bálsamo quedó subyugado. Vencido y enajenado por tanto amor, y sin fuerzas para resistir mas tiempo, con la vista fija, el pecho ajitado, y la cabeza trastornada, se aproximó á Lorenza tan invenciblemente atraido como el acero por el iman.

Ya sus labios iban á tocar los de la joven, cuando recobró de repente la razon, y azotando con sus manos el aire impregnado de voluptuosos vapores, esclamó:

—Lorenza, despertad, yo lo mando!

Al punto se soltó aquella cadena que no habia podido romper, los brazos que

le enlazaban se estendieron, la sonrisa ardiente que entreabria los labios secos de Lorenza se borró, languideciendo como un resto de vida al último suspiro: abriéronse sus ojos cerrados, volvieron á contraerse sus pupilas dilatadas, ajitó los brazos con esfuerzo, y haciendo un movimiento de cansancio, volvió á caer tendida, pero despierta, sobre el sofá.

Bálsamo sentado á tres pasos de ella, lanzó un profundo suspiro.

—Adios dorado sueño, murmuró, adios felicidad!

CAPÍTULO XVIII.

La doble existencia.--La vijilia.

Tan luego como Lorenza recobró su poder, dirijió una rápida ojeada á su alrededor, y despues de haber examinado cada cosa, sin que ninguna de esas mil coqueterias que forman la alegría de las mujeres desarrugase al parecer la gravedad de su fisonomia, fijó sus ojos en Bálsamo con un temblor doloroso.

El conde estaba sentado á pocos pasos de ella, y la observaba con suma atencion.

—Siempre vos? esclamó retrocediendo la joven.

Y todas las señales de temor volvieron á aparecer en su semblante; sus labios palidecieron, y el sudor brotó á la raiz de su cabello.

Bálsamo permaneció silencioso.

—Donde estoy! continuó Lorenza.

—No habreis olvidado de donde venís, señora, contestó el conde, y esto debe conduciros naturalmente á adivinar donde estais.

—Sí, teneis razon en escitar mis recuerdos: ya hago memoria, en efecto. Sé que me habeis perseguido, y arrancado de los brazos de la augusta intercesora que habia elejido.

—Entonces sabreis tambien que esa princesa, á pesar de su poder, no ha podido defenderos.

—Sí, la habeis vencido por medio de alguna violencia májica, esclamó Lorenza juntando sus manos. Oh! Dios mio! Dios mio! libradme de este demonio.

—Con que veis en mí un demonio? señora, dijo Bálsamo encojiéndose de hombros. Por última vez os suplico dejeis esa faramalla de creencias pueriles, y esa multitud de supersticiones ridículas y absurdas que os han acompañado desde vuestra salida del convento.

—Oh! mi convento! Quién volviera á él! esclamó Lorenza deshecha en lágrimas.

—En efecto, dijo Bálsamo con ironía: un convento es una cosa digna de ser echada de menos.

Lorenza se lanzó hácia una de las ventanas, descorrió las cortinas, alzó la falleba, y estendiendo su mano, se agarró de uno de los hierros de la reja, cubierta con una red de alambre oculta con flores que la hacian perder mucho de su significacion sin quitarle nada de su eficacia.

—Prision por prision, dijo Lorenza, prefiero la que conduce al cielo á la que conduce al infierno.

Y apoyó furiosamente sus puños delicados sobre una de las barras que atravesaban la reja.

—Si fuérais mas razonable, Lorenza, solo hallariais flores en vuestra ventana.

—Y no lo era cuando me encerrábais en la otra cárcel ambulante en compañía de ese vampiro á quien llamais Althotas? Sin embargo, no me perdiais de vista; era vuestra prisionera, y cuando os separábais de mí, siempre me dejábais dominada por ese espíritu que me posee y que no puedo combatir. Donde está ese horrible viejo que me hace morir de terror? En algun rincon sin duda, es verdad? Callemos un instante, y oiremos su voz de fantasma salir de las entrañas de la tierra!

—Atormentais vuestra imajinacion como un niño, señora, replicó el conde. Althotas, mi preceptor, mi amigo, mi segundo padre, es un anciano inofensivo que jamás os ha visto, que jamás se ha acercado á vos, y que si se ha acercado, ú os ha visto, no ha fijado siquiera la atencion, ocupado como se halla en la prosecucion de su obra.

—Su obra! murmuró Lorenza; y qué obra es esa? decidlo.

—Busca el elíxir de vida, que todos los filósofos han buscado hace seis mil años.

—Y vos, qué buscais?

—Yo? la perfeccion humana.

—Oh! qué infierno! qué infierno! esclamó Lorenza levantando las manos al cielo.

—Lo veis? dijo el conde incorporándose: vuestro acceso os acomete de nuevo.

—Mi acceso?

—Si vuestro acceso: ignorais una cosa, Lorenza, y es que vuestra vida está dividida en dos periodos iguales: durante el uno, sois buena, dulce, razonable; durante el otro, estais loca.

—Y este vano pretesto de locura es el que alegais para encerrarme?

—Ay! es preciso.

—Oh! sed cruel, bárbaro, inhumano: aprisionadme, matadme; pero no seais hipócrita, no aparenteis compasion cuando me martirizais.

—Vamos, dijo Bálsamo sin ofenderse, antes bien con dulce sonrisa: es un martirio habitar esta estancia elegante y cómoda?

—Rejas, rejas por todas partes, barras de hierro, ningun aire libre.

—Esas rejas están ahí para protejer vuestra vida.

—Oh! esclamó: me condena á morir en fuego lento, y dice que piensa en mi vida, que se toma interés por ella!

Bálsamo se acercó, y con un jesto amistoso, quiso tomarle la mano: pero la joven retrocedió como si le hubiese picado una víbora, esclamando:

—Oh! no me toqueis!

—Con que me aborreceis, Lorenza?

—Preguntad á la víctima si aborrece al verdugo!

—Lorenza, Lorenza, porque no quiero llegar á serlo, os quito parte de vuestra libertad. Si pudiéseis salir y entrar cuando quisiéseis, quién sabe lo que haríais en uno de vuestros instantes de locura?

—Lo que haria! Oh! que me vea algun dia libre y vereis!

—Lorenza, muy mal tratais al esposo que habeis elejido ante Dios.

—Yo haberos elejido! jamás.

—Sin embargo, no sois mi esposa?

—Eso es una maquinacion infernal.

—Pobre insensata! dijo Bálsamo dirijiéndole una mirada de compasion.

—Ah!... soy romana murmuró la joven, y dia llegará en que pueda vengarme.

—Es verdad que decís eso para asustarme? preguntó el conde moviendo dulcemente la cabeza.

—No, no, lo haré como lo digo.

—Mujer cristiana, qué decís? esclamó Bálsamo con tono de imponente autoridad. Luego vuestra relijion que manda se vuelva el bien por el mal, no es mas que una hipocresía, puesto que al mismo tiempo que afectais observarla, volveis el mal por el bien.

Lorenza permaneció durante algunos instantes como sorprendida de la fuerza de estas palabras.

—Oh! esclamó por último, no es una venganza, sino una obligacion, denunciar á la sociedad sus enemigos.

—Si me delatais por nigromántico, por hechicero, no es á la sociedad á quien

ofendo, sino á Dios á quien desafio: y entonces, Dios que puede con una sola señal anonadarme, por qué no se toma el trabajo de castigarme, y deja este cuidado á los hombres débiles, y sometidos al error como yo?

—Porque olvida y tolera, murmuró la joven, esperando que os convertireis.

—Y entre tanto, añadió Bálsamo sonriéndose, os aconseja que vendais á vuestro amigo, á vuestro bienhechor, á vuesvuestro esposo.

—Mi esposo! A dios gracias, jamás vuestra mano ha tocado á la mia sin hacerme avergonzar ó estremecer.

—Y ya sabeis que siempre he procurado jenerosamente evitaros ese contacto.

—Es verdad: sois casto, y esta es la única compensacion concedida á mis desgracias. Oh! si me viera obligada á sufrir vuestro amor!

—Oh! misterio, misterio impenetrable! murmuró el conde que parecia seguir su pensamiento mas bien que contestar al de Lorenza.

—Acabemos, interrumpió esta: por qué me quitais mi libertad?

—Por qué despues de habérmela sacrificado voluntariamente, tratais de recobrarla? por qué huis del que os proteje? por qué vais á pedir auxilio á una estranjera contra el que os ama? por qué amenazais sin cesar al que jamas os amenaza, con revelar secretos que no son vuestros y cuyas consecuencias ignorais?

—Oh! dijo Lorenza sin contestar á estas preguntas, el prisionero que desea firmemente recobrar su libertad, la rescata tarde ó temprano, y vuestras barras de hierro, no me sujetarán mas que me sujetó vuestra jáula ambulante.

—Afortunadamente para vos, son bastante sólidas, observó el conde con amenazadora serenidad.

—Dios me enviará alguna tempestad como la de Lorena, ó algun rayo que las rompa.

—Creedme, Lorenza: suplicadle mas bien que no suceda así; desconfiad de esas exaltaciones romancescas: os hablo como amigo, escuchadme.

Habia tanta cólera concentrada en la voz de Bálsamo, tanto fuego sombrio en sus miradas, y su musculosa mano se crispaba de tan estraña manera á cada una de las palabras que pronunciaba lenta y casi solemnemente, que aturdida Lorenza en lo mas fuerte de su rebelion, no pudo menos de escuchar á pesar suyo.

—Ya veis, hija mia, continuó el conde sin que su voz hubiese perdido nada de su amenazadora dulzura, que he tratado de hacer esta prision habitable para una reina, y aunque lo fuéseis, nada os faltaria aquí. Calmad pues esa exaltacion insensata; vivid aquí como hubiérais vivido en vuestro convento: habituaos á verme; amadme como á un hermano Yo tengo grandes pesares, os los confiaré: una sonrisa de vuestros labios, me consolará de mis crueles decepciones. Cuanto mas buena, sufrida y resignada os vea, mas adelgazaré los hierros de vuestra celda. Quién sabe! dentro de un año, de seis meses, estareis acaso tan libre como yo, en términos que ya no tratareis de robarme vuestra libertad.

—No, no, esclamó Lorenza, pareciéndole imposible que tan terrible resolucion pudiese aliarse con aquella voz tan dulce: no, basta ya de promesas, basta ya de engaños; habeis cometido conmigo un rapto violento: yo soy dueña de mi libertad, y ya que no quereis devolvérmela, permitid al menos que me consagre á Dios. Si he tolerado hasta ahora vuestro despotismo, ha sido porque me acordaba que me arrancásteis del poder de unos bandidos que iban á deshonrarme; pero ya se debilitó ese agradecimiento, y si os obstinais en tenerme algunos dias mas encerrada en esta prision, perderé hasta el último vestijio de gratitud, y tarde ó temprano llegaré á creer que teniais relaciones misteriosas con ellos.

—Con que seriais capaz de considerarme como jefe de ladrones?

—Quién sabe! sorprendí ciertas señas, ciertas palabras....

—Como! interrumpió el conde palideciendo.

—Sí, sí, continuó Lorenza, las sorprendí, las sé las conozco.

—Pero jamas las repetireis á nadie: las conservareis ocultas para siempre en vuestra memoria.

—Oh! al contrario! esclamó Lorenza satisfecha de encontrar en su cólera el sitio vulnerable de su antagonista. Conservaré relijiosamente en mi memoria esas palabras; me las repetiré á mí misma en voz baja cuando me encuentre sola, y las diré en voz alta cuando se presente una ocasion:—ya las he dicho.

—A quién? preguntó Bálsamo.

—A la princesa.

—Pues bien, Lorenza, no olvideis lo que vais á oir, dijo el conde cerrando convulsivamente los puños para contener su ira: si las habeis dicho, no las volvereis á decir; no, porque no volverán á abrirse esas puertas, porque aguzaré las puntas de esos hierros, porque levantaré, si es preciso las paredes de ese patio tan altas como las de Babel.

—Ya os he dicho, replicó Lorenza, que se rompen facilmente las cadenas, cuando el amor de la libertad se refuerza con el odio que inspira el tirano.

—Enhorabuena, romped las vuestras cuando os plazca, Lorenza: pero escuchad antes lo que os espera: solo podreis escapar dos veces de este encierro: la primera, os castigaré tan cruelmente, que derramareis hasta la última lágrima de vuestro cuerpo; la segunda os castigaré tan inhumanamente, que derramareis hasta la última gota de sangre de vuestras venas.

—Dios mio! Dios mio! será capaz de asesinarme, esclamó la joven en el último parasismo de la cólera, arrancandose los cabellos y arrastrándose por la alfombra.

El conde la miró un instante con cierta mezcla de cólera y compasion; mas la compasion pudo mas que la cólera, y dijo:

—Vamos, Lorenza, volved en vos; tranquilizaos, llegará dia en que seais premiada con usura de lo mucho que habeis sufrido ó creido sufrir.

—Encerrada! encerrada! gritó la joven sin escuchar á Bálsamo.

—Paciencia.

—Castigada!

—Es un tiempo de prueba.

—Loca! loca!

—Os curareis.

—Oh! arrojadme desde luego en un hospital de locos! encerradme de una vez en una verdadera cárcel!

—No por cierto: vos misma me habeis prevenido de lo que hariais contra mí.

—Entonces, esclamó Lorenza, matadme, matadme ahora mismo!

Y levantándose con la ajilidad y la rapidez de una fiera, se lanzó con ánimo de romperse la cabeza contra la pared.

Pero Bálsamo estendiendo hácia ella su mano, pronunció con la voluntad mas que con los labios una sola palabra, que bastó para contenerla. La joven se detuvo de repente, vaciló, y cayó dormida en sus brazos.

El estraño encantador, que dominaba al parecer toda la parte material de aquella mujer, pero que luchaba en vano contra la parte moral, la levantó en sus brazos, la llevó á la cama, é imprimiendo un beso en sus labios corrió las cortinas y salió.

En cuanto á la joven, un sueño dulce y tranquilo la envolvió, como el manto de una tierna madre envuelve al hijo mimado despues de haber sufrido mucho y llorado sin consuelo.

CAPÍTULO XIX.

La visita.

Lorenza no se habia equivocado. Despues de haber entrado por la barrera de San Dionisio, y seguido en toda su lonjitud el arrabal del mismo nombre, un coche dando la vuelta entre la puerta y el ángulo formado por la última casa, seguia rodando á lo largo del Boulevart.

Este coche encerraba, como habia dicho Lorenza, á Mr. Luis de Rohan, obispo de Strasburgo, que movido de su impaciencia, venia á ver antes del tiempo fijado, al hechicero en su misteriosa casa.

El cochero, á quien multitud de aventuras galantes del buen prelado habia hecho aguerrido contra la oscuridad, los barrancos y los peligros de ciertas calles

misteriosas, no se acobardó en lo mas mínimo cuando despues de haber seguido los boulevares de San Dionisio y San Martin, todavia poblados y alumbrados, le fué preciso penetrar en el Boulevart desierto y sombrío de la Bastilla.

El carruaje se detuvo en el ángulo de la calle de San Claudio, y segun la órden del amo fué á ocultarse bajo los árboles, á veinte pasos de distancia.

Mr. de Rohan, en traje de seglar, se deslizó entonces en la calle, y vino á llamar tres veces á la puerta de la casa que pudo facilmente reconocer por la descripcion que le habia hecho de ella el conde de Fenix.

Los pasos de Fritz resonaron en el patio, y se abrió la puerta.

—No vive aquí el señor conde de Fenix? preguntó el príncipe.

—Si señor, contestó el lacayo.

—Está en casa?

—Si señor.

—Bien, anunciad...

—A Su Eminencia el cardenal de Rohan?

Quedóse este sorprendido, y se miró de pies á cabeza, por si alguna cosa revelaba su calidad, bien en su traje, ó en su comitiva: pero estaba solo, y vestido de seglar.

—Como sabeis mi nombre? preguntó.

—El amo acaba de decirme ahora mismo que esperaba á Vuestra Eminencia.

—Sí, pero mañana, pasado mañana...

—No señor, esta noche.

—Vuestro amo acaba de deciros que me esperaba esta noche?

—Si señor.

—Bien, pues anunciadme, dijo el Cardenal poniendo dos luises en la mano de Fritz.

—Tomaos la molestia de seguirme, repuso este.

El prelado hizo un movimiento de cabeza indicando que consentia en ello, y el lacayo se dirijió con paso presuroso hácia la puerta de la antesala, que un gran candelabro de bronce alumbraba con sus doce bujias.

El Cardenal le seguia admirado y pensativo.

—Amigo mio, observó deteniéndose en la puerta del salon, aquí hay sin duda equivocacion, y en ese caso no quisiera molestar al señor conde: es imposible que me espere, ignorando que debia venir.

—No es monseñor, Su Eminencia el Cardenal príncipe de Rohan obispo de Strasburgo? preguntó Fritz.

—Si, amigo mio.

—Entonces sois el mismo á quien mi amo espera.

Y encendiendo sucesivamente las bujias de otros dos candelabros, hizo una reverencia y salió.

Cinco minutos transcurrieron, durante los cuales esperimentando el Cardenal una singular emocion, se puso á examinar los muebles llenos de elegancia que adornaban aquel salon.

Abrióse la puerta, y el conde de Fenix apareció en el umbral.

—Buenas noches, monseñor, dijo sencillamente.

—Me han dicho que me esperábais esta noche, esclamó el Cardenal sin contestar al saludo: esto me parece imposible.

—En efecto, os estaba esperando, contestó el conde. Tal vez dudeis de mis palabras, al ver el indigno recibimiento que le hago: pero como hace muy pocos dias que he llegado á París, no he tenido tiempo de disponer nada. Suplico pues á Su Eminencia se sirva disimularme.

—Que me esperábais! y quién os ha anunciado mi visita?

—Vos mismo, monseñor.

—Como?

—No habeis hecho parar vuestro coche en la barrera de San Dionisio?

—Sí.

—No es cierto que llamásteis á vuestro lacayo y que bajó del coche para recibir vuestras órdenes?

—Cierto es.

—No le dijísteis calle de San Claudio por el arrabal de San Dionisio y el Boulevart, palabras que repitió al cochero?

—Sí. Pero me habeis visto? me habeis oido?

—Os he visto, monseñor, os he oido.

—Estábais allí?

—No, monseñor, no estaba allí.

—Pues dónde estábais?

—Aquí.

—Y desde aquí habeis podido verme y oirme?

—Sí, monseñor.

—Bah, no lo creo.

—Olvidais que soy hechicero.

—Ah! es verdad, lo olvidaba. Cómo debo llamaros, el baron Bálsamo, ó el conde de Fenix?

—En mi casa no tengo nombre: me llamo el MAESTRO.

—Sí, ese es el título hermético. Pues bien, señor maestro, conque me esperábais?

—Os esperaba.

—Y habíais calentado vuestro laboratorio?

—Siempre lo está, monseñor.

—Me permitireis entrar en él?

—Tendré el honor de conducir á Vuestra Eminencia.

—Y yo os seguiré, pero con una condicion.

—Cuál?

—Que me prometais no ponerme per-

sonalmente en relaciones con el diablo. Tengo mucho miedo á Lucifer.

—Ah! ah! monseñor.

—Sí, es muy comun tomar para que hagan las veces de diablos, grandes bribones de guardias franceses reformados, ó maestros de esgrima que para representar al natural el papel de Satanás, apagan las luces y atormentan á las jentes con pellizcos y alfilerazos.

—Monseñor, repuso Bálsamo, jamás olvidan mis diablos que tienen el honor de habérselas con príncipes, y se acuerdan siempre de las palabras de Mr. de Condé, que prometió á uno de ellos si no se estaba quieto, sacudirle tan bien la piel, que tendria que abandonarla, ó portarse mas decentemente.

—Bien, dijo el Cardenal; ya me habeis tranquilizado: pasemos al laboratorio.

—Si Vuestra Eminencia tiene la bondad de seguirme!

—Marchemos.

CAPÍTULO XX.

El oro.

El Cardenal y el conde subieron por una escalera pequeña que conducia paralelamente desde la principal á los salones del primer piso. Bálsamo abrió una puerta que se encontraba bajo una bóveda y un corredor sombrío se presentó á los ojos del Cárdenal, que entró en él resueltamente.

El conde cerró la puerta.

Al ruido que hizo al cerrarse, el Cardenal se volvió con cierta emocion.

—Ya hemos llegado, monseñor, dijo Bálsamo, solo falta abrir y cerrar esta última puerta, y os advierto que no os sorprendais del sonido estraño que haga, porque es de hierro.

El prelado á quien el ruido de la primera puerta habia hecho estremecer, se alegró que le avisaran oportunamente, porque el rechinamiento metálico de los goznes y de la cerradura, hubieran incomodado á cualquiera, cuyos nervios hu-

bieran sido menos susceptibles que los suyos.

Bajó tres escalones, y entró.

Un gran gabinete con vigas desnudas en el techo, una lámpara, multitud de libros y de instrumentos de física y química: tal era el aspecto que á primera vista presentaba este nuevo aposento.

Al cabo de algunos minutos, el Cardenal sintió que respiraba con dificultad.

—Qué significa esto? Aquí se ahoga uno; estoy bañado en sudor. Qué ruido es ese?

—He aquí la causa, monseñor, como dice Shaskspeare, contestó Bálsamo, descorriendo una gran cortina de amianto, y descubriendo un horno de ladrillo, en cuyo centro brillaban dos agujeros como los ojos del leon en las tinieblas.

Este horno ocupaba el centro de una segunda pieza de doble tamaño que la primera, y que el príncipe no habia podido ver, por estar oculta con la cortina de amianto.

—Oh! oh! esclamó el príncipe retrocediendo; esto es espantoso.

—Es un horno, monseñor.

—Sí, sin duda; pero habeis citado á Shakspeare, y yo citaré á Molière, hay hornos de hornos; este tiene un aspecto diabólico, y su olor no me agrada. Qué se cuece ahí dentro?

—Lo que Vuestra Eminencia me ha pedido.

—Como?

—Sin duda, creo que Vuestra Eminencia me ha hecho el favor de aceptar una muestra de mi ciencia. Hasta mañana por la noche no debia haberme puesto á trabajar, puesto que la cita que me hicisteis era para pasado mañana: pero como Vuestra Eminencia mudó de parecer, apenas le ví en camino para la calle de San Claudio, encendí el horno é hice la mistion, de manera que de aquí á diez minutos, tendreis oro. Permitidme que abra el ventanillo para establecer una corriente de aire.

—Cómo! estos crisoles?...

—Dentro de diez minutos nos darán oro tan puro, como los zequies de Venecia y los florines de Toscana.

—Veamos, si es que puede verse.

—Sin duda, solo que es preciso tomar algunas precauciones indispensables.

—Cuáles?

—Aplicad sobre vuestro rostro esta máscara de amianto con ojos de vidrio, sin lo cual, podria suceder, que el fuego, que es demasiado activo, os abrasara la vista.

—Cáspita! cuidado con eso; aprecio mucho mis ojos, y no los daria por los cien mil escudos que me habeis prometido.

—Asi lo creia yo, porque los ojos de Vuestra Eminencia son buenos y hermosos.

La galanteria no desagradó al príncipe, demasiado celoso de sus ventajas personales.

—Conque, dijo poniéndose la máscara: decis que vamos á ver oro?

—Así lo espero, monseñor.

—En cantidad de cien mil escudos?

—Si señor, y algo mas tal vez, porque he hecho una mistion abundante.

—En verdad que sois un hechicero jeneroso, dijo el príncipe palpitándole el

corazon de alegría.

—Os suplico que os alejeis un poco, porque voy á abrir el crisol.

Bálsamo se puso una camisa corta de amianto, cojió con brazo vigoroso una palanca de hierro y levantó una cobertera enrojecida por el calor del fuego, dejando descubiertos cuatro crisoles de igual forma. Los unos contenian una mistura rojiza como bermellon y los otros una materia blanquecina ya, pero con un resto de trasparencia purpurina.

—Y es ese el oro? preguntó el prelado en voz baja, como si temiera turbar con una palabra demasiado alta el misterio que se verificaba á su vista.

—Si señor; estos cuatro crisoles, están colocados por su orden: los unos tienen doce horas de cocion, y los otros once. La mistion (y este es un secreto que revelo á un amigo de la ciencia,) no se arroja en la materia sino en el momento de la ebullicion. Pero como Vuestra Eminencia puede ver, el primer crisol blanquea ya, y podria facilmente trasegarse la materia que está en su punto. Haceos atrás, monseñor.

Obedeció el príncipe con la misma puntualidad que un soldado la órden de su jefe, y Bálsamo soltando la palanca de hierro ya caliente por el contacto de los crisoles enrojecidos, acercó al horno una especie de yunque con ruedas, sobre el cual estaban engastados en formas de hierro ocho moldes cilíndricos de la misma capacidad.

—Qué es esto, querido hechicero? preguntó el príncipe.

—Este es, monseñor, el molde comun y uniforme en que voy á colar vuestros rieles.

—Ah! ah! esclamó el príncipe redoblando su atencion.

Bálsamo estendió sobre las losas una capa de estopa blanca, como por via de defensa y colocándose entre el yunque y el horno, abrió un gran libro, recitó varilla en mano un encanto, y despues cojiendo unas tenazas enormes, destinadas á encerrar el crisol en sus retorcidos brazos, esclamó:

—Este oro, monseñor, será de primera calidad.

—Cómo! preguntó el príncipe: vais á levantar esa olla de fuego?

—Que pesa cincuenta libras, si señor: Oh! estad tranquilo, pocos fundidores tienen mis músculos y mi destreza.

—Ya pero si el crisol reventase...

—Asi me sucedió una vez, monseñor, en el año de 1399, haciendo un esperimento con Nicolas Flamel, en su casa calle de los Escribanos, cerca de la capilla de Santiago. El pobre Flamel estuvo á punto de perder la vida, y yo perdí veinte y siete marcos de una sustancia mas preciosa que el oro.

—Qué diablos me decís, señor maestro?

—La verdad.

—En 1399 os dedicábais á la gran obra?

—Si señor.

—Con Nicolás Flamel?

—Con Nicolás Flamel: descubrimos juntos el secreto cincuenta ó sesenta años antes trabajando con Pedro el Bueno en la ciudad de Pola. No tapó el crisol con bastante lijereza, y tuve el ojo derecho

perdido durante diez ó doce años por la evaporacion.

—Pedro el Bueno?

—El que compuso la famosa obra de la *Margarita Pretiora* que sin duda conoceis.

—Sí, y que lleva la fecha de 1330.

—Esa misma, monseñor.

—Conque habeis conocido á Flamel y á Pedro el Bueno?

—He sido discípulo del uno, y maes-del otro.

Y mientras que el Cardenal espantado se preguntaba si seria aquel hombre Lucifer en persona, y no uno de sus secuaces, Bálsamo metió en el horno su tenaza de largos brazos.

La operacion fué segura y rápida. El alquimista despues de haberse asegurado que tenia bien agarrado el crisol, levantándolo solamente algunas pulgadas, hizo un esfuerzo vigoroso y levantó la espantosa marmita del ardiente hornillo. Las manos de las tenazas se enrojecieron al punto; despues se vieron correr sobre la arcilla incandescente surcos blancos como

relámpagos en una nube sulfurosa; los bordes del crisol tomaron un color rojo oscuro, al paso que el fondo cónico aparecia aun sonrosado y arjentino sobre la penumbra del horno. Finalmente, el líquido metal sobre el cual se habia formado una capa color de violeta, con visos de oro, silbó por la gotera del crisol, cayendo en chorros de fuego en el molde negro, en cuyo orificio, apareció furioso y espumante el oro insultando con su brillo al vil metal que lo contenia.

—Al segundo, dijo Bálsamo pasando á otro molde.

Y el segundo molde se llenó con la misma fuerza y destreza.

El sudor bañaba la frente del alquimista, mientras el espectador, oculto en la oscuridad, se persignaba de asombro. En efecto, aquel cuadro inspiraba un horror salvaje y majestuoso. El rostro de Bálsamo alumbrado por los rojizos reflejos de la llama metálica, se asemejaba al de los condenados que Miguel-Anjel y Dante sepultan en el fondo de sus calderas.

Bálsamo no respiró entre las dos operaciones: el tiempo urjia.

—Habrá alguna merma, dijo despues de haber llenado el segundo molde: he dejado hervir la mistura una centécima parte de minuto mas.

—Una centésima parte de minuto mas! esclamó el Cardenal sin poder ya reprimir su asombro.

—Esto es mucho en hermética, monseñor, replicó injenuamente Bálsamo: pero entretanto ahí tiene Vuestra Eminencia dos crisoles vacios y dos moldes con cien libras de oro fino.

Y cojiendo con el auxilio de sus poderosas tenazas, el primer molde, lo arrojó en el agua que humeó é hirvió largo tiempo: despues lo abrió y sacó de él un pedezo intachable de la forma de un pan de azúcar aplastado por ambos polos.

—Tenemos que esperar cerca de una hora para los otros dos crisoles, dijo Bálsamo; quiere Vuestra Eminencia sentarse ó tomar el fresco?

—Y es esto oro? preguntó el Cardenal sin responder á la pregunta del alquimista.

—Lo dudais, monseñor? repuso Bálsamo sonriéndose.

—Como la ciencia se ha engañado tantas veces...

—No decis todo vuestro pensamiento, príncipe, interrumpió Bálsamo. Creeis que os engaño, y que os engaño á sabiendas. Si asi fuese valdria muy poco á mis propios ojos, porque mi ambicion no pasaria de las paredes de mi gabinete, que os veria salir maravillado, perdiéndose toda vuestra admiracion en casa del primer batidor de oro. Vamos, vamos, no formeis tan mala opinion de mí, príncipe, y creed que si yo tratara de engañar, seria con mas habilidad y con una idea mas elevada. Ademas sabe Vuestra Eminencia como se prueba el oro?

—Sin duda: con la piedra de toque.

—Vuestra Eminencia no habrá dejado de hacer alguna vez la esperiencia aunque no sea mas que en las onzas de España tan codiciadas en el juego por ser del oro mas fino que se conoce, pero entre las cuales suelen encontrarse muchas falsas.

—Me ha sucedido efectivamente.

Pues bien, monseñor, aquí teneis una piedra y ácido.

—No: estoy convencido.

—Sin embargo, hacedme el favor de aseguraros de que estas barras no son solamente de oro, sino de oro sin liga.

El Cardenal se resistía á dar esta prueba de incredulidad; sin embargo era evidente que no estaba convencido.

—El conde tocó con su propia mano las barras, y sometió el resultado á la esperiencia de su huésped.

—Veinte y ocho quilates, dijo; voy á vaciar los otros dos.

Diez minutos despues se veian las doscientas libras de oro sobre la estopa caliente por el contacto.

—Vuestra Eminencia ha venido en coche, es verdad?

—Sí.

—Pues podeis mandar que lo aproximen, y mi lacayo colocará en él las barras.

—Cien mil escudos! murmuró el Cardenal quitándose su máscara como para ver con sus propios ojos el oro que yacia á sus pies.

—Y conoceis su procedencia, pues hasta le habeis visto fabricar.

—Oh! sí, podré dar testimonio.

—Nada, no digais eso, esclamó vivamente el conde, porque en Francia se estima poco á los sabios.

—Entonces, qué puedo hacer por vos? dijo el príncipe levantando con trabajo la barra de cincuenta libras en sus manos delicadas.

Bálsamo le miró atentamente y echó á reir sin respeto alguno.

—Que hay de risible en lo que he dicho? preguntó el Cardenal.

—Creo que Vuestra Eminencia me ofrece sus servicios.

—Asi es.

—Y no seria mas natural que yo le ofreciese los mios?

—Caballero, contestó el Cardenal resentido, confieso que os portais jenerosamente conmigo, y que debo viviros agradecido; pero si este agradecimiento debe humillarme, no puedo aceptar el servicio que me ofreceis. Hay todavía en París, á Dios gracias, bastantes usureros que pue-

dan prestarme hasta pasado mañana, mitad por empeño, mitad por mi firma, cien mil escudos; solo mi anillo episcopal vale cuarenta mil libras.

Y el prelado presentó su mano tan blanca como la de una mujer, en cuyo dedo anular brillaba un diamante del tamaño de una avellana.

—Príncipe, dijo Bálsamo inclinándose, es imposible que hayais creido ni por un instante que mi intencion haya sido ofenderos.

Y despues como si hablara consigo mismo:

—Es estraño, añadió, que la verdad cause tanto efecto á cualquiera que se llame príncipe.

—Cómo?

—Sin duda; Vuestra Eminencia me ofrece sus servicios, y yo pregunto qué clase de servicios son los que Vuestra Eminencia puede prestarme.

—En primer lugar mi crédito en la corte.

—Monseñor, monseñor, bien sabeis que ese crédito está ya muy vacilante, y

casi me seria igual el de Mr. de Choiseul, que acaso dejará de ser ministro antes de quince dias. En fin príncipe tocante á crédito atengámonos al mio y acertaremos. Ved que hermoso y brillante es ese oro. Siempre que Vuestra Eminencia lo necesite, se servirá avisarme desde la víspera ó en la mañana del mismo dia, y le facilitaré todo el que quiera; con el oro todo se alcanza: no es verdad, monseñor?

—No todo, murmuró el Cardenal, colocado en el rango de protejido y no pensando siquiera en recobrar su posicion de protector.

—Ah! en efecto, añadió Bálsamo, olvidaba que monseñor deseaba otra cosa que no es oro: un bien mas precioso que todas las riquezas del mundo: pero esto no corresponde á la ciencia: es del resorte de la májia. Decid una palabra y el májico reemplazará al alquimista.

—Gracias, nada mas necesito, nada mas deseo, repuso tristemente el Cardenal.

—Monseñor, dijo Bálsamo aproximándose á él, un príncipe joven, de imajinacion fogosa, rico y que se llama Rohan,

no puede dar semejante respuesta á un májico.

—Y por qué?

—Porque el májico lee en el fondo del corazon, y sabe lo contrario.

—Nada deseo, nada quiero, repitió el príncipe sobresaltado.

—Yo creia por el contrario que los deseos de Su Eminencia eran tales, que no se atrevia á confesárselos á sí mismo, conociendo que eran deseos de rey.

—Señor, dijo el Cardenal temblando, creo que aludis á ciertas palabras que dijísteis en las Carmelitas de San Dionisio.

—Cierto es, monseñor.

—Pues entonces estábais tan equivocado como ahora.

—Olvidais, monseñor, que veo tan claramente lo que pasa en vuestro corazon, como ví salir vuestro coche del convento, pasar la barrera, seguir el Boulevart y pararse bajo los árboles á cincuenta pasos de esta casa?

—Entonces esplicaos y reveladme alguna cosa estraordinaria.

—Monseñor, los príncipes de vuestra

casa han necesitado siempre un amor grande y peligroso, y no sereis vos ciertamente quien dejenere.

—No os entiendo, conde, balbuceó el príncipe.

—Al contrario me comprendeis muy bien. Hubiera podido tocar facilmente muchas cuerdas que vibran en vuestro corazon: pero lo considero inútil, y he preferido atacar desde luego la que estoy seguro que vibra mas profundamente.

El Cardenal alzó la cabeza, y haciendo el último esfuerzo de desconfianza, consultó las miradas fijas y tranquilas del conde.

Este se sonreia con tal espresion de superioridad que el Cardenal bajó los ojos con timidez.

—Oh! teneis razon, monseñor, teneis razon: no me mireis, porque leo con demasiada claridad lo que pasa en vuestro corazon, porque vuestro corazon es como un espejo que conservase la forma de los objetos que ha reflejado.

—Silencio, conde de Fenix, silencio,

dijo el Cardenal subyugado.

—Verdad es, silencio, porque no ha llegado todavia la hora de declarar semejante amor.

—Todavia no, habeis dicho?

—Todavia no.

—Luego este amor tendrá un porvenir?

—Por qué no?

—Y podriais decirme si es tan insensato, como yo mismo he creido, como creo todavia, y creeré hasta el momento en que me presenten una prueba de lo contrario?

—Mucho pedis, monseñor, y nada puedo deciros sin ponerme antes en contacto con la persona que os lo ha inspirado, ó con cualquier otro objeto que le pertenezca.

—Qué necesitais para eso?

—Una trenza de su cabello, por pequeña que sea.

—Oh! si, sois un hombre profundo! sí, lo habeis dicho: leeis en los corazones, como yo leeria en un libro.

—Ay! eso mismo me decia vuestro pobre tio, el caballero Luis de Rohan,

cuando me despedí de él en la plataforma de la Bastilla, al pie del cadalso al que subió con tanto valor.

—Y os dijo.... que erais un hombre profundo?

—Y que leia en los corazones. Si, porque yo le habia pronosticado que el caballero de Préault le venderia. No quiso creerme, y asi sucedió.

—Qué singular relacion encontrais entre mi antepasado y yo? preguntó el Cardenal palideciendo á pesar suyo.

—Solo sirvepara recordaros que debeis ser prudente al proporcionaros esos cabellos que será preciso cortar debajo de una corona.

—Poco importa eso; os prometo traéroslos.

—Bien monseñor: tomad ahora ese oro; espero que no dudareis que lo és.

—Dadme una pluma y papel.

—Para qué, monseñor?

—Para haceros un recibo de cien mil escudos que jenerosamente me prestais.

—Y pensais en eso monseñor? Un recibo! para qué?

—Yo tomo prestado con frecuencia, querido conde, contestó el Cardenal; pero os advierto que jamás recibo nada regalado.

—Entonces, como gusteis, querido príncipe.

Tomó este una pluma y escribió en letras enormes y poco intelijibles, un recibo cuya ortografia espantaria al ama de un sacristan del dia.

—Está bien? preguntó presentándolo á Bálsamo.

—Perfectamente, replicó este guardándolo en el bolsillo sin mirarlo siquiera.

—No lo leeis conde?

—Tengo la palabra de Vuestra Eminencia y la palabra de los Rohan es la mejor prenda.

—Señor conde de Fenix, dijo el Cardenal haciendo un medio saludo muy significativo por parte de un hombre de su carácter; sois un hombre muy galante, y ya que no puedo hacer nada por vos, contad con mi eterno agradecimiento.

Bálsamo contestó inclinándose, y tocó

una campanilla, á cuyo llamamiento se presentó Fritz.

El conde le dijo algunas palabras en aleman.

El lacayo se bajó, y como un niño que cojiera ocho naranjas, algo embarazado, pero no encorbado ni perezoso, levantó las ocho barras de oro, con sus cubiertas de estopa.

—Este mozo es un hércules, dijo el Cardenal.

—Es bastante fuerte, respondió Bálsamo: verdad es que desde que está á mi servicio le doy cada mañana tres gotas de un elíxir compuesto por mi sabio amigo el doctor Althotas: asi es que ya principia á manifestar su aprovechamiento: dentro de un año, podrá llevar los cien marcos en una sola mano.

—Maravilloso, incomprensible! esclamó el Cardenal. Oh! no podré resistir el deseo de hablar de todo esto.

—Hacedlo enhorabuena, monseñor, replicó Bálsamo sonriéndose: pero no olvideis que descubrir lo que habeis visto, es contraer el compromiso de venir á apa-

gar vos mismo la llama de mi hoguera, si por casualidad cae el parlamento en la tentacion de hacerme quemar en la plaza de Grève.

Y habiendo acompañado á su ilustre visitador hasta la puerta cochera, se despidió de él haciendo un saludo respetuoso.

—No veo vuestro criado, dijo el Cardenal.

—Ha ido á llevar el oro al coche de Vuestra Eminencia.

—Cómo! sabe donde está?

—Debajo del cuarto árbol, á la derecha, volviendo el Boulevart: eso es lo que le dije en aleman.

El Cardenal levantó las manos al cielo, y desapareció en la oscuridad.

—Bálsamo esperó que volviese Fritz y subió á su habitacion cerrando todas las puertas.

CAPÍTULO XXI.

El elíxir de la vida.

Luego que Bálsamo se quedó solo,

acercóse á escuchar á la puerta de Lorenza que dormia con un sueño igual y tranquilo.

Entreabrió un postiguillo, y la contempló durante algunos instantes con dulce y tierna meditacion. Cerrando despues el postigo y atravesando la estancia que hemos descrito, y que separaba la habitacion de la joven del gabinete de física, dióse prisa á apagar los hornillos abriendo un inmenso conducto que dió salida al calor por la chimenea y entrada á un caño de agua de un depósito que se hallaba en la azotea.

Guardó en seguida cuidadosamente en una cartera de tafilete negro el recibo del Cardenal, diciendo:

—Buena es la palabra de los Rohan, pero para mí solamente, y me conviene que allá se sepa en lo que empleó el oro de los hermanos.

Espiraban en sus labios estas palabras, cuando le hicieron levantar la cabeza tres fuertes golpes dados en el techo.

—Hola! hola! Althotas me llama.

Mas como se detuvo para dar aire al

laboratorio, y arreglar simétricamente todos los objetos que contenia, se repitieron los golpes.

—Ah! se impacienta: buena señal.

Cojió entonces una larga vara de hierro y contestó á su maestro. Desprendió luego de la pared un anillo de hierro y por medio de un resorte que dió de sí, una trampa se desprendió del techo bajando lentamente hasta el suelo del laboratorio. Colocóse Bálsamo en el centro de la máquina, la la cual, por medio de otro resorte, volvió á subir poco á poco, levantando su carga con la misma facilidad que las glorias de la ópera se llevan á los dioses y diosas, llegando de esta suerte el discípulo á presencia de su maestro.

Esta nueva habitacion del viejo sabio, tendria de ocho á nueve pies de altura por diez y seis de diámetro: recibia luz por la parte superior como los pozos, y estaba herméticamente cerrada por todos cuatro lados.

Facilmente se podrá conocer que esta habitacion era un palacio, comparada con la que ocupaba en el carruaje.

El anciano estaba sentado en un sillon en el centro de una mesa de mármol cortada en forma de herradura y obstruida por todo un mundo, ó mas bien por todo un caos de plantas, redomas, herramientas, libros, aparatos y papeles llenos de caracteres cabalísticos.

Estaba tan distraido, que no se movió siquiera cuando se presentó Bálsamo.

La luz de una lámpara, fija en el punto culminante de la techumbre de cristales, reflejaba en su cráneo desnudo y reluciente.

Examinaba entre sus dedos una botella de cristal blanco, cuya trasparencia consultaba poco mas ó menos como un ama de gobierno económica, que hace la compra por sí misma, mira á la luz los huevos que ha comprado.

Bálsamo lo miró primero silenciosamente, y pasado un instante dijo:

—Y bien, hay algo de nuevo?

—Sí, sí, acércate Acharat: estoy encantado, enajenado; ya lo hallé, ya lo hallé...

—El qué?

—Pardiez! lo que buscaba.

—El oro?

—Qué oro, ni qué calabazas!

—El diamante?

—Jesus, qué locura! no son malas gangas el oro y el diamante, y por mi anima habria de qué regocijarse si hubiese encontrado eso!

—Entonces, preguntó Bálsamo, lo que habeis encontrado es vuestro elíxir.

—Si, amigo mio, es mi elíxir, es decir, la vida, qué digo la vida? la eternidad de la vida.

—Oh! oh! esclamó Bálsamo entristecido, porque miraba aquella investigacion como una obra insensata: todavia os ocupais de ese sueño?

Pero Althotas sin escucharle, continuaba mirando amorosamente su redoma.

—En fin, dijo, la proporcion está hallada: elíxir dansteo, veinte granos; bálsamo de mercurio, quince; precipitado de oro, quince; esencia de los cedros del Líbano, veinte y cinco.

—Pero me parece maestro, que esa era vuestra última combinacion, pues úni-

camente le habeis añadido ahora el elixir dansteo.

—Cierto es, pero me faltaba tambien el ingrediente principal, el que liga todos los demas y sin el cual no tienen virtud.

—Y lo habeis hallado?

—Lo he hallado.

—Pero podreis proporcionároslo.

—Muy facilmente.

—Cual és?

—Es preciso añadir á las materias ya combinadas en esta redoma, las tres últimas gotas de sangre arterial de un niño.

—Pero ese niño, dijo Bálsamo espantado, donde lo hallareis?

—Tú me lo proporcionarás.

—Yo?

—Si, tú.

—Estais loco, maestro?

—Qué? preguntó el impasible sabio lamiendo con placer el esterior del frasco, donde por el tapon mal cerrado, rezumaba una gota de agua: qué?...

—Quereis un niño para cojer las tres últimas gotas de su sangre arterial?

—Sí.

—Pero para eso será preciso matarlo.

—Claro está, y cuanto mas lindo sea, mejor.

—Imposible, dijo Bálsamo cada vez mas aterrado, no se cojen así los niños para matarlos.

—Bah! esclamó el viejo con una serenidad atroz: pues para qué los quieren?

—Para educarlos!

—Pues qué el mundo ha variado? Hace tres años que venian á ofrecernos tantos cuantos queriamos por un puñado de pólvora ó por media botella de aguardiente.

—Asi es: pero acordaos que eso sucedió en el Congo.

—Si, en el Congo. Me es indiferente que sea negro: recuerdo que los que nos presentaban eran muy lindos, muy rizaditos y muy juguetones.

—Efectivamente, repuso Bálsamo; pero por desgracia ya no estamos en aquel pais.

—Ah! ya no estamos en el Congo! esclamó Althotas; pues donde nos hallamos?

—En París.

—En París! Bien, nos embarcaremos en Marsella, y podremos llegar allá dentro de tres semanas.

—En efecto: pero yo necesito quedarme en Francia.

—Necesitas quedarte en Francia! y por qué?

—Porque tengo que evacuar algunos asuntos.

—Tú?

—Sí, y de mucha importancia.

El anciano prorumpió en una larga y lúgubre carcajada.

—Conque tienes que hacer en Francia? continuó. Ah! si, es verdad; tienes que organizar ciertos clubs...

—Asi es, querido maestro.

—Que urdir conspiraciones.

—Tambien es verdad.

—En fin, que evacuar asuntos de mucha importancia, como tú dices.

Y el sabio volvió á soltar su carcajada falsa y burlona.

Bálsamo guardó silencio, reconcentrando todas sus fuerzas para hacer frente á a tempestad que se preparaba y que ya

oia rujir sobre su cabeza.

—Y en qué estado se encuentran esos negocios? Sepamos, dijo el anciano volviéndose con gran trabajo en su sillon, y fijando sus grandes ojos pardos en su discipulo.

Bálsamo sintió que aquella mirada le penetraba como un rayo luminoso.

—En qué estado se encuentran?

—Sí.

—He lanzado la primera piedra; el agua se ha puesto turbia

—Y qué sedimento has removido?

—El bueno, el sedimento filosófico.

—Conque vas á poner en juego tus utopias exajeradas, tus visiones? Insensato! pierdes el tiempo en discutir sobre la existencia ó no existencia de Dios, en lugar de ocuparte como yo en hacerte inmortal! Vamos, dime quienes son esos famosos filósofos con los cuales te has unido.

—Tengo ya al primer poeta y primer ateo de la época: uno de estos dias volverá á Francia, de donde está poco menos que desterrado por haberse hecho

mason en la lojia que he organizado en la antigua casa de los jesuitas, calle de Pot-de-Fer.

—Como se llama?

—Voltaire.

—No le conozco; y quién mas?

—Pronto deben ponerme en relaciones con el principal reformador de las ideas del siglo; con el que ha escrito el *Pacto social*.

—Y como se llama?

—Rousseau.

—Tampoco le conozco.

—Lo creo: porque vos no conoceis mas que á Alfonso, á Raimundo Lulio, á Pedro Lulio, á Pedro de Toledo y al gran Alberto.

—Porque esos son los únicos que han vivido en realidad: porque ellos solamente han ajitado durante toda su vida esa gran cuestion de ser ó no ser.

—Hay dos maneras de vivir, querido maestro.

—Yo no conozco mas que una; la de existir. Pero volvamos á tus dos filósofos: como has dicho que se llaman?...

—Voltaire y Rousseau.

—Bueno, me acordaré de esos nombres: y crees tú que con el auxilio de esos dos filósofos...

—Podré apoderarme del presente, y minar el porvenir.

—Oh! oh! qué bestias son en este pais que se dejan manejar con ideas!

—Muy al contrario: por lo mismo que tienen demasiado talento, ejercen las ideas sobre ellos mas influencia que los hechos. Por otra parte, cuento con un auxiliar mas poderoso que todos los de la tierra.

—Cual?

—El tedio. Hay mil seiscientos años que la monarquía dura en Francia, y los franceses están ya cansados de ella.

—Y quieren derribarla?

—Sí.

—Eso crees?

—Sin duda.

—Imbécil!

—Cómo?

—Qué piensas sacar de la caida de la monarquía?

—Yo, nada; pero todos, la felicidad.

—Vamos, hoy estoy alegre, y quiero

perder mi tiempo en escucharte. Esplícame primero como llegarás á la felicidad, y despues lo que es esa felicidad.

—Como llegaré?

—Si, á la felicidad de todos, ó á la caida de la monarquía, lo que es para tí el equivalente de la felicidad jeneral. Ya te escucho.

—Pues bien el ministerio que hoy existe, es el último baluarte que defiende la monarquía gastada y vacilante: pero ellos me ayudarán á derribarle.

—Quienes, tus filósofos?

—No por cierto, pues ellos lo sostienen.

—Cómo! tus filósofos sostienen un ministerio que apoya la monarquía debiendo ser enemigos de ella? Oh! qué necios son!

—Es que el ministerio es filósofo tambien.

—Ah! ya comprendo, y ellos gobiernan en las personas de los ministros. Me he equivocado; no son necios: son egoistas.

—No quiero discutir sobre lo que son, repuso Bálsamo que principiaba á impacientarse, porque yo mismo lo ignoro: lo

que sé es, que derribado el ministerio, todos clamarán contra el que le reemplace.

Este ministerio tendrá contra sí, en primer lugar, á los filósofos: despues al parlamento. Los filósofos gritarán, gritará el parlamento y el ministerio perseguirá á los filósofos y disolverá el parlamento. Entonces, en la intelijencia y en la materia, se organizará una liga sorda, una oposicion tenaz é incesante, que atacará todo y que minará sin cesar hasta conmover el edificio. A los parlamentos reemplazarán jueces nombrados por el rey, que se sacrificarán por la monarquía. Se les acusará y con razon, de venales y de injustos. El pueblo se levantará en fin, y la monarquía tendrá en contra suya á la filosofía, que es la intelijencia, á los parlamentos que son la clase media, y al pueblo que es el pueblo; es decir, esa palanca que buscaba Arquimedes, y con la cual se levanta el mundo.

—Ya pero cuando hayas levantado el mundo, será preciso que lo dejes caer.

—Si, pero al caer se hará mil pedazos el trono.

—Y cuando esté hecho pedazos (veamos, quiero seguir tus imájenes falsas y hablar en tu lenguaje enfático) cuando esté hecho pedazos ese trono carcomido, que saldrá de entre sus ruinas?

—La libertad.

—Ah! conque los franceses serán libres?

—Esto no puede menos de suceder un dia.

—Libres todos?

—Todos.

—Y habrá entonces en Francia treinta millones de hombres libres?

—Sí.

—Y crees que entre esos treinta millones de hombres, no se encontrará uno menos loco que los demas, y que confisque el dia menos pensado la libertad de sus veinte y nueve millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve ciudadanos, para gozar él solo un poco de mas libertad? Te acuerdas del perro que teniamos en Medina que se comia solo la parte de todos los demas?

—Sí, pero llegó un dia en que todos se

unieron contra él y lo devoraron.

—Porque eran perros, pero los hombres no hubieran hecho nada.

—Conque suponeis que la intelijencia del hombre es inferior á la del perro, maestro?

—Ahí tienes mil ejemplos.

—Cuáles?

—Me parece que hubo entre los antiguos un tal Cesar-Augusto, y entre los modernos un tal Oliverio Cromwel, que mordieron ansiosamente la torta romana y la torta inglesa, sin que los mismos á quienes se la arrebataron, dijeran ni hicieran la menor cosa contra ellos.

—Enhorabuena: suponiendo que aparezca ese hombre, será mortal, y antes de morir habrá sido útil á esos mismos á quienes haya oprimido, porque habrá cambiado la naturaleza de la aristocracia; obligado á apoyarse en alguna cosa, habrá elejido la mas fuerte, es decir, el pueblo. A la igualdad que humilla, habrá sustituido la igualdad que eleva. La igualdad no tiene barrera fija; es un nivel que sufre la altura del que la hace. Elevando, pues,

al pueblo, habrá consagrado un principio desconocido hasta él. La revolucion habrá dado la libertad á los franceses, y el protectorado de otro Cesar-Augusto ó de otro Oliverio Cromwel los habrá hecho iguales.

—Oh! qué hombre tan estúpido! esclamó Althotas haciendo un brusco movimiento desde su sillon: emplead veinte años de vuestra vida en educar á un niño, en tratar de enseñarle lo que sabeis, para que luego venga á los treinta á deciros: «Los hombres serán iguales!...»

—Sin duda: los hombres serán iguales ante la ley.

—Y ante la muerte, imbécil, ante la muerte, esa ley de las leyes, serán iguales cuando uno muere á los tres dias y otro á los cien años? Iguales, iguales los hombres mientras no hayan vencido la muerte! Oh! bruto y mas que bruto!

Y el anciano se recostó en su sillon para reir mas libremente, en tanto que Bálsamo sério y taciturno se sentaba con la cabeza humillada.

Althotas le miraba con aire de compasion.

—Conque yo soy igual, añadió, al peon de albañil que roe su mendrugo de pan negro, al niño que mama, al viejo alelado que bebe suero y llora su vista perdida?... Oh! pobre sofista! reflexiona en una cosa, y es que los hombres no serán iguales, sino cuando sean inmortales, porque siendo inmortales serán dioses y solo los dioses son iguales.

—Inmortales! murmuró Bálsamo, inmortales! es una quimera.

—Quimera! esclamó Althotas, quimera! si, quimera como el vapor, quimera como el flúido, quimera como todo lo que se busca, que no se ha descubierto, y que se descubrirá. Pero remueve conmigo el polvo de los mundos, descubre una tras otra esas capas sobrepuestas, cada una de las cuales representa una civilizacion; y en esas capas humanas, en esos despojos de reinos, en esas vetas de siglos, que corta como rebanadas la cuchilla de civilizacion moderna, qué lees? Que en todos tiempos han buscado los hombres

lo que busco bajo los diferentes títulos de lo mejor, del bien y de la perfeccion. Y cuándo buscaban eso? En tiempo de Homero, cuando los hombres vivian doscientos años; en tiempo de los patriarcas, cuando vivian ocho siglos; y no han hallado esa mejoria, ese bien, esa perfeccion, porque si lo hubiesen hallado, este mundo decrépito estaria fresco, virjen y rozagante como el alba matinal, cuando en lugar de todo esto solo hay lágrimas, cadáveres, y fiemo. Son dulces las lágrimas? Es bello un cadáver? Es apetecible el fiemo?

—Pues bien! dijo Bálsamo contestando al anciano, á quien una tocecita seca acababa de interrumpir; pues bien! decis que nadie ha encontrado aun ese elixir de vida, y yo digo que nadie lo hallará.

—Necio! Nadie ha dado con tal secreto, luego nadie dará! siguiendo esa lójica, jamás se hubieran hecho descubrimientos. Crees tú que los descubrimientos sean cosas nuevas que se han inventado? No, son cosas olvidadas que se vuelven á encontrar. Y porque se olvidan, se

olvidan las cosas una vez halladas? Porque la vida es demasiado corta para que el inventor pueda sacar de su invencion todas las deducciones que encierra. Veinte veces ha estado á punto de ser hallado ese elixir de la vida. Crees tú que la laguna estíjia sea una invencion de Homero? Crees que ese Aquiles, casi inmortal, puesto que no era vulnerable sino por el talon, sea una fábula? No, Aquiles era discípulo de Quiron, como tú lo eres mio. Quiron quiere decir superior ó peor: Quiron era un sabio representado bajo la forma de Centauro, porque su ciencia habia dotado al hombre de la fuerza y de la lijereza del caballo. Y por qué? Porque tambien él habia casi hallado el elixir de la inmortalidad, y tal vez como á mí, no le faltaban mas que esas tres gotas de sangre que tu me niegas. La falta de esas tres gotas de sangre dejó á Aquiles vulnerable por el talon; la muerte halló paso, y entró. Sí, lo repito, Quiron, el hombre universal, el hombre superior, el hombre peor, no fué mas que otro Althotas impedido por otro Acharat, de completar la obra que hubie-

ra salvado á toda la humanidad arrancándola del efecto de la maldicion divina. Y ahora, qué me dirás?

—Digo, repuso Bálsamo visiblemente turbado, digo que yo tengo mi obra, y vos la vuestra. Procure cada uno de nosotros llevar á cabo la tarea que se ha impuesto á cuenta y riesgo de su propia persona; pero no exijais de mí que os ayude cometiendo un crímen.

—Un crímen!

—Sí; y que crímen? Uno de esos que lanzan sobre vos toda una poblacion irritada; un crímen que os lleva á esa horca infame, de la que vuestra ciencia no ha alcanzado todavia á librar ni á los hombres superiores ni á los inferiores.

Althotas dió dos fuertes palmadas sobre la piedra de mármol.

—Vamos, vamos, dijo, no seas idiota humanatario, la peor raza de idiotas que existe en el mundo. Ven y hablemos un poco de la ley, de la brutal y absurda ley escrita por animales de tu especie, á quienes repugna una gota de sangre derramada intelijentemente, pero que se re-

crean con los torrentes de licor vital derramados sobre las plazas públicas, al pie de las murallas de las ciudades, en esos llanos que se llaman campos de batalla; de tu ley siempre inepta y egoista, que sacrifica al hombre del porvenir, al hombre presente, y que ha tomado por divisa: «Vive hoy y muere mañana!»—Hablemos de esta ley, quieres?

—Decid lo que querais, ya os escucho, contestó Bálsamo cada vez mas pensativo.

—Tienes un lápiz, una pluma? Vamos á hacer un cálculo.

—Calcúlo sin pluma y sin lápiz. Decid lo que teneis que decir.

—Veamos tu proyecto. Ah! ya me acuerdo... Derribas un ministerio, disuelves los parlamentos, estableces jueces inícuos, causas una bancarrota, fomentas rebeliones, enciendes una revolucion, derrocas una monarquía, dejas que se levante un protectorado, y precipitas al protector.

La revolucion te habrá dado la libertad.

El protectorado, la igualdad.

Y siendo los franceses libres é iguales, habrás consumado tu obra, es verdad?

—Sí; pretendeis que no es posible?

—No creo en la imposibilidad. Ya ves que comienzo haciéndote concesiones.

—Y bien!

—Espera: en primer lugar la Francia no es como la Inglaterra, donde se hace todo lo que se quiere hacer, miserable plajiario: la Francia no es una tierra aislada, donde se pueden derribar ministerios, disolver parlamentos, establecer jueces inícuos, causar bancarrotas, fomentar rebeliones, encender revoluciones, derrocar monarquías, levantar protectorados y precipitar á los protectores, sin que las demas naciones se mezclen en estos movimientos; la Francia está unida á la Europa, como el hígado á las entrañas del hombre. Tiene raices en todas las naciones, fibras en todos los pueblos: si tratas de arrancar el hígado á esa gran máquina que se llama continente europeo, durante veinte, treinta, cuarenta años tal vez, todo el cuerpo temblara; pero quiero contar por lo mas bajo y tomo veinte años, es

esto demasiado? responde, sabio filósofo.

—No, es demasiado, contestó Bálsamo, pues ni siquiera es bastante.

—Pues bien yo me contento con este tiempo. Supongamos veinte años de guerra, de lucha encarnizada, mortal, incesante. Supongamos doscientos mil muertos por año, lo cual no es demasiado, cuando se lucha á la vez en Alemania, en Italia, en España &c. &c. A doscientos mil hombres por año durante veinte años, resultan cuatro millones: concediendo á cada uno diez y siete libras de sangre, que es con corta diferencia la cuenta de la naturaleza, y multiplicando diez y siete por cuatro: Veamos.... suma sesenta y ocho millones de libras de sangre derramada para lograr tu objeto, y yo te pido solo tres gotas. Dí: quien es ahora el loco, el salvaje, el caníbal de nosotros dos? Eh! no contestas?

—Si por cierto, os contesto que poco importarian esas tres gotas de sangre si estuviese seguro del resultado.

—Y tú, tú que derramas sesenta y

ocho millones de libras, estás seguro de? Entonces levántate, y puesta la mano sobre tu corazon, responde: «Maestro, mediante esos cuatro millones de cadáveres asegurar la dicha de la humanidad.»

—Maestro, repuso Bálsamo eludiendo la respuesta, maestro, en nombre del cielo buscad otra cosa.

—Ah! no contestas, no contestas! esclamó Althotas con aire triunfante.

—Os equivocais, maestro, sobre la eficacia del medio; es imposible.

—Creo que me aconsejas, creo que me niegas, creo que me desmientes, gritó el sabio moviendo con fria cólera sus ojos pardos bajo sus cejas blancas.

—No, maestro, pero reflexiono, porque paso cada uno de mis dias en contacto con las cosas de este mundo, en contradiccion con los hombres, en lucha con los príncipes, y no como vos, secuestrado en un rincon, indiferente á todo lo que pasa, á todo lo que se prohibe y autoriza, pura abstraccion del sabio y del dictador; en fin yo que conozco las dificultades, las indico y nada mas.

—Si quisieras, pronto venceria esas dificultades.

—Decid, si creyera.

—Conque no crees?

—No.

—Tú me tientas, me tientas! esclamó Althotas.

—No, yo dudo.

—Pues bien, veamos: crees en la muerte?

—Creo en lo que es, y como la muerte es...

—Y como la muerte és? repitió Althotas; este es un punto sobre el que no disputas?

—Es una cosa indisputable.

—Es una cosa infinita, invencible, no es verdad? añadió el sabio con una sonrisa que hizo estremecer á su adepto.

—Oh! si, maestro invencible, infinita sobre todo.

—Y cuando ves un cadáver, el sudor baña tu frente, y el terror se apodera de tu corazon?

—No baña el sudor mi frente, porque estoy familiarizado con todas las miserias

humanas; tampoco se apodera el terror de mi corazon, porque estimo en poco la vida; pero digo en presencia del cadáver: Muerte, muerte! eres poderosa como Dios! reinas soberanamente, y nada prevalece contra tí!»

Althotas escuchó á Bálsamo silenciosamente, y sin dar otra señal de impaciencia que la de atormentar un escalpelo entre sus dedos. Cuando su discípulo acabó su esclamacion dolorosa y solemne, dirijió en torno suyo una mirada, y sus ojos tan ardientes que parecia que para ellos no debia tener secretos la naturaleza, se fijaron en un ángulo de la sala, donde, acostado sobre un monton de paja, temblaba un pobre perro negro, único que quedaba de tres animales de la misma especie que el sabio habia pedido para sus esperimentos, y que Bálsamo le habia llevado.

—Coje ese perro, dijo Althotas, y ponle sobre esta mesa.

Obedeció Bálsamo.

El animal que presentia al parecer su destino, y que sin duda se habia visto ya

bajo la mano del esperimentista, se puso á temblar, á forcejar y ahullar, tan luego como sintió el contacto del mármol.

—Eh! eh! dijo Althotas, debes creer en la vida puesto que crees en la muerte, es verdad?

—Sin duda.

—He aquí un perro que parece estar vivo, eh?

—Seguramente, puesto que grita, se resiste y tiembla.

—Qué feos son los perros negros! Otra vez procura traérmelos blancos.

—Asi lo haré.

—Vemos, pues, que este está vivo. Ladra Chiquito, añadió el viejo con su lúgubre sonrisa, ladra para que el señor Acharat quede convencido.

Y le tocó con el dedo ciertos músculos, con cuyo contacto el animal ladró ó mas bien lanzó un jemido.

—Bien, ahora acerca la campana. así... mete debajo al perro. Ah!... se me olvidaba preguntarte en qué muerte crees mas.

—No comprendo lo que quereis decir;

no hay mas que una muerte.

—En efecto; esa es mi opinion. Puesto que no hay mas que una muerte, haz el vacío Acharat.

Bálsamo dió vuelta á una rueda, para que por su tubo saliera el aire encerrado dentro de la campana con el perro, y poco á poco escapóse el aire con agudo silbido. El animal se ajitó al momento, olfateó, levantó la cabeza con esfuerzo, hasta caer sofocado, hinchado, inerte.

—Ya ves este perro muerto de apoplejía, no es así? dijo Althotas: una muerte escelente, porque no hace padecer mucho.

—Si.

—Estás convencido?

—Sin duda.

—Me parece que no, Acharat?

—Todo lo contrario, sí, lo estoy.

—Oh! porque conoces mis recursos, no es verdad? Supones que he hallado la insuflacion, eh? ese otro problema que consiste en hacer circular la vida con el aire en un cuerpo intacto, como pudiera hacerse en cualquier odre no agujereado?

—No, no supongo nada; creo que el perro está muerto, y nada mas.

—No importa para mayor seguridad, vamos á matarle dos veces. Levanta la campana, Acharat.

El discípulo levantó el aparato de cristal: el perro no hizo movimiento alguno; sus párpados estaban cerrados: su corazon no latia.

—Toma este escalpelo, y dejándole la la larinje intacta, córtale la columna vertebral.

—Lo haré por obedeceros.

—Y tambien para acabar al pobre animal, en el caso de que no esté enteramente muerto, añadió Althotas con esa sonrisa de obstinacion propia de los viejos.

Bálsamo hizo con el instrumento cortante una sola incision, y separando la columna vertebral á dos pulgadas poco mas ó menos del cerebelo, abrió una herida sangrienta.

El animal, ó mas bien el cadáver del animal, permaneció inmóbil.

—Si, no hay duda, está bien muerto,

dijo Althotas, ni una fibra se estremece, ni un músculo tiembla, ni un átomo de carne se subleva contra este nuevo atentado. No es verdad que está muerto, muy muerto?

—Lo reconozco tantas veces como deseeis que lo reconozca, repuso Bálsamo impaciente.

—Y he ahí un animal inerte, helado, para siempre inmóbil. Nadie prevalece contra la muerte has dicho: nadie tiene poder para volver la vida ni aun en apariencia á ese pobre animal?

—Nadie, sino Dios.

—Ya pero Dios no será tan inconsecuente que lo haga. Cuando Dios mata, como es la suprema sabiduria es porque tiene una razon para hacerlo. Un asesino, no recuerdo su nombre, decia esto, y estaba muy bien dicho. La naturaleza tiene un interés en la muerte. Así es que vemos aquí un perro tan muerto como puede estarlo, y la naturaleza ha tenido un interés en su muerte.

Y Althotas fijó su penetrante mirada sobre Bálsamo: pero este cansado ya de

resistir tanto tiempo las chocheces de su viejo maestro, inclinó la cabeza sin contestar.

—Y bien, que dirias, continuó Althotas, si este perro abriese un ojo y te mirase?

—Me sorprenderia mucho, respondió Bálsamo sonriendo.

—Te sorprenderia, eh?

Al concluir estas palabras con su risa falsa y lúgubre, el viejo aproximó al perro un aparato compuesto de piezas de metal, separadas por tapones de paño; el centro de este aparato estaba sumerjido en una mezcla de agua acidulada, y sus dos estremos, ó polos, salian de la cubeta.

—Qué ojo quieres que abra, Acharat? preguntó el anciano.

—El derecho.

Las dos estremidades, separadas una de otra por un pedazo de seda, se fijaron sobre un músculo del cuello.

Inmediatamente se abrió el ojo derecho del perro, y miró fijamente á Bálsamo que retrocedió aterrado.

—Quieres que ahora pasemos á la boca?

Bálsamo no contestó, dominado por el mas profundo asombro.

Tocó el sabio otro músculo, y en vez del ojo que se habia vuelto á cerrar, se abrió la boca, dejando ver los dientes blancos y agudos, en cuya raiz temblaban las encias, como durante la vida.

—Oh! esto es admirable! esclamó Bálsamo sin poder ocultar su emocion.

—Ya ves como la muerte es poca cosa, continuó Althotas con aire de triunfo por el asombro de su discípulo, puesto que un pobre viejo como yo, que vá pronto á pertenecerle, la hace desviar de su inecsorable camino.

Y de repente añadió con risa estridente y nerviosa:

—Cuidado Acharat; este perro muerto que ahora mismo quiso morderte, vá á arrojarse sobre tí, cuidado.

En efecto, el animal con el cuello cortado, la boca abierta y el ojo tembloroso, se levantó repentinamente sobre las cuatro patas, con la cabeza horriblemente colgando.

Bálsamo sintió erizarse sus cabellos;

su frente se bañó en sudor, y retrocedió hasta la puerta de entrada, sin saber si debia huir ó quedarse.

—Vamos, vamos, no quiero hacerte morir de miedo, tratando de instruirte, dijo Altholas, rechazando el cadáver y la máquina, basta ya de esperimentos como este.

Al punto el cadáver, cesando de estar en relacion con la pila, volvió á caer pesado é inmóbil como antes.

—Pensabas esto de la muerte, Acharat, la creias tan accesible?

—En efecto, es estraño, muy estraño, contestó Bálsamo acercándose.

—Ya comprendes, hijo mio, que es fácil lograr lo que yo te decia, y que se ha dado el primer paso, que consiste en prolongar la vida cuando se ha conseguido anular la muerte.

—Pero no se sabe todavía, objetó Bálsamo; porque esa vida que le habeis dado es ficticia.

—Con algun tiempo mas, hallaremos la verdadera. No has leido en los poetas romancescos que Cassidea devolvia la vida á los cadáveres?

—En los poetas, sí.

—No olvides amigo mio que los romanos los llamaban *Vates*.

—Vamos, decidme sin embargo...

—Otra objecion?

—Si. Si vuestro elíxir de la vida estuviese compuesto, y lo hiciérais tomar á ese perro, viviria eternamente?

—Sin duda.

—Y si cayese en manos de un esperimentista como vos, que lo degollase?

—Bien! bien! esclamó el anciano con alegria y batiendo sus palmas: he ahí donde te esperaba.

—Puesto que esperábais ahi, contestadme.

—Con el mayor gusto.

—Puede impedir ese elíxir que una chimenea caiga sobre una cabeza, que una bala atraviese á un hombre de parte á parte, ó que un caballo abra de una coz el vientre de su jinete.

El anciano miraba á su discípulo del mismo modo que un espadachin mira á su adversario cuando piensa darle una estocada.

—No, no, no, contesto: eres verdadero lójico, querido Acharat. Ni la chimenea, ni la bala, ni la coz podrán evitarse, mientras haya casas, fusiles y caballos.

—Y es verdad que resucitareis los muertos?

—Momentáneamente, sí; indefinidamente, no; porque seria preciso en primer lugar que encontrase el sitio del cuerpo donde se aloja el alma, y podria tardar mucho ese descubrimiento; pero impediré al alma que salga del cuerpo por la herida que se haya hecho.

—Cómo puede ser eso?

—Volviéndola á cerrar.

—Aunque esa herida corte una arteria?

—Sin duda.

—Quisiera verlo.

—Pues mira dijo el anciano.

Y antes que Bálsamo hubiera podido detenernerle, se picó la vena del brazo izquierdo con una lanceta.

Habia tan poca sangre en el cuerpo del anciano, y circulaba tan lentamente, que tardó algun tiempo en llegar á los

labios de la herida; pero al fin apareció, y abrieto este paso, salió abundantemente.

—Gran Dios! esclamó Bálsamo.

—De qué te admiras? dijo Althotas.

—Estais herido gravemente.

—Puesto que eres como Santo Tomás, y no crees sino viendo y tocando, es preciso hacerte ver y tocar.

Tomó entonces un frasquito que habia colocado al alcance de su mano, y derramando algunas gotas sobre la herida:

—Mira ahora, dijo.

Y al contacto de aquella agua casi májica, se retiró la sangre, unióse la carne cerrando la vena, y la herida llegó á ser una picadura demasiado estrecha para que esa carne líquida, que llamamos sangre, pudiera escaparse por ella.

Bálsamo miraba al viejo lleno de asombro.

—Ya has visto otra cosa que he descubierto: qué dices ahora, Acharat?

—Oh! digo maestro, que sois el mas sabio de los hombres.

—Y que si no he vencido entera-

mente á la muerte, la he dado á lo menos un golpe que le será dificil reparar. Escucha, hijo mio; el cuerpo humano tiene huesos frájiles y que pueden romperse: yo los haré duros como el acero: el cuerpo humano encierra sangre, que al escaparse se lleva consigo la vida: yo impediré que la sangre salga del cuerpo: la carne es delicada y facilmente se lastima y se hiere: yo la haré invulnerable como la de los paladines de la edad media, sobre la cual se embotaba el filo de las espadas y la acerada cuchilla de las hachas. Todo esto se conseguirá, si Althotas vive trescientos años; pues bien: si me das lo que te pido viviré mil. Oh! mi querido Acharat! de tí solo depende. Devuélveme mi juventud, el vigor de mi cuerpo, la frescura de mis ideas, y verás si temo la espada, la bala, la pared que se desploma, ó el bruto que muerde ó cocea. En mi cuarta juventud, Acharat, es decir, antes que haya vivido la edad de cuatro hombres, habré renovado la faz de la tierra, y te lo digo, habré organizado para mí y para la humanidad regenerada, un mundo á mi estilo, sin chi-

meneas, sin espadas, sin balas de mosquete, sin caballos que den coces; porque entonces conocerán los hombres, que vale mas vivir, auxiliarse mútuamente y amarse, que aborrecerse y destruirse.

—Cierto es, ó al menos muy posible, maestro.

—Pues bien; traeme el niño.

—Dejadme reflexionar todavia, y reflexionad vos mismo.

—Bah, bah! dijo Althotas lanzando á su adepto una mirada de desprecio, yo le convenceré mas adelante; y por otra parte, la sangre del hombre no es un ingrediente tan prodijioso que no pueda reemplazarse acaso con otra materia. Buscaré y encontraré: para nada te necesito; vete.

Bálsamo apoyó el pie sobre la trampa, y descendió al aposento inferior, mudo, inmóbil y humillado en vista de la inteligencia de aquel hombre, que obligaba á creer en cosas imposibles.

FIN DEL TOMO V.